
DÍAS DE
INVIERNO
CON SABOR
a jengibre
Ana González Duque

DÍAS DE INVIERNO CON SABOR *a jengibre*

Ana González Duque

© *Días de invierno con sabor a jengibre*
© 2023 Ana González Duque

© Imagen de cubierta: Eva de José
Diseño de cubierta: Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA
Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Más información en:
www.anagonzalezduque.com

Índice de contenido

Kate
Will
Jenni
Galletas maravillosas de chocolate y vainilla
Kate
Will
Jenni
Bombones de café y avellana
Kate
Will
Jenni
Tarta casera de melocotón con canela
Kate
Will
Jenni
Licor de café
Kate
Will
Jenni
Rollitos de primavera dulces
Kate
Will
Jenni
Petits choux de algodón de azúcar
Kate
Will
Jenni
Brownies
Kate
Will
Jenni
Tarta de queso con frutos rojos
Kate
Will
Jenni
Pan de nueces
Kate
Will
Jenni
Pastel francés de manzana
Kate
Will
Jenni

Hojaldres de arándanos con curry
Kate
Will
Jenni
Tarta al caramelo con ciruelas pasas
Kate
Will
Jenni
Empanadas de carne
Kate
Will
Jenni
Tarta de zanahoria (carrot cake)
Kate
Will
Jenni
Cupcakes de miel con especias
Kate
Will
Jenni
Budín de Navidad
Kate
Will
Jenni
Galletas de calabaza
Epílogo: Kate
Agradecimientos

Kate

Kate Harrington cerró la puerta de la residencia para ancianos Saint Rose con una mezcla de culpa y de alivio. No había planificado esa visita a su madre y la chaqueta de lana que llevaba para ir del hospital a casa no era adecuada para el terrible clima de principios de diciembre en Silver Hill. Una lluvia helada, que se había convertido en aguanieve, la recibió en la calle, negándose cruelmente a soltar su presa. Las luces de Navidad refulgían ya en los abetos de la entrada de la residencia, como si quisieran compensar el gris del cielo y la escarcha de los setos con su brillo. Kate apenas las miró. Tenía demasiado frío. Sacó las llaves del coche y apresuró el paso. Lo había aparcado a veinte metros de la entrada, pero llevaba zapatos de ante con algo de tacón, los que se había puesto para ir a trabajar. Esperaba no caerse. Llegó casi sin aliento al vehículo, arrojó el bolso en el asiento del pasajero y buscó el teléfono. Tres llamadas del hospital y varios mensajes pendientes de responder. Mientras los miraba, el teléfono sonó de nuevo y se apresuró a contestar a pesar de que no estaba localizada. A veces parecía que, cada vez que parpadeaba, alguien le pedía ayuda, como si fuera un Sísifo de la medicina, una mujer sin vida propia. Suspiró al colgar, resistiendo el impulso de mirar el correo electrónico, donde también se acumulaba trabajo, porque sabía, por la recepcionista de Saint Rose, que se acercaba una tormenta de nieve y no quería quedarse bloqueada en la carretera.

Arrancó para activar la calefacción y conectar el teléfono al manos libres. No estaba lejos de casa, pero a esa hora del día, con el viento y la lluvia, el viaje le llevaría al menos una hora. El teléfono empezó a sonar en cuanto se conectó, pero decidió que Grace, porque era ella, tendría que esperar. Suplicó por que su compañera le dejara en un mensaje de voz resumido lo que quería, lo más probable, ponerla al día del parte de quirófano del lunes. «Es una suerte que se haya suspendido la última cirugía de hoy», pensó. Las oportunidades de visitar a su madre con la presión que tenía en el trabajo no eran demasiadas.

Kate era adolescente cuando su padre murió y, hasta que terminó la carrera con veinticuatro años, siempre habían sido ella y su madre contra el mundo. Había tenido parejas, sí, pero iban y venían. No había encontrado al hombre adecuado. ¿Por qué era tan difícil? No se tenía por una mujer exigente, solo necesitaba a alguien agradable.

Ahora que los síntomas de demencia de su madre se habían agudizado, Kate sentía que su estabilidad se tambaleaba. Era una de las razones por las que no la visitaba a menudo, porque se le hacía cuesta arriba verla en la habitación de Saint Rose en vez de en Harrington Hall, rodeada siempre de huéspedes y libros. Había llegado la hora de plantearse el vender la casa para ir más desahogadas, comprar un pequeño apartamento para ella en vez de vivir de alquiler en el pisito que apenas pisaba cerca del hospital… Tal vez había llegado la hora de tener una vida. El problema era que no sabía por dónde empezar.

El viento golpeaba el coche con furia y el limpiaparabrisas apenas daba abasto para mantener despejadas las lunas. Sintió una punzada de ansiedad y decidió salir de la autopista para dirigirse a una carretera secundaria que, con seguridad, tendría menos tráfico. La noche iba apoderándose poco a poco de los márgenes del camino, la oscuridad, solo interrumpida por alguna casa pobremente iluminada. Exhaló un suspiro de alivio cuando vio la entrada a Silver

Hill, pero casi se dio de bruces con un enorme tractor que bloqueaba el acceso. Chilló y dio un frenazo. Su corazón todavía se agitaba con fuerza cuando se dio cuenta de que el tractor no se movía y de que alguien saltaba de la cabina y golpeaba la ventana del coche.

—¡No puede pasar! —gritó un hombre encapuchado con un anorak amarillo—. Han caído dos árboles en la carretera y están retirándolos, es peligroso pasar por aquí.

—Pero necesito llegar a mi casa y, si no paso por aquí, tendré que estar otra hora en la carretera con esta tormenta.

El hombre señaló un *pub* que estaba cerca.

—Yo de usted no lo intentaba. Ahí puede cenar y descansar un rato, las predicciones dicen que la fuerza del viento amainará sobre las doce de la noche. Ese será el momento perfecto para intentar volver a casa. Ahora, entre el viento y la nieve, tiene mucho riesgo de tener un accidente, a menos que tenga cadenas en el coche.

Kate no las tenía. Precisamente, porque nunca miraba las predicciones meteorológicas. No tenía tiempo para eso. Quiso gritar de frustración a pesar de que sabía que el hombre del anorak amarillo tenía razón. Necesitaba ir al baño, refrescarse, tomar algo caliente para volver a sentirse humana. Le hacía falta calor y la comodidad de la luz indirecta y de la música ambiental. No tenía prisa. En realidad, nadie la esperaba en casa. Aquello también le daba una cierta libertad. No había nadie que se preocupara si llegaba tarde. Apartó la ansiedad producida por la presión y se centró en respirar calmada.

El *pub* estaba a solo cien metros, así que aparcó enfrente y corrió hacia la puerta. Era un edificio anticuado. Irrumpió en él con la chaqueta y los pies empapados, y la envolvió el calor y la luz tenue del interior. Las paredes de piedra y el techo, con vigas de roble pintadas de blanco, lucían adornos navideños. Un abeto iluminado parpadeaba en el centro de la sala, burlándose con su aire festivo de la locura del exterior. Algunas cabezas se giraron, pero las ignoró mientras se acercaba a la única mesa libre que quedaba en la sala. El olor a carne en salsa flotaba en el aire y Kate no había almorzado. Su estómago rugió.

Se sentó, dejó la chaqueta en la parte de atrás de la silla y sacó de nuevo el teléfono. La voz de Grace sonaba excitada en el mensaje que le había dejado, pero no tenía ánimos para entablar una conversación con ella. Solo quería comer algo caliente. Le envió a su compañera un mensaje de texto y levantó la mirada buscando a la camarera.

—Hola.

Había un hombre delante de ella con una sonrisa de disculpa. Llevaba una camisa de cuadros pequeñitos que hacía destacar sus ojos azules con los dos botones de arriba desabrochados, pantalones vaqueros y resistentes zapatos de cuero. Se fijó en su cabello oscuro con alguna cana dispersa. De su edad o, tal vez, un par de años mayor. Pero ella no era de la clase de mujeres que ligaba con hombres en un bar.

—Hola —saludó, desconfiada.

—¿Te importaría que compartiéramos mesa? No hay más asientos libres y me muero por una comida completa.

Sonrió y la sonrisa le transformó la cara. Tenía una voz hermosa, tan cálida como el fuego que ardía en la chimenea del *pub*. Señaló el espacio vacío delante de ella. En cualquier otro momento, le habría molestado que la acompañara, pero esa noche estaba distando de ser normal —con lo de su madre y el conducir con aquel clima espantoso— y le parecía que negarse no era una opción.

—Por favor, siéntate.

—Gracias. —Él se alisó el cabello húmedo con la mano y llamó a la camarera con un

gesto.

Kate volvió a su teléfono, consciente de que su compañero revisaba las opciones de la carta que la camarera había dejado en la mesa. Cuando viajaba por trabajo, cenaba muchas veces sola. Le gustaba aprovechar ese espacio para preparar la agenda del día siguiente y no vio ninguna razón para no hacerlo. Lo miró de reojo. Había algo familiar en él.

La camarera volvió para tomar nota y ambos pidieron la carne en salsa y vino tinto.

—¿Quieren compartir una botella? —preguntó la chica.

Parecía tener sentido, así que Kate asintió y le dio a él la opción de elegir.

—Te gustará —afirmó él—. Es un vino con cuerpo pero con un sabor delicado.

Cuando llegó la botella minutos más tarde, Kate comprobó que su compañero de mesa sabía de vinos. El hombre había sacado un libro mientras esperaban a que les sirvieran, así que ella siguió limpiando de correos la bandeja de entrada. Frunció el ceño. Había un problema con un material y el representante de la casa de prótesis no había podido comunicarse con ella. Era demasiado tarde para llamarlo, pero si le enviaba un *mail*, tendría la respuesta a primera hora de la mañana, así que suspiró irritada mientras empezaba a redactar una contestación.

—Espero que no sean malas noticias.

Kate se sobresaltó. Metida en sus problemas, casi se había olvidado de su compañero de mesa.

—Pareces molesta y preocupada —explicó él.

—No, es solo trabajo. Soy traumatóloga. Y eso, por desgracia, significa trabajo veinticuatro horas al día, los siete días de la semana.

Volvió al teléfono para darle a entender al desconocido que no quería entablar conversación por muy atractivo que fuera.

—Vaya —continuó él—. Pensaba que los médicos descansaban algo.

Lo vio inclinarse hacia delante como para decir algo más, pero la camarera dejó frente a cada uno de ellos un plato de asado de carne en salsa que olía a gloria y el momento pasó.

—Aquí tienen. Que lo disfruten.

La joven llenó las copas de vino y los dejó a solas. Kate comenzó a comer en silencio.

—Está muy bueno —opinó el hombre.

Ella asintió por cortesía sin decir nada. Él tomó un sorbo de vino antes de continuar.

—¿En qué hospital trabajas?

—En el Silver Road.

—Lo conozco. Es el que está al lado del recinto donde hacen la Feria del Libro cada año.

—Eso es.

—Esperemos que la tormenta se calme y ambos podamos seguir nuestro camino. ¿Ibas al hospital o ya de camino a casa?

—De camino a casa.

—Yo también.

Kate se pasó las manos por la falda del vestido. Lo miró. La asaltó entonces un impulso irracional. Normalmente, no habría actuado así, pero el fuego daba a la sala una calidez distinta, el telón de fondo de las conversaciones y la dulzura del vino la aturdían y tenía sentado delante a un hombre con unos ojos azules maravillosos. Tendió la mano sobre la mesa.

—Me llamo Kate.

Él curvó los labios en una sonrisa resplandeciente y estrechó su mano con firmeza.

—Peter.

Will

—Espero que tenga un buen día —Will mintió con su mejor sonrisa.

Por dentro, deseaba que los demonios atormentaran a la más pesada de las clientas de la librería con un ardor de estómago propio de mil calderas, pero, ante todo, era un profesional. La acompañó a la puerta y observó cómo desaparecía por la calle, balanceando dos bolsas llenas de compras antes de suspirar.

—Oh, por favor, ojalá no vuelva nunca. Dos horas soportando su cháchara esnob y no ha comprado nada. Necesito un trago.

Oliver levantó una ceja.

—No es momento para beber.

—Me refiero a agua, chaval, no te rayes.

Agarró la cantimplora de té y tragó como un hipopótamo sediento, deseando que estuviera llena de algo más fuerte, mientras su compañero lo escaneaba con cautela. Un trago de ron haría que el día fuera más llevadero, eso seguro.

—Basta —dijo Will.

—¿Perdona?

La cabeza de Oliver se inclinó a la derecha, un gesto muy habitual en él. Sus ojos se entrecerraron.

—Sé lo que estás pensando.

—No lo sabes.

—Eres transparente como el agua.

—Estoy pensando en que no tienes demasiada paciencia —contestó Oliver, haciendo un mohín con los labios—. Trabajar en una librería requiere paciencia.

—Pero si he sido exquisito en el trato… —protestó Will.

Oliver se volvió a hacer algo en el ordenador de caja, como dando a su amigo por imposible. Will se sintió culpable, porque estaba allí, con un trabajo a tiempo parcial en la pequeña y coqueta librería The Golden Books, gracias a Oliver y a su paciencia infinita. Pero el cansancio del último mes había llevado su propia resistencia al límite. Si tuviera tiempo para una siesta, otro gallo cantaría.

Sin añadir nada más, recogió los libros que la insoportable mujer había abandonado en el mostrador al lado del enorme árbol de Navidad blanco y brillante que habían montado unos días atrás, a finales de noviembre.

The Golden Books tenía dos pisos: en la planta baja estaban las novedades; en el piso alto, los libros antiguos y de segunda mano y el despacho de Peter, el dueño. Will recolocó los libros y escuchó los pasos pesados e inconfundibles de Oliver, que bajaba las escaleras de nuevo.

Su amigo se afanaba colocando una caja de novedades que debían dejar preparadas para la tarde, pero Will lo conocía. Sabía que rumiaba algo desde que había entrado por la puerta por la mañana. Tenía la misma expresión de siempre, la de cuando quería pedir un favor pero no sabía cómo hacerlo.

—Oli.

Oliver levantó la cabeza como pillado en falta y esquivó la mirada del otro. Había algo y, si Will quería enterarse de lo que era, tendría que llegar al fondo del asunto con paciencia. Pero Oliver tenía razón, no tenía paciencia.

—Oliver, por el amor de Dios —rezongó—, tengo dos exámenes finales que estudiar, una casa entera por reformar, no me quedan calzoncillos limpios porque no he podido hacer la colada, tengo por delante todo un turno de trabajo y llevo sobrio siete meses y doce días. No tengo tiempo ni ganas para sacarte las cosas a cucharadas. Escupe lo que te pasa.

Oliver se giró y le brindó una sonrisa forzada que no se reflejó en sus ojos. La alarma que se había activado en el cerebro de Will se acompañó de un estridente pitido de emergencia. La cosa debía ser más grave de lo que se había imaginado. Su compañero se aclaró la garganta.

—Necesitas una carta de recomendación para ese máster que quieres, ¿no? —preguntó.

Will parpadeó, confuso.

—Sí, ¿por qué?

Desde que había tomado la resolución de dejar de beber, su vida había cambiado mucho. Había retomado los estudios y su objetivo era terminar la carrera de Psicología en la universidad y hacer un máster de Psicología Clínica.

—¿Quieres un café?

—No me vendría mal, pero no me cambies de tema.

—Necesito tu ayuda en Saint Rose.

Lo dijo a toda prisa, casi como si lo vomitara. Will dejó escapar un pequeño suspiro mientras lo veía desaparecer en el *office*, rumbo a la cafetera.

—Oh, por favor…

Oliver era una ONG andante. Desde que lo conocía, había sido voluntario en un montón de sitios: una perrera, un centro de discapacidad intelectual, en campamentos infantiles…, incluso se había ido de voluntario a Tanzania con un grupo de médicos. Su último voluntariado era en un centro de mayores. Y, aunque Will aplaudía sus esfuerzos —en el mundo hacían falta muchos más Olivers—, necesitaba cada segundo de su tiempo para pagar la rehabilitación de la casa que su abuelo le había dejado si no quería que terminara cayéndosele encima. No podía contar con nadie más. Y Oliver sabía que, a medida que se acercaba el final del mes, Will estaba cada vez más nervioso.

Su amigo le tendió una taza de café y Will la apuró, deseando poder inyectarse la cafeína en vena. Sus pensamientos eran tan amargos como aquella bebida, pero tenía derecho a sentir amargura. Su vida como tal no existía. Había pasado varios meses en un programa de desintoxicación alcohólica, y después había tenido que enfrentarse a la realidad. Sí, sentía amargura, y no iba a disculparse por ello.

—Necesito ayuda para organizar la Navidad en Saint Rose este año —continuó Oliver—. Quiero que esa gente tenga la fiesta más deslumbrante que puedan tener. El invierno es muy deprimente para ellos, salen menos, sus familiares vienen menos a verlos… Estoy pensando en un programa que implique a las familias para la temporada navideña y que continúe más allá, pero requiere mucho trabajo.

Will retrocedió y levantó las manos.

—Oh, no, no, no, admiro tu esfuerzo, chaval, de verdad, pero no cuentes conmigo. No tengo tiempo. Demasiado que hacer —hizo un gesto a la pila de libros por colocar—, empezando por esto.

Se sentía culpable por no ayudarlo y también porque sabía que, echándole una mano, hacía una buena obra, pero el día tenía solo veinticuatro horas. Ni una más. Y, siendo sinceros, la

mayoría de los días el cansancio se instalaba a su lado como si fuera su amante perpetua.

—Qué pena —masculló Oliver, y a sus ojos asomó una mirada astuta—, porque a la directora del centro le encantó mi idea y me dijo que, como era un proyecto de tanta envergadura, habría un pago para quien lo desarrollara como prácticas pagadas. Mil dólares, creo. Yo no necesito el dinero y tú harías mejor trabajo que yo, ya que pronto serás psicólogo y eso. Además, la directora te daría una carta de recomendación y podrías presentar el proyecto como prácticas de fin de carrera. Es posible que te abriera las puertas de ese doctorado que quieres hacer, pero… supongo que nunca lo sabremos.

Con un guiño, se metió en la trastienda con una caja de libros. Por segunda vez en menos de media hora, Will deseó que alguien ardiera en los infiernos.

Jenni

Para Jenni, había una señal evidente que todo cocinero debía conocer de que las cosas iban bien. Cuando otro ser humano entraba en tu cocina y cerraba los ojos, inspirando el aroma que flotaba en el aire, sabías sin necesidad de palabras que todo cuadraba. Vainilla. Canela. Cardamomo. Un toque de cremor tártaro. Su abuela cerró los ojos al abrir el tarro de galletas de chocolate, aspirando. Sus manos, llenas de manchas y con las articulaciones nudosas, temblaron al coger una.

—Oh, Dios, Jenni, esto huele de maravilla —alabó—. Si pudiera embotellar este olor…

—Limítate a esconderlas del doctor Michaels. Lo último que necesito es que me vuelva a soltar otra charla como la última vez, sobre que estabas tomando más azúcar del que deberías.

Nana la miró como si hubiera descubierto un escorpión bajo la almohada.

—Si supiera que mi nieta compite con los mejores reposteros de Europa —sentenció con acritud—, no estaría diciendo esas bobadas. ¿A cuánto vendes estos dulces en la pastelería?

—A un dólar la bolsita.

—¿Solo? ¿Cómo quieres hacerte rica vendiendo estas delicias a ese precio?

Jenni se rio ante el deje trágico de su voz. Nana era muy *drama queen*. Su abuela le tendió la caja después de meterse la galleta en la boca.

—Coge una —le ordenó.

Jenni tomó una de las galletas, distraída, mientras miraba a su alrededor. Su abuela era especialista en hacer propios los lugares en los que se alojaba. La ropa de cama era blanca y tenía a los pies un cobertor de ganchillo de colores. Un ramo de lavanda colocado bajo un enorme espejo derramaba un aroma sutil desde la cómoda, junto a los candelabros de cristal que siempre habían presidido la consola de entrada de su casa. Había muchas historias en el pequeño espacio. De las paredes, colgaban un par de acuarelas bonitas. En una librería, junto a la cama, los títulos preferidos de su abuela. Novelas, biografías, un libro sobre el cultivo de las rosas, un recetario familiar… Jenni se acercó a la ventana mientras veía cómo la tormenta se iba haciendo cada vez más intensa en el exterior. Nana ya no podía cultivar rosas ni cocinar. Se le hizo bola la galleta en la garganta.

—¿Cómo vas de novios?

La pregunta la cogió desprevenida, pero también le hizo gracia aquel ataque directo a la yugular. Su abuela se quitó las gafas, limpió los cristales, haciéndose la inocente, y volvió a colocárselas en la nariz.

—Hay un médico muy guapo aquí, en Saint Rose. No el doctor Michaels, el que te echó la bronca por las galletas, otro. —Nana hizo una pausa para robar otra galleta de la caja y luego disparó a bocajarro—. Supongo que Paul ha vuelto a pasar por la pastelería.

Se produjo un silencio. El semblante de Nana se suavizó, como si la lástima se colara por entre sus arrugas, alisándolas. Jenni suspiró.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque soy muy buena psicóloga, por eso. Dile que no vaya. Que te deje en paz.

—Es más complicado de lo que parece, Nana. No puedo echar a un cliente.

—Te hizo daño, Jenni. Lloraste tanto que pensé que te deshidratabas. Y nunca le importaste nada, ni tú ni lo que te pasara. Solo quería tenerte controlada porque es tan pusilánime que de esta forma siente que vale algo.

Jenni hizo una mueca de dolor al recordar la voz de Paul esa mañana preguntándole por su abuela, como si le importara algo Nana. Paul era un narcisista de manual. Una persona a la que solo le importaba la apariencia, la escala social, los coches y la ropa de marca. Qué pena que hubiera desperdiciado un año de su vida antes de darse cuenta de ello. Nana lo supo desde el principio, por supuesto. Y se lo dijo. Pero Jenni no le hizo caso. Y cuando Paul la dejó por otra, más guapa, más elegante, más sexi…, pero siguió echándole la caña siempre que pudo, la idea de tener otra relación y de que le pasara de nuevo lo mismo le producía tal angustia que prometió no volver a enamorarse jamás.

Lo peor había sido darse de bruces con la realidad, con el hecho de que lo que ella creía amor, con A mayúscula, algo auténtico y especial, hubiese resultado al final un engaño. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

—¿No eres la dueña? —continuó Nana—. Pues tú decides quién entra y quién no. Se le llama derecho de admisión. Él no puede entrar.

—Me tengo que ir, Nana. La tormenta se está encrudeciendo y todavía tengo faena esta noche para mañana. Los pedidos se me acumulan.

—Eso es bueno.

—Lo sé. Además, quiero hornear unos cuantos budines de Navidad para donar.

Jenni sabía que donar los cincuenta budines que quería le iba a hacer trabajar muchísimo ese mes, pero la cantidad de historias tristes que Oliver le contaba sobre familias que necesitaban de todo le daba fuerzas. Si podía alegrarles, aunque fuera un poco, la Navidad a aquella gente, iba a intentarlo.

—Te veré pronto, ¿de acuerdo?

Le dio un rápido abrazo a su abuela, sintiendo la delicada estructura ósea de la anciana en sus brazos. El pelo le olía a flores. Nana alzó las manos para aferrarle la cara y darle un beso.

—Siempre me alegra verte.

Jenni esbozó una sonrisa leve y se despidió.

En el exterior, el viento soplaba con fuerza y hacía que la nieve, húmeda y cortante, le clavara las garras en la cara. La muchacha se detuvo un segundo para rodearse la barbilla con la bufanda de lana y cerrarse la cremallera del abrigo. Se subió a la furgoneta y arrancó.

La pastelería de Jenni no tenía nada de extraordinario ni de moderna, pero era hogareña y sencilla. Como si no hubiera sido proyectada por nadie, sino que hubiera ido formándose con el paso de los años. El suelo de mosaico en damero contrastaba con las estanterías de pino pintadas de verde menta, en las que se exhibían las barras de pan y las bolsas de dulces de hojaldre. Un mostrador bajo, con una barra de madera clara, sostenía un par de bandejas de cristal con tartas caseras de fruta. Y bajo él, en el expositor, los pasteles del día se alineaban: delicados *petits choux* con fresas, pequeños tocinos de cielo, suspiros de merengue. El aire olía a azúcar, a vainilla y al café de la máquina que se encontraba al fondo, junto a la puerta que daba a la trastienda.

Allí, la ventana, frente a la que se situaba un hondo fregadero de acero, daba a un pequeño patio trasero. Sobre la encimera, unas baldosas azules y blancas sostenían las herramientas del oficio. Un lavavajillas, una nevera anchísima y un enorme congelador horizontal con la puerta de

cristal completaban el decorado.

Jenni tenía su pequeña vivienda en el piso de arriba, al que se ascendía por una escalera exterior.

Oscurecía. En la penumbra grisácea de la calle, empezaban a encenderse las farolas y las estrellas se vislumbraban en la negrura como azúcar derramada. Su resplandor entraba en la cocina. «Qué lástima disipar esa penumbra tan dulce encendiendo la luz», pensó Jenni cuando el fluorescente del techo eliminó la escena.

Se puso un delantal blanco largo, que había sido de su padre, una de las pocas cosas que conservaba de él. Ahora Nana era toda su familia. Le temblaron los labios al recordarlo y la imagen del día en que llegó a Silver Hill le vino a la memoria. Aquel lugar sacado de una postal navideña era ahora su hogar. Pequeño, rural, acogedor. Un sitio donde todo el mundo te saludaba, aunque no te conociera. Silver Hill le encantaba, más aún en aquella época del año en la que las tiendas estaban adornadas con coronas de acebo, las farolas con luces blancas y a lo largo de la carretera se alineaban los árboles de Navidad. Con cada ráfaga de viento, te llegaba el dulzor del humo de las chimeneas y el olor fresco de los abetos.

Es curioso cómo los acontecimientos se encadenan. Si no hubiera habido tormenta, el viento no habría movido la corona de acebo que Jenni había colocado en la puerta de la pastelería. Pero tampoco se habría acordado de ello si no hubiera recordado sus inicios en Silver Hill. Llamadlo destino. O fatalidad. Si Jenni no hubiera salido a reforzar el agarre de la corona, nunca jamás habría resbalado en el hielo de la entrada. En un minuto, pasó de recordar la magia de Silver Hill en Navidad a que su espalda sufriera un dolor agudo y candente.

Escuchó una voz que le preguntaba si se encontraba bien, pero a Jenni las voces amables le traían al pairo en ese momento en el que se sentía como si su cerebro hubiera rebotado contra la parte anterior de su cráneo. ¿Conmoción cerebral y rotura de alguna vertebra por idiota?, pensó. Permaneció unos segundos boca arriba con la vista fija en el rótulo de la pastelería y en la dichosa corona que había salido a colocar.

—¿Estás bien?

Algunos copos de nieve le cayeron en las mejillas. Fue consciente de que tenía el trasero empapado y que lo mejor era levantarse cuanto antes del hielo, pero la espalda le dolía a rabiar. Una cara desconocida se interpuso en su campo de visión. El hombre que le preguntaba tenía el cabello rizado y muy negro y los ojos marrones más grandes que había visto jamás. Jenni había pasado meses buscando el mejor chocolate para sus bombones de vinagre, que se vendían en cajitas de seis, revisando cientos de marcas y de proveedores hasta conseguir el hermoso tono marrón brillante que quería darle a los dulces. Todo ese tiempo que había perdido buscando el tono perfecto se lo podría haber ahorrado si hubiera mirado antes a los ojos de ese hombre. Bajó la mirada de los ojos de chocolate hacia los hombros anchos, los vaqueros ceñidos sobre unas piernas atléticas y las botas.

«Puede que tenga una conmoción cerebral después de todo —pensó—. Porque creo que acabo de enamorarme».

Jenni no era de *instalove*. No. Le encantaban las comedias románticas, pero una cosa era el cine y otra, la vida real. No quería las distracciones ni el caos que conllevaba el amor. No tenía tiempo. Ni estaba dispuesta a pasar de nuevo por el sufrimiento cuando la otra persona decide, siempre antes que tú, que se ha acabado. Paul había sido un punto y aparte en su concepción de las relaciones. Así que ese pequeño aleteo del corazón no debía ser más que atracción física.

—¿Estás bien? ¿Me escuchas?

Se dio cuenta de que, mientras contemplaba al desconocido con mirada desorbitada y

pensaba locuras sobre sus ojos de chocolate, él, probablemente, estaba pensando en que se había hecho daño y no podía hablar.

—Sí. —Empezó a incorporarse con trabajo—. Un poco magullada pero bien.

Él le tendió una mano cálida para ayudarla a levantarse. Y sonrió. Una sonrisa grande, luminosa y blanca, más blanca que la nieve que los rodeaba. La sonrisa le provocó un estremecimiento en el estómago a Jenni.

—Gracias por la ayuda.

—Deberías ponerte un poco de hielo en la espalda si te has golpeado —apuntó él al ver el gesto de dolor con el que ella se incorporaba.

—Creo que ya he tenido suficiente hielo por el día de hoy. ¿Te apetece un café?

Lo menos que podía hacer era darle las gracias por preocuparse. Y así, además, podría contemplar un ratito más aquellos ojos marrón dorado. Y esos labios. Y las manos… «Para, Jenni —se reprochó a sí misma—. Si la historia es un indicador de lo buena que eres en relaciones, creo que es el momento de hacer un *stop*». ¿Por qué estaba pensando en relaciones? Después de todo, ni siquiera sabía cómo se llamaba aquel tipo. Como si le leyera la mente, él extendió la mano.

—Me llamo Will. Will Taylor.

Ella se la estrechó.

—Yo soy Jenni.

Un pequeño hoyuelo se marcó en la mejilla del hombre. ¿Qué estaría haciendo allí? Jenni creía conocer a todos los de la zona, pero era verdad que en los últimos meses había estado tan ocupada que tal vez se le hubiera pasado algún extraño. O que estuviera de paso. No le gustó cómo ese pensamiento de temporalidad la molestó.

Después de Paul, había mantenido su corazón a buen recaudo. No era plan que la mirada de un completo desconocido hubiera atravesado sus barreras con total impunidad. Con una respiración profunda, empujó la sensación desconcertante de atracción a lo más hondo de su cerebro y abrió la puerta de la pastelería.

—Bienvenido a Harris Bakeries. Siéntate, voy a quitarme la ropa mojada, con tu permiso, y enseguida te pongo el café.

—No es necesario —le contestó él—. Solo quería ayudarte.

—Me servirás de conejillo de indias. Hoy he hecho una nueva receta de pastelillos de Navidad y necesito a alguien que los pruebe.

Él arqueó una ceja y el hoyuelo volvió a marcarse en su mejilla.

—¿Debo tener miedo?

Jenni le sonrió antes de desaparecer en la trastienda.

—Yo de ti estaría aterrorizado. Puedo hacerte adicto a mis pastelillos.

Galletas maravillosas de chocolate y vainilla



Ingredientes:

- 200 gr de harina de repostería
- levadura en polvo
- 2 huevos
- 100 gr de azúcar moreno
- esencia de vainilla líquida
- 250 gr de chocolate negro
- 55 gr de mantequilla
- sal
- azúcar glas para decorar

Pasamos por un cedazo la harina con una cucharadita de levadura y la reservamos. Batimos aparte los huevos con el azúcar, una pizca de sal y una cucharadita de vainilla líquida hasta que espume.

Fundimos al baño maría en el fuego el chocolate negro (del 85 %) con la mantequilla y vamos añadiendo la mezcla a los huevos sin dejar de batir. Cuando hayamos terminado, le agregamos la harina y batimos hasta que se una todo con un batidor de mano.

Dejamos la masa resultante en el congelador treinta minutos y, luego, formamos bolitas, del tamaño de un champiñón, y las rebozamos en azúcar glas.

Disponemos las bolitas en una bandeja con papel de horno y las metemos en el horno, precalentado, a 180 ºC, 12 minutos, con calor arriba y abajo.

Maravillosas para tomar con café al final de una comida copiosa.

Kate

Kate dejó el coche en el garaje, arrastró el *trolley* y las bolsas de comida por la nieve y, una vez en la entrada de Harrington Hall, rebuscó en el bolso. Sus dedos estaban tan entumecidos por el frío que localizar las llaves en el maremágnum de cosas que había dentro se estaba haciendo cuesta arriba. La escarcha brillaba como la corona de una princesa sobre el seto de la entrada y, para variar, había ido poco abrigada al hospital. La promesa de una comida caliente, un vino y las zapatillas que llevaba en la maleta hizo que se esforzara en localizar el manojo de llaves.

Cuando su padre murió, su madre había ido transformando la casa familiar de una vivienda privada a un hostal *bed & breakfast* y había ido adaptándola con los años. La parte favorita de Kate era el porche, que recorría la fachada y en el que, en el verano, se colocaban sillas de mimbre con cojines y cestas de flores. Aquel porche había sido el lugar donde crear planes y sueños en su adolescencia y donde Kate había dado su primer beso. Pero ahora se veía desértico, cubierto de polvo y nada romántico.

Por fin, consiguió localizar la llave. Encendió las luces nada más entrar. Hacía frío dentro. Harrington Hall parecía idílica desde el exterior, pero tenía muchas corrientes porque su madre no había tenido dinero para invertir en aislamiento. La antigua calefacción central de gasoil que conseguía mantener a raya el frío invernal no se encendía desde que Violet se fuera a la residencia. O quizás no fuera la casa la que estuviera fría, sino ella. Una oleada de tristeza la envolvió. Observó el pequeño recibidor, la escalera con su pasamanos bruñido, las alfombras de color miel y la consola antigua en la que su madre siempre colocaba un ramo de lirios y que ahora lucía huérfana de ellos. Todo tan familiar. Incluido el olor. Cera de muebles, flores, olor a té y a madera. Harrington Hall olía a hogar.

Soltó las bolsas junto a la puerta. Ahora no había lirios ni fuego en la chimenea del salón ni libros desperdigados en los rincones. No había comida en la cocina ni en la nevera. Su madre no la esperaría por la mañana para desayunar juntas tostadas con brumosa mantequilla y mermelada casera. Iba a ser más difícil de lo que esperaba. Parpadeó para aclarar su visión neblinosa y procuró concentrarse en lo práctico. Tendría que hacer una lista de todas las cosas pendientes.

La horrorizaba la idea de vaciar Harrington Hall, de empaquetar toda su infancia en cajas pequeñas y meterla en un trastero o venderla al mejor postor. Por dónde empezar, se dijo. Recordó aquella vez que había ido con sus padres a la playa, con cinco o seis años y, después de lo que le parecieron horas haciendo un castillo de arena, el mar se lo llevó. Ese día había aprendido que nada duraba demasiado, por muy sólido que pareciera. Lo más importante era que los cimientos fueran firmes, y la arena no lo era. Pero tampoco lo había sido su padre. Ni la mente de su madre. Ahora era el turno de Harrington Hall de desmoronarse, como todo en su vida.

Encendió la caldera confiando en que no tardase demasiado en calentar, subió la maleta a su antigua habitación y se vistió con ropa vieja y una bufanda tejida a mano que le había regalado la señora Harris cuando todavía vivía en la ciudad. Luego, bajó a la cocina, se sirvió una copa de vino de una botella que aún quedaba en la despensa y puso a cocer un poco de agua para hacerse una pasta.

Encendió el teléfono y al segundo se arrepintió de haberlo hecho. Cinco mensajes del hospital, dos de Grace en tono de impaciencia. Por una vez, hizo caso omiso de todos ellos; por suerte, era tarde y ninguno, un tema urgente.

La porcelana blanca y azul, elegante y sofisticada, que se apilaba en las vitrinas, no encajaba con la mujer despeinada de la bufanda que se veía en el cristal. Puente y paloma, las llamaba su madre. Era la vajilla que siempre usaban en Navidad.

Con un sobresalto, Kate se dio cuenta de que no volvería a pasar una Navidad allí, de que aquella vez sería la última. Parpadeó. No era propio de ella emocionarse. Abrió la puerta del pequeño patio trasero, donde se reunían en verano a cenar, y cortó un poco de romero del seto cubierto de nieve para hacer el aliño. Picó tomates, setas y ajo y lo sofrió todo junto con un chorro de aceite de oliva virgen. El olor de la comida la reconfortó. ¿Cuándo había sido la última vez que había tenido tiempo de cocinar? No consiguió recordarlo. Solía tirar de comida precocinada porque no tenía tiempo para nada más.

Su trabajo era vertiginoso e impredecible e iba asociado cada día a descargas constantes de adrenalina y bajadas a los infiernos del cansancio. Aquel estaba siendo un año duro y no había tenido un momento para pensar qué hacer durante la Navidad. Trabajaba. Eso era lo único que hacía últimamente. A esas alturas, a pesar de ser primeros de diciembre, su madre ya habría llenado los congeladores de comida, habría comprado los regalos y un enorme abeto azul, adornado con bolas plateadas y rojas, presidiría el salón, impregnándolo todo con su aroma fresco. Así solían ser antes las Navidades. A Kate se le cayó el corazón a los pies al pensarlo. ¿Dónde habían ido a parar aquellos días largos y cálidos que olían a naranjas? Hacer dulces caseros, rellenar el pavo con uvas y orejones… Recordaba cenas frente al fuego de la chimenea con las copas brillando. ¿Dónde se había ido su mundo? ¿Qué catástrofe cósmica había convertido aquellas largas jornadas de risas y sobremesas en esa interminable sucesión de días grises y noches a solas?

Pensarlo le produjo cierto desasosiego y, como si ese desasosiego hiriera, empezó a dolerle la cabeza. Rebuscó en un armario de la cocina hasta encontrar un analgésico y empujó a un lugar recóndito de su mente el miedo más secreto que tenía, el miedo a pasar una vida a solas, sin nadie con quien compartir los momentos felices. El trabajo la ayudaba a combatir la soledad. Su trabajo era su vida, pero, de vez en cuando, se apoderaba de ella una nostalgia intensa por lo que hubiera podido ser, una nostalgia afilada como un cuchillo. «Tengo el corazón encogido», pensó.

Abrió un cajón de la encimera, sacó un mantel de cuadros blancos y rojos, dispuso sobre él los cubiertos, el plato de pasta servido en la vajilla azul y blanca, un molinillo de pimienta y la copa de vino. Fue una cena sencilla pero deliciosa, a la altura de su apetito. Al poco rato, su estómago dejó de protestar y Kate se sintió algo mejor. Encendió un fuego en la chimenea de la sala y se sentó frente a él con una infusión caliente en las manos. No era tan importante lo de vender Harrington Hall, pensó. Tenía que ser práctica. Se vería libre de parte de sus responsabilidades, el tema del dinero que costaba la residencia de su madre seguía siendo un problema acuciante. Quedaba un poco de los ahorros que Violet había acumulado, pero estaban invertidos en fondos y Kate no quería tocarlos por el momento. Su sueldo llegaba para el alquiler y la residencia, pero no para invertir en algo propio. Los gastos de mantenimiento de Harrington Hall eran también causa de constante preocupación para ella. Diez dormitorios con sus baños, tres plantas y un jardín que había que cuidar. Era una casa para una familia, o para una mujer a la que le encantara alojar a gente como había sido su madre, no para una que apenas tenía tiempo para respirar. No, Harrington Hall tenía que venderse.

La medicina era su vida. Y con la medicina no quedaba sitio para nada más en ella. Adoraba la sensación de ser útil, aunque esa sensación no se diera con la frecuencia de antes. Cada vez la frustraba más el no tener recursos suficientes, las limitaciones de tiempo, de personal…, y cada vez se cuestionaba más si aquello era lo que quería hacer. «El momento para preguntarte esto debería haber sido hace doce años, no ahora», se dijo a sí misma.

Las sábanas estaban heladas cuando se deslizó entre ellas con uno de los libros que su madre había dejado en la mesilla de noche. Siempre hacía eso. Si le gustaba un libro, se lo dejaba a Kate en la mesilla para que lo leyera y luego comentarlo juntas. Y, aunque ahora era más que probable que su madre no recordara su lectura, Kate lo abrió con ilusión. Pero no había leído más de tres páginas cuando el sueño la asaltó y se quedó dormida con las gafas puestas y el libro en la mano.

La despertó un golpe. Una parte de su mente pensó que todavía estaba soñando y se quedó inmóvil en la cama, los sentidos alerta, escuchando. Tal vez fuera la rama de un árbol que se hubiera roto fuera. O alguien cerrando la puerta de un coche. O un gato que hubiera tirado el cubo de basura de la entrada. Se giró, deseando conciliar de nuevo el sueño, cuando el segundo golpe la trajo de vuelta a la realidad. Había alguien dentro de la casa. Se levantó rápido de la cama, descalza, y se acercó a la puerta de su dormitorio. Pasos. Pasos que subían la escalera hacia donde ella estaba. El corazón le latía tan rápido que parecía que iba a escapársele volando. Desesperada, miró a su alrededor en busca de algo con lo que defenderse. Lo único que tenía a mano era el libro. Era de tapa dura, pesado. Apuntaría a la cabeza, confiando en coger al intruso por sorpresa y correría hacia el garaje. Se puso las zapatillas y agarró el bolso con el teléfono y las llaves.

La luz de la escalera se encendió, tiró el libro a ciegas y se escuchó un grito de sorpresa.

—¿Qué demonios…?

Allí, mirándola aterrorizado, estaba Peter. El mismo Peter que había conocido hacía pocos días en aquel *pub* cuando la tormenta no la dejó llegar a casa. No lo había visto desde entonces y, honestamente, no había pensado en volver a verlo en la vida. ¿Qué estaba haciendo Peter en Harrington Hall? ¿La había seguido? ¿Sería uno de esos psicópatas que salían en las películas que se obsesionaban con las mujeres?

—Si quieres matarme, Kate, creo que hay formas más efectivas de hacerlo que tirarme un libro —dijo él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—¿Yo? —La incredulidad rezumó por los costados de la pregunta—. Esta es mi casa. Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí.

—¿Tu casa? ¿No es la casa de Violet Harrington?

—Así es —respondió con frialdad—. Violet Harrington es mi madre.

—¿Tu madre? ¡Vaya! Sabía que tenía una hija, pero no me esperaba que tú fueras esa hija.

—Bueno, yo tampoco te esperaba. Menos, de noche y sin avisar.

Debía de haber una explicación, pero hacía demasiado frío para hablarlo en medio de la escalera. Se encaminó a la sala, donde todavía quedaban rescoldos del fuego.

—Será mejor que entres y te sientes —propuso—. La sala todavía está caliente y estaremos más cómodos.

Pero él se quedó indeciso en el vestíbulo. Una nota de preocupación se coló en su tono al preguntar:

—¿No te ha dicho que venía?

—Está claro que no.

—Hummm, ya veo. Vaya. Qué embarazoso. —Se frotó la mandíbula antes de continuar—. Violet y yo somos amigos. Durante muchos años, ha sido mi mejor clienta en la librería. Y hace unas semanas me ofreció poder usar su casa estas Navidades.

—¿Cómo? Ella sabe que me iba a quedar aquí, ¿por qué diablos te iba a dejar quedarte a ti también?

Una actitud defensiva cruzó el rostro de Peter.

—No lo sé. Tu madre… puede que lo haya olvidado.

Kate no pudo negarlo. Su madre tenía la costumbre de invitar a todo el mundo a Harrington Hall, era una increíble anfitriona. Y la demencia no había cambiado ese aspecto de su carácter.

—Bueno, si te ha pedido que cuides la casa estas Navidades o algo por el estilo, ya ves que no hace falta. Yo estoy aquí. Descansa un rato si quieres. ¿Te apetece tomar algo? Luego, puedes volver a casa, sin problemas. Mi madre tiene demencia y no recuerda muchas cosas que hace en el día a día.

Peter hizo un gesto de incomodidad. Un destello de pánico asomó a sus ojos. Y ella fue consciente de que le costó dar una respuesta.

—No puedo volver a casa. No tengo casa a la que volver.

—¿Por qué? —Su voz sonó más aguda de lo que pretendía—. Quiero decir… debías vivir en algún lado, ¿no?

Un hombre como él, guapo, encantador, bien vestido… no parecía ser un sintecho. Dio un paso atrás insegura para apoyarse en la pared. Estaba acostumbrada a tener siempre el control, a no dejar escapar sus emociones. Cuando el quirófano se complicaba, era fundamental no perder los nervios, pero aquello se le escapaba de las manos. Estaba también intrigada. Peter se encogió de hombros con cara de dolor. ¿Quién era ese hombre y cómo era amigo de su madre?

—La explicación es muy larga —contestó él—, pero no soy un ladrón ni un asesino peligroso, te lo aseguro.

Ella guardó silencio, estudiándolo.

—Ven —decidió al fin, cansada—. Te voy a dar unas sábanas y unas mantas y te quedarás aquí esta noche. Hay habitaciones de sobra. Lo hablaremos con más calma mañana por la mañana.

Will

Una gota de sudor traicionera se deslizó por la espalda de Will mientras la directora de Saint Rose, Virginia Miller, revisaba su propuesta. Alta y corpulenta, el aspecto de Virginia —desde el moño sobre la nuca, que dejaba escapar algunos mechones en las sienes, hasta el traje de chaqueta— denotaba profesionalidad. Pasó de nuevo las páginas del dosier y asintió con lentitud. Obtener aquel proyecto y, gracias a él, las prácticas pagadas y la carta de recomendación para el doctorado sería un gran impulso, no solo para su carrera, sino también para su presupuesto, pensó Will. También le vendría muy bien ocupar la cabeza en algo para no caer en la tentación de beber. Después de que Oliver lo pusiera en contacto con la directora de la residencia, había trabajado durante horas para diseñar un programa dirigido a mantener a los residentes de Saint Rose activos física y mentalmente y aliviar así el confinamiento al que los sometía el invierno, además de darles un soporte emocional continuo a lo largo del resto del año, tanto a ellos como a sus familias.

Miró por la ventana, nervioso, mientras esperaba la valoración de Virginia. Eran solo las cuatro de la tarde y el cielo ya empezaba a oscurecerse. «Con razón la gente se deprime en invierno». Juró cambiar esa sensación de melancolía que las bajas temperaturas y la oscuridad traían consigo si conseguía el trabajo. Virginia siguió pasando páginas. La gota de su espalda se unió a una en la frente. No podía negar que le preocupaba echarse más cosas encima. Sentía el corazón dividido entre desear con toda el alma que Virginia dijera que sí a su propuesta y la preocupación por las horas que le iba a llevar crearla. Agregarlo a su vida iba a ponerlo aún más al límite de su resistencia. Pero Oliver sabía que aquello era bueno para él.

Cualquiera de los libros de autoayuda que vendían en la librería prometería una cura milagrosa para encauzar la vida de un alcohólico. Te contaría los beneficios del deporte, de la meditación, de la comida sana… Y sí, todo eso estaba muy bien, pero la única forma de reconducir su vida era perseguir sus sueños como si fueran mariposas.

Después de lo que a Will le parecieron unos mil años de espera, Virginia echó el cuerpo hacia atrás, estiró los brazos y dijo:

—Creo que sí, que funcionará. Está claro que sabes de lo que hablas y Oliver es un buen aval. Si él piensa que tú eres la clave para que el invierno no se les haga tan cuesta arriba a los residentes del Saint Rose, habrá que escucharlo.

¡Sí! Will tuvo que contenerse para no saltar y besarla mientras las visiones de facturas pagadas, bolsas del supermercado con más carne y pescado en ellas, reparaciones en la casa y tal vez una cuenta de ahorros en azul lo asaltaron como si fueran el fantasma de las navidades futuras. Qué alivio. Tendría que arreglárselas como fuera, pero lo haría. Le estrechó la mano a Virginia con vehemencia.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó, contento. Cuanto más rápido empezara, más rápido llegaría el dinero a la cuenta corriente. La matrícula de la universidad había que pagarla en enero y el tejado de la casa necesitaba que reparara una gotera con urgencia.

—¡Qué prisas! —se rio Virginia.

—Estoy emocionado por ayudar a la gente.

No era del todo falso, pensó Will. Lo entusiasmaba, sobre todo el cheque, pero también hacer algo bueno por los demás. Virginia deslizó una hoja de papel con una decena de nombres y su experiencia enumerada junto a ellos. Will estudió la lista y reconoció el nombre de varios de los profesores de la facultad.

—Estos son familiares de residentes de Saint Rose, actuales o antiguos, que han querido colaborar siempre con nosotros. Oliver me ha dicho que necesitabas que el trabajo que ibas a desarrollar te sirviera como prácticas de fin de grado.

Will sintió el rubor deslizarse desde sus mejillas hasta la parte superior del cabello. En la lista había gente muy importante, profesores que admiraba. No estaba seguro de merecer aquello.

—Elige el que quieras —prosiguió ella—. Tienes sus direcciones de correo electrónico en esta hoja y su experiencia. Dile a la persona que vaya a tutorizar tu proyecto que vas de mi parte.

La directora miró su reloj de pulsera.

—Tengo una reunión en media hora, pero te voy a presentar a alguien que te ayudará también con mucho gusto.

Salieron del despacho al pasillo, forrado con paneles de madera hasta una escalera, con una balaustrada muy artística, que subía en tres tramos cortos hasta el rellano del piso superior. Un arcón de roble tallado sobre el que había un ramo de laurel era la única decoración. Pasaron por la puerta de una biblioteca con sillas cómodas en la que varias personas conversaban alrededor de una chimenea y por un gimnasio en el que un hombre de unos setenta años caminaba en una cinta de correr.

Will tragó saliva. La residencia Saint Rose era muy diferente al centro para personas mayores del estado en el que había muerto su abuelo. Se preguntó por qué Oliver, que siempre ayudaba a las ONG y causas perdidas, colaboraría con una residencia privada tan moderna y, por un momento, dudó si las actividades que había previsto serían bien recibidas por los residentes y por su tutor.

Virginia saludó a una mujer que pasaba en silla de ruedas en dirección a la biblioteca.

—Hola, Sue, ¿has visto a Nancy Harris?

—La vi hace diez minutos, dijo algo sobre tomar un aperitivo con su nieta en la terraza.

Will abrió la boca asombrado. ¿Aperitivo en la terraza? ¿Biblioteca, gimnasio y también bar al aire libre? ¿Dónde estaba? ¿En el puñetero Melrose Place? Siguió a Virginia a una terraza con ventanales sobre el jardín posterior de la residencia, cubierto de nieve. Distribuidas aquí y allá había estufas de exterior encendidas alrededor de las que pequeños grupos de gente charlaban o jugaban a juegos de mesa. Aquello era más emocionante que su fin de semana promedio, pensó Will, con algo de envidia. Su aspiración máxima de los sábados por la noche era hacerse unas palomitas y poner música de fondo mientras estudiaba. Le hubiera gustado tomarse también una botella de vino, pero entonces no habría podido estudiar. Tal vez Oliver equivocaba su objetivo al intentar aliviar el invierno a aquellos ancianos. Desde su punto de vista, aquella gente estaba en la gloria. Volvió a tragar saliva. Toda su propuesta se basaba en la idea de que los residentes de Saint Rose se aburrían, pero, por lo que parecía, no era así. Virginia se dirigió a un grupo de gente al fondo a la derecha: una mujer mayor y tres hombres reunidos alrededor de una pequeña mesa de madera blanca reían de algo que contaba una muchacha de pie, de espaldas a ellos.

—Ahí está Nancy. Vamos a hablar con ella. Será una gran aliada para que la gente se interese por tu proyecto. Conoce a todo el mundo y es muy activa.

La chica que estaba de espaldas se giró y Will jadeó por la sorpresa. No podía ser. Su corazón dio un vuelco. Desde que la otra noche había compartido café y pastelillos —deliciosos,

por cierto— con Jenni, había estado dándole vueltas a pasar por la pastelería de nuevo. La chica era guapa. Pestañas negras largas dignas de un anuncio de cosmética. Nariz recta. Labios llenos. Una chispa de ingenio en sus preciosos ojos marrones. Le resultaba difícil resistirse, pero al final se había dicho que no era bueno empezar una relación —o intentarlo— cuando aún estaba en fase de deshabituación alcohólica. Estaba allí para hacer un trabajo por mucho que la chica le pareciera más apetecible aún que sus pastelillos navideños. Siguió a Virginia y se acercó a la mesa.

Jenni

Jenni estaba a punto de replicar a su abuela con una contestación mordaz cuando vio que Virginia se acercaba y las palabras murieron en sus labios. Detrás de ella iba su héroe de hacía unos días: Will. Entonces había pensado que de dónde habría salido aquel clon de Han Solo, con la piel tostada y los marrones ojos chispeantes. Había saboreado el café, al que Jenni añadió canela y crema, con evidente placer. Y, al meterse un pastelillo en la boca, había cerrado los ojos.

—¿Qué tal? ¿Pasan la prueba? —había preguntado Jenni—. ¿Le ves algún fallo?

—No pienso criticar esto.

—¿Por qué no? ¿Cómo sabré los fallos si nadie hace una crítica constructiva?

Él se había reído suave. En realidad, Jenni no quería saber los fallos de los pasteles, pero sí alargar aquel momento, porque le gustaba Will. Parecía mirarla con un interés abrasador y tenía una voz ronca que la derretía como si fuera un azucarillo en el café.

—Guau —dijo Will finalmente—. Esto es genial.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Por qué es genial?

—Sí, ¿qué te gusta? Descríbelo. Esto es un estudio de mercado.

—Hummm, bueno, supongo que me encanta la combinación de la especia…, ¿qué es?, ¿clavo?, con el dulce. Y los cristales de azúcar de la cobertura. Son un toque interesante.

—Gracias, es lo que había pensado.

—La crema de dentro es suave. Sabe un poco a canela y a… No sé lo que es el otro sabor.

—Avellana. Creí que casaban bien.

—Es maravilloso.

Un pequeño chillido salió de la garganta de Jenni. ¡Sí! Siempre la emocionaba idear un nuevo dulce y que fuera apreciado. Sintió un deseo vehemente de explicarle lo emocionantes que podían ser las sutilezas y los desafíos mentales que representaban para ella la confección de un sabor nuevo, pero la tomaría por loca.

—Pero para ser honesto —él se subió las gafas por la nariz—, lo mejor de la pastelería eres tú.

El estómago de Jenni se retorció como si una serpiente le hubiera dado un mordisco. Un pinchazo extraño y cálido.

—¿Yo?

—Sí. Se nota que vives para la cocina y que te encanta lo que haces.

El recuerdo le provocó una sonrisa. Pensó que era guapo entonces, pero estaba equivocada. Ahora que lo veía de nuevo, Will estaba para tomar pan y mojar. Lo observó mientras se acercaba con Virginia: la frente ancha, el cabello castaño oscuro, la mezcla de ángulos y redondeces en la cara. Tan sexi.

—Tú has preparado esto —le siseó a su abuela—. Te voy a matar.

No sabía cómo Nana había conseguido averiguarlo, pero estaba segura de que a su mente taimada se le había ocurrido de alguna manera traer a Will a la residencia.

—¿Cómo dices? —le preguntó la anciana, confusa—. No he tenido nada que ver con esto. Aunque —la mirada sabia valoró a Will de arriba abajo—, si lo hubiera conocido antes, estoy segura de que lo habría hecho.

Nancy Harris le dio un pequeño empujón a su nieta en dirección a los recién llegados. Cuando la mejilla de Jenni hizo contacto con la de Will, mientras Virginia lo presentaba al grupo, el latido de su corazón se convirtió en un tsunami en sus venas. Una extraña mezcla de emociones la asaltó. Qué raro. Su forma de mirarla con aquellos ojos ávidos y grandes, la boca carnosa. Algo dentro de ella quería envolverlo en una manta, darle una taza de té y ver con él películas malas de Navidad mientras veían diluviar a través de la ventana, lo cual era estúpido e irracional por su parte, porque Will no le había dado a entender ningún tipo de atracción. Con un esfuerzo sobrehumano, se separó de él.

—¿Y a qué debemos el placer de la visita de Will? —preguntó Nana.

Su pregunta estaba dirigida a Virginia, pero los ojos lo apuntaban a él. Su abuela siempre había sido muy incisiva, pensó Jenni. Iba a tener que darle una charla sobre la sutilidad de las conversaciones. Se perdió por un minuto contemplando los labios de Will en lugar de escuchar lo que decían hasta que hizo un esfuerzo por concentrarse. Hablaban de algo de un programa.

—La idea es que la gente de la residencia que tenga… eh… claustrofobia por tanto tiempo encerrada en invierno pueda hacer pequeños trabajos de ayuda a la comunidad —decía Will—. Un *win-win* en toda regla.

—No sé qué es eso de un *win-win*, niño —le contestó Nana—, pero me parece una buena idea. Me aburro y me encantaría hacer algo más que jugar al ajedrez con estos viejos chochos.

Los «viejos chochos» refunfuñaron al ser llamados así, pero también parecían interesados en la propuesta.

—Por eso pensé en ti, Nancy. Ya sé que la artrosis no te deja moverte demasiado, pero tienes unas «células grises» muy activas. Tal vez te gustaría trabajar con Will y echarle un cable con la gente.

Jenni ignoró la enorme sonrisa que se derramó por el rostro de Nana. Oh, oh. El que su abuela trabajara con Will no era muy buena idea, sobre todo, ahora que Nana sabía que le interesaba. Nana era una intrigante de cuidado.

—Nos encantaría ayudar, ¿verdad, Jenni? —Su abuela posó una mano que parecía una garra sobre su brazo derecho—. ¿Por qué no te sientas con nosotros, Will, y nos cuentas qué ideas se te han ocurrido?

Sutileza hecha carne, pensó Jenni. Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Virginia se había marchado y ella se vio sentada en una mesa cerca de la chimenea, calentita, mientras la brisa movía las ramas de un arbusto contra los cristales del exterior y la ciudad se extendía frente a ellos. Sus sospechas crecieron cuando Nana se giró en la silla y dijo:

—Iré a por una botella de vino.

—No, Nana ya iré yo —protestó Jenni, consciente de los movimientos lentos y dolorosos de la anciana.

—No se preocupe, Nancy, si es por mí, no bebo —terció Will.

Se sentaron los tres en un silencio incómodo. Los dos compañeros de mesa de Nana se habían excusado porque tenían una partida de cartas concertada. Jenni se estrujó el cerebro para que se le ocurriera algo ingenioso con lo que romper el hielo, pero la visión de Will paralizaba sus neuronas. Hablar con el Grinch habría sido más fácil para ella, pero aquel hombre… Lo estudió bajo la luz dorada del atardecer. El cabello alborotado, la apariencia risueña y las gafas sobre la nariz le secaban la inventiva y la lengua.

Nana se golpeó de pronto la frente con el dorso de la mano. Era la peor actriz del mundo.

—Acabo de recordar que tengo… hummm…. mi cosa abajo. La necesito.

—¿Qué cosa, abuela?

—La… cosa… Ya sabes —respondió Nana, alargando la palabra.

Jenni parpadeó, confusa.

—Tendrás que perdonar a mi abuela, Will; se está haciendo vieja y cada vez se explica peor.

—¿Quiere que vaya a recogerla? —se ofreció, solícito, Will.

—Si fueras tan amable… Jenni, acompáñalo a mi habitación y así le enseñas un poco esto. Y tráeme la cosa.

Jenni la miró desconcertada. Tenía la sensación de que le iba a llevar un tiempo decidir qué cosa llevarle a Nana. Se levantó con un suspiro y Will fue con ella.

Caminaron hacia las escaleras mientras ella se devanaba de nuevo los sesos buscando conversación.

—Entonces, Will, ¿estás estudiando Psicología?

Le parecía curioso porque era bastante mayor para ser estudiante universitario. En realidad, quería saberlo todo sobre él. Cosas como su nombre completo, su fecha de nacimiento, qué horóscopo tenía, qué le gustaba hacer en su tiempo libre, si usaba redes sociales, si leía, su dirección y, sobre todo, su número de teléfono. Pero no iba a preguntar nada de todo eso porque liarse con un extraño, por muy atractivo que fuera, era su última prioridad después del fracaso con Paul.

—Sí —contestó él con una sonrisa, y Jenni se encontró devolviéndosela porque era evidente el orgullo que lucía en ella—. No pude terminar la carrera cuando tenía la edad apropiada, pero ahora he conseguido ir avanzando poco a poco y este proyecto me ayudaría.

Jenni permaneció callada unos segundos. ¿Qué pensaría Will de ella? Nunca se sintió en la obligación de estudiar una carrera universitaria. Adoraba la pastelería y la cocina siempre había sido su vida.

—Estoy en una fase de transición —continuó él—. Reubicando cosas.

—Ajá.

«¿Qué se responde a una afirmación así de rara?», pensó Jenni. La decepción la atravesó como una flecha, pero se rehizo enseguida. Estaba claro que él la estaba advirtiendo. Los tipos como Will eran problemáticos. Sexis e irresistibles como el pecado, pero peligrosos. Una distracción de todos los objetivos que ella se había marcado, y de ninguna manera iba a tropezar dos veces en la misma piedra. Tenía demasiadas cosas que hacer como para interesarse en un hombre «en fase de transición». No necesitaba un romance.

Continuaron por un ancho pasillo hasta la habitación de Nana. Jenni se detuvo mirando alrededor pensando qué podría llevarle a su abuela que encajara en la definición de «la cosa» y que justificara que lo necesitara con tanta premura. Will la seguía tan de cerca que casi chocó contra ella en la puerta. Desprendía un olor masculino de lo más delicioso. A Jenni se le escapó un tembloroso suspiro, un aliento que ni siquiera se había dado cuenta de que retenía.

—Esto es muy bonito —observó Will, mirando a su alrededor—. Es un lugar muy agradable.

—Lo es.

—Dan ganas de ser viejo para formar parte de la comunidad. Sin embargo —prosiguió Will —, estoy un poco nervioso porque el programa que se supone que voy a desarrollar aquí se basa en actividades para gente aburrida. Pero lo que he visto por ahora del Saint Rose es que esta

gente lleva una vida más emocionante que la mía. No sé si les molará mucho lo del bingo emocional por las noches, como me hizo creer Pinterest.

Se rio con una risa profunda que envió un latigazo a cada una de las terminaciones nerviosas de Jenni. Tenía la sensación de que un alienígena se había apoderado de su cuerpo.

—Sí —consiguió contestar ella—, pero no te creas. No es oro todo lo que reluce. También se aburren y se sienten solos. Me gustaría estar más con Nana, pero la pastelería consume mucho tiempo y no podía ayudarla cuando estaba en casa. Tiene una esclerosis múltiple que la limita bastante.

Aunque intentó evitarlo, el dolor se coló en su voz. Todavía se sentía culpable por tener allí a su abuela, aunque había sido Nana misma la que lo había decidido cuando la enfermedad hizo inviable que siguiera viviendo sola. Intentó apartar la culpabilidad como el que aparta una mosca.

—¿Sabes? Podría ayudarte a pensar actividades para ellos. He estado mucho tiempo por aquí, visitando a mi abuela, así que puedo darte ideas de lo que encaja y lo que no en esta comunidad.

—Podríamos quedar un día a tomar algo y revisas mi proyecto, entonces.

Oh, no, no iba a caer en la trampa de citas. Aunque él se pareciera a Han Solo. Frunció los labios y su semblante quedó empañado por una repentina oscuridad, como si lo hubiera cubierto una nube.

—Yo no tengo citas —contestó con rigidez. Mejor aclararlo—. No estoy abierta a aventuras.

Sus ojos la miraron divertidos.

—¿Nunca?

Jenni negó con firmeza.

—Nunca, pero mucho menos en diciembre. La Navidad es demasiado estresante para una pastelera.

—Bueno, tienes que comer, ¿no? ¿Estás abierta a comer?

Demonios. El camino más directo para llegar al corazón de una cocinera era la comida. Aunque la sonrisa increíble con la que se lo proponía también ayudaba. Jenni sintió un estúpido cosquilleo en el estómago. Aprensión. Le gustaba aquel hombre, pero sentía tensarse su cuerpo ante la idea de cualquier relación.

—Sí, por lo general, me tomo un batido de frutas o algo sobre la marcha.

Él chasqueó la lengua con reprobación.

—Eso no es nutritivo.

—¿Quién es el cocinero de los dos?

—Tienes razón. Por eso tienes que pensar en tu nutrición. —Se golpeó la boca con el dedo, como si estuviera pensando. Jenni intentó no mirarle los labios—. ¿A dónde podemos ir? Suponiendo, claro, que exista un restaurante a la altura de tus exigencias en Silver Hill.

—Hay un montón.

—¿Conoces Louise?

Por supuesto que Jenni conocía Louise. Era uno de los sitios de comida casera más típicos de Silver Hill.

—Tienen pescado —prosiguió él—. Puedes llenar tus depósitos de omega 3. Ahora que sé que vives de batidos de fruta y lo que surja, me siento en la obligación moral de ayudarte a cuidar tu salud.

Jenni trató de ignorar su olor, que era una mezcla de canela y nuez moscada. Seguro que sus

labios sabían igual de delicioso.

—Pero no sería una cita. No es… no es un buen momento para mí.

—Porque en este momento no estás abierta a aventuras.

—Eso es. He terminado una relación hace poco y estoy un poco… confusa. No soy yo misma. No quiero líos.

—Pues te aseguro que esto no es una cita —afirmó Will—. Solo quiero mantenerte saludable y que me ayudes con el proyecto de paso.

—Vale —aceptó ella al fin—. Nos vemos un martes.

—¿Un martes?

Parecía desconcertado.

—Las citas siempre se ponen los fines de semana, así que, si esto no es una cita, sino un almuerzo de trabajo con propósitos nutricionales, debe ser en un día laborable. —Levantó un dedo—. Y nos encontramos allí. Si me recogieras, sería una cita.

Will se mordió el labio como si reprimiera una sonrisa.

—OK, perfecto. Compartiremos una mesa en Louise el próximo martes.

—Y cada uno se paga su parte.

—Hecho.

Jenni le estrechó la mano. La calidez de su palma ascendió por su brazo hasta su corazón. Cogió un frasco de colonia de la cómoda de su abuela y retomó el camino hacia la sala de juegos. Ahora tendría que encontrar algo decente que ponerse para su no-cita.

Bombones de café y avellana



Ingredientes para 40 bombones:

- 60 ml de nata
- 2 cucharaditas de glucosa líquida
- 2 cucharadas de café cargado
- 100 gr de azúcar glas
- 100 gr de chocolate *fondant*
- 40 avellanas
- clavo
- canela

En un cazo pequeño, calentamos la nata y la glucosa a fuego lento hasta que se disuelvan. Fuera ya del fuego, añadimos el café, una pizca de canela y un poco de clavo en polvo y lo dejamos enfriar. Cuando esté frío, le agregamos el azúcar. La mezcla debería poderse poner en pequeños montones sobre una bandeja cubierta de papel de horno; en caso contrario, debemos añadir más azúcar. Ponemos la bandeja con los montoncitos en la nevera durante dos horas.

Derretimos el chocolate en un cazo al baño maría y lo ponemos en cucharadas sobre una hoja de papel vegetal, aplanándolo para formar círculos pequeños. Dejamos reposar.

El relleno de nata lo metemos en una manga pastelera con boquilla acanalada y hacemos un pequeño círculo sobre cada redondel de chocolate, dejando un agujero en el centro en el que colocamos la avellana.

Guardamos en la nevera hasta que estén fríos y luego los metemos en un tarro de cristal. Duran hasta dos semanas en el frigorífico.

Bocados dulces.

Kate

Kate se sirvió una taza de café bien cargado y, con las manos alrededor de la taza, miró por la ventana el jardín mientras sorbía el café. No había señales de Peter, pero lo había escuchado moverse por la casa mientras ella se vestía, así que puede que estuviera fuera. La escarcha brillaba como pequeñas joyas sobre la hierba y una capa de niebla añadía un toque etéreo. Se dio cuenta de que ya había pasado la última Navidad en Harrington Hall sin saberlo y, por un momento, tuvo la sensación de que le hubieran sacado todo el aire de los pulmones de un puñetazo. Había intentado no pensar en ello, había procurado ser eficiente y limitarse a solucionar el corto plazo. Pero la idea de vender la casa la hacía sentirse enferma. Las mejores partes de su vida habían pasado entre aquellas paredes, estaba llena de risas y de recuerdos que se borrarían cuando perteneciera a otras personas.

Esa Navidad no desayunaría el chocolate especiado de su madre, no adornaría con ella el árbol de Navidad, no la ayudaría a rellenar el pavo. No habría enormes rebanadas de su bizcocho de frutas frente al fuego de la chimenea. Pasaría la Navidad en la residencia Saint Rose. La embargó el pánico y las lágrimas le hicieron un nudo en la garganta.

Respiró y empezó a lavar la taza para calmarse cuando vio a dos hombres en la parte exterior de la casa. Uno de ellos era Peter, el otro sostenía una caja; charlaban sin prisa. Dejó la taza en el escurreplatos y abrió la puerta trasera al aire helado.

—Hola, Kate, este es Oliver.

A la mente de ella, acudió la imagen de Tom Holland, el actor de *Spiderman*, de tanto que se parecía aquel chico a él.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—Le estaba explicando a Oliver que tardaré un poco en valorar todo el contenido de la biblioteca.

—¿La biblioteca?

Los labios de Peter se torcieron con un gesto de incomodidad.

—Supongo que tu madre tampoco mencionó ese tema. —Suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Violet sugirió que, ya que iban a vender Harrington Hall, puede que me interesara hacerle una oferta por los libros de su biblioteca para la sección de segunda mano de mi librería.

Una de las cosas que a Kate más la había agobiado era justo aquella: la magnitud de la tarea que tenía por delante en la biblioteca. Había montañas de libros por catalogar y era un trabajo de meses, no de los cuatro días que había pedido de permiso.

—Pero le estaba diciendo a Oliver que, salvo esta caja que ya había dejado ella preparada, tenemos que darte tiempo porque puede que quieras conservar algunos libros.

Oliver la miraba con gesto amable y mesurado.

—Sí, claro —contestó, aturullada—. Hoy mismo lo miro.

—Bien. Entonces, en un par de días me dices, ¿no? —le preguntó Oliver a Peter, que se limitó a asentir—. Me voy, que en la librería hay mucho curro y he dejado solo a Will. Se debe estar acordando de toda mi familia. —Sofocó una risita que a Kate le pareció encantadora—.

Que tengáis un buen día.

Entraron juntos en la casa y, como de mutuo acuerdo, se sentaron en los butacones que había al lado de la chimenea en la biblioteca. Kate miró a su alrededor, a aquellos estantes llenos de historias, desde los clásicos a libros infantiles pasando por novela romántica, negra, histórica o contemporánea. Su madre había sido una lectora voraz.

—Siento esta situación —dijo él, volviendo a parecer incómodo—. Me buscaré hoy un hotel. Mi situación es complicada, pero no soy un indigente ni mucho menos.

—Estos libros necesitan un hogar adecuado —respondió ella, intentando ignorar lo atractivo que se le veía con el jersey azul marino que llevaba—. Te será más sencillo clasificarlos estando aquí. Y la casa es grande.

Él inclinó la cabeza con agradecimiento.

—¿Has desayunado? —preguntó ella—. He dejado una cafetera hecha en la cocina.

—Gracias, ahora me tomo una taza.

—No suelo tomar nada más para desayunar, pero he comprado pan. Lo puedes tostar.

—Te lo agradezco.

—Me voy a poner a ordenar los armarios de mi madre. Así que moriré para el mundo por lo menos unas horas. Quiero llevar a una tienda de segunda mano los trajes de noche y los abrigos y a la beneficencia, la ropa de diario que ya no usa.

—Pues yo empezaré a hacer separación de lo que podría vender, si te parece, de la biblioteca. ¿Los revisas después?

—Claro.

Con un suspiro cansado, Kate subió las escaleras de peldaños anchos y bajos. Se moría de curiosidad por saber qué situación complicada era la que había llevado a Peter a quedarse sin su casa, pero se veía en la obligación de dejar que él encontrara el momento para explicarse. Si su madre lo había invitado allí, respetaría sus deseos.

En lo alto de la escalera, había un distribuidor antes del ancho pasillo al que se abrían las puertas de los dormitorios. El de su madre era el último. Giró el pomo de las puertas del gran armario empotrado que ocupaba la pared de la izquierda. Percibió el olor del perfume de Violet mezclado con un tufillo a humedad. Sacó las prendas de las perchas forradas de satén y las fue colocando en dos montones sobre la cama. Uno, con lo que quería vender y otro, con lo que iba a donar. En general, la ropa estaba en buen estado. Sonrió. «Tienes un síndrome de Diógenes», solía decirle a su madre, porque Violet Harrington era de esas personas que no tiraban nada. En el armario había vestidos de cóctel entallados de los años cincuenta y de los sesenta con sus faldas de vuelo, maravillosos abrigos largos hasta los pies y románticas blusas de los setenta, entre los espantosos estampados de neón de los ochenta. Algunas prendas estaban envueltas en bolsas y tenían la etiqueta de diseñadores famosos. Acarició la suave gasa de una blusa de color rosa y se sintió invadida por la nostalgia. Por el recuerdo de la mujer —joven, enérgica— a la que pertenecía aquella prenda que ya nunca más volvería a llevar. Sintió una punzada sorda en la boca del estómago. El espejo de la habitación le devolvió una expresión de tristeza y ansiedad que se apresuró a corregir. Tenía que ponerse al trabajo y dejarse de quejas.

Tres horas más tarde, entró en la cocina dispuesta a abrirse una botella de vino. Estaba agotada. Peter ya estaba allí picando hierbas aromáticas y verduras.

—Espero que no te importe que me haya puesto a cocinar. No sé si tenías algo previsto para comer hoy.

Kate encontró una botella de merlot en la pequeña cava de la cocina, la abrió y le pasó una copa.

—¿Quieres?

Él la agradeció con un gesto.

—No me importa —dijo Kate—. No suelo tener tiempo para cocinar y mi previsión para la comida de hoy era comer una lasaña precocinada, así que cualquier otra cosa es bienvenida. ¿Qué estás preparando?

—Un arroz con verduras.

Se lo veía muy profesional mientras picaba pimientos, cebollas y ajos.

—¿Te gusta cocinar?

—Lo encuentro muy relajante. —Hizo una pausa para probar el vino—. Chile fresco, cilantro, lima…, me gusta mucho experimentar con los sabores.

Deslizó las verduras en una sartén y el estómago de Kate empezó a rugir con el aroma que invadió la cocina. Olía de maravilla.

—Bueno, pues ya que tú cocinas, pondré la mesa.

Colocó el mantel de la noche anterior sobre la mesa de la cocina mientras Peter agregaba tomate picado, caldo y arroz al caldero.

—Si te vas a quedar aquí, deberíamos dividir los gastos de comida. Estoy segura de que no compré chiles ni cilantro en mi compra de ayer.

Peter tomó un sorbo más de su vino.

—Los compré yo esta mañana.

—Cuando mi madre vivía aquí, esta habitación era un caos. Si ella no estaba cocinando, seguro que alguien lo estaría haciendo. Todos nos amontonábamos en la cocina, ayudando en lo que fuera necesario. La única regla era que había que dejar todo recogido al final. Pero siempre había gente rondando dispuesta para charlar.

—¿Se te hace muy duro estar aquí sin ella?

Peter vaciló al hacer la pregunta, pero la miró con compasión y ojos atentos. Kate no supo qué responder. Si no se paraba a pensarlo, diría que sí, que era muy difícil y que esa era una de las razones por las que había decidido vender la casa, pero lo que sentía no era eso.

—Si no quieres hablar de ello —continuó él—, no hay problema. Cambio de tema enseguida.

—No me permito a mí misma pensar en eso —respondió Kate.

Hacía mucho tiempo, demasiado, que aquella cocina se había cubierto de silencio. A Kate le habría gustado revivir Harrington Hall en todos sus aspectos, llenarla de la energía vibrante que tenía su madre, criar a sus hijos como Violet había hecho con ella, si encontraba con quien tenerlos antes de que se le pasara el arroz. Que siempre hubiera una taza de chocolate caliente para hacer los deberes en la cocina. Una paz simple en la rutina. Pero su camino, en algún momento, había abandonado aquella senda mientras su madre se iba quedando atrás, detenida en un pasado que ya no encajaba con su cerebro.

—¿Cómo no vas a pensar en eso? Es lógico que lo hagas, ella es una parte muy importante de Harrington Hall.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No te haces una idea de cuánto. Creo que llevo desde que llegué aquí para vaciar la casa fingiendo que todo es normal, que es lo mejor para las dos, pero me cuesta asumir que estoy poniendo punto y final a una época.

—Puede que te venga bien después de todo que esté por aquí, para distraerte —apuntó Peter.

Ella cabeceó, asintiendo, al percibir la comprensión y el sentido del humor en su tono.

—Lo cierto es que es maravilloso tener a alguien con quien hablar de todo esto. Sobre todo, si ese alguien cocina así de bien.

—Vaya, nunca me había sentido tan querido por mí mismo.

Kate se dio cuenta de que contenía una sonrisa.

—¿Te parece bien entonces lo de hacer una sola compra y dividir los gastos? —preguntó él —. Aunque, ya que me estoy quedando en tu casa, ¿qué tal si me dejas hacer a mí la compra?

Ella se sintió incómoda bajo su mirada escrutadora. No tenía ni idea de cuál era el estado de las finanzas de Peter ni por qué se había quedado sin casa, y no quería agregar presión adicional al problema.

—No, si vas a cocinar, me parece justo que la dividamos a la mitad. No quiero abusar.

Se dio cuenta de que se había equivocado con la última frase cuando los labios de Peter se tensaron.

—Puede que ahora mismo no tenga casa, Kate, pero de verdad que no estoy en la indigencia. Déjame pagar a mí la comida.

Se dio la vuelta para atender el arroz y ella dejó caer la cabeza entre las manos, mortificada.

—¿Y tú? ¿Quieres hablar sobre lo que te pasa? —preguntó con suavidad.

—No, quiero olvidarme de ello al menos unos días.

—Si seguimos poniendo límites a los temas de conversación, no vamos a tener mucho de qué hablar, pero no quería ofenderte. Te dejo pagar la comida.

Él sonrió, conciliador.

—Siempre podremos hablar del tiempo. Y de libros.

—Hummm, cierto. Hace una temperatura agradable fuera.

—Sobre todo, si miras el exterior desde detrás de las ventanas.

—Cuando quieras contármelo, si quieres alguna vez, estaré para escucharte. Gracias por hacerlo tú.

Habían pasado el momento incómodo y que estuviera allí hacía que se sintiera menos sola. Tenía el presentimiento de que con un adulto sensato en la casa sería más fácil permanecer tranquila mientras resolvía el tema de la venta. Lo único que tenía que hacer era controlar las hormonas, que parecían encontrarlo sumamente atractivo. Liarse con Peter no era una buena idea.

Will

—¿Qué es una no-cita? —preguntó Oliver, divertido—. Mira que te gusta complicar las cosas.

Will levantó una ceja, incómodo, mientras se colocaba la larga bufanda alrededor del cuello. La temperatura aquella tarde no superaría los menos dos grados centígrados y lo que menos necesitaba era morir por congelación. Lamentó no haber podido mantener la boca cerrada, porque no quería hablar de aquello con Oliver, pero como su amigo conocía a Jenni, había intentado sonsacarle información acerca de la chica.

—He quedado para comer en Louise. Pero no es una cita. Va a revisar mi proyecto para ver cómo puede ayudarme.

Oliver lo estudió con una mirada imposible de descifrar.

—Pero… estás soltero. Ella está soltera. Quedar para comer parece una cita. Con la excusa de tu trabajo.

—Me temo que ella ha dejado bien claro que no quiere citas con nadie.

Oliver soltó una carcajada.

—Oh, sí, Jenni es una tía dura de pelar. Lo ha pasado mal con los tíos. Su último novio era un imbécil de cuidado, así que no me extraña que ponga barreras.

Will sonrió recordando la actitud luchadora de ella. De alguna forma, aquello, lejos de espantarlo, lo había atraído más. Si ella no quería llamarlo cita, que así fuera. A él tampoco le apetecía demasiado empezar nada con todo lo que tenía encima, era una complicación que, desde luego, no necesitaba en su vida. Ni en ese momento ni nunca, pero había sido incapaz de resistirse a Jenni.

—No te olvides de llevarle algo —apuntó Oliver—. A Jenni le gustan los hombres detallistas.

Will lo miró con espanto.

—¿Te refieres a flores o a bombones? Eso ya no se lleva, Oli. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes una cita?

El librero negó con la cabeza.

—Seguro que menos que tú, pero créeme, te diferenciará. —Sus ojos azules brillaron al sugerir—: ¿Por qué no le llevas un libro?

Will reflexionó. Aunque Jenni dijera que no quería citas, estaba seguro de que muchos hombres la tendrían en su radar y, si aquello era una competición, estaba decidido a ponerse al cuello la medalla de oro. Pasó la mirada por las mesas de la librería, dubitativo.

—Puede que le guste este —eligió.

Le tendió a Oliver un ejemplar de color verde agua que tenía una taza rosa en la portada.

—*El café de los corazones solitarios*, de Milly Johnson —leyó su amigo.

—Me pega mucho para ella, porque tiene esa magia *feelgood* que ella también tiene y creo que su pastelería es un poco como el café de la novela, como ese punto de encuentro para almas perdidas.

Oliver le dirigió una mirada apreciativa y asintió.

—Es buenísimo, eso.

Will pasó el libro por el lector de códigos y metió el dinero que costaba en la caja.

—Te quiero, Oli. Gracias por la idea. Me voy, que tengo el tiempo justo para llegar.

—Que vaya bien —respondió su compañero—. Luego me cuentas.

Will retuvo el aliento cuando vio que Jenni ya lo esperaba en la puerta. Estaba guapísima con un abrigo de color rojo y un sombrero a juego. Tanto que tuvo que contenerse para no abrazarla. En cambio, le tendió la bolsa con el libro, refrenando el escalofrío que le recorrió el brazo cuando sus dedos se rozaron.

—Esto es para ti.

Ella lo cogió, vacilante.

—¿Qué es?

Metió las manos en la bolsa mientras Will pensaba que por qué demonios le habría hecho caso a Oliver. Su amigo no sabía nada de mujeres, nunca había sabido. La vergüenza lo invadió. ¿Qué pensaría ella de un chico que le llevaba una novela romántica en la primera no-cita? Se maldijo mentalmente mientras ella desempaquetaba el libro.

—¿Es… una novela?

La boca de Jenni se abrió de sorpresa y el corazón de Will se hundió en un pozo de miseria mientras cambiaba su peso de un pie a otro. La había cagado.

—Sí… Bueno, pensé que igual… Es una novela sobre una pastelería parecida a la tuya.

«Nunca más volveré a hacerle caso a Oliver», rumió antes de que sus pensamientos quedaran ahogados por el aroma de madreselva de Jenni. ¡Lo estaba abrazando!

—¡Oh, Will! ¡Me encanta! ¡Mil gracias!

—¿Te encanta? —repitió él, confundido.

—Es un detalle precioso.

—Mi agradecimiento por la ayuda de hoy.

—Espero poder ayudarte de veras.

Sus miradas se encontraron y él sintió un chispazo inesperado, una súbita descarga de electricidad. Por la expresión de Jenni, aquello no era solo por su parte; parecía tan asombrada como él. Will sintió el deseo de tocarla, de acariciarle la mejilla, pero se limitó a seguirla por el restaurante hacia la mesa.

Jenni le resultaba deliciosa. No lo entendía del todo. Jamás se había sentido atraído por una chica como ella, una buena chica, como diría su abuelo. Y aquella atracción era irracional e incontrolable. Ella lo conmovía. El modo en el que se preocupaba por su abuela, su sincera pasión por la cocina, la dulzura de su rostro al contemplar ahora la novela. Le encantaba hablar con ella. La deseaba. Sin más. Aunque fuera el peor momento para plantearse nada. Era de lo más inoportuno porque los dos tenían ya suficientes problemas, por lo que parecía, como para añadir complicaciones. Sin embargo, ignorar la atracción también era difícil, porque la atracción podía terminar en sentimientos y los sentimientos podrían volver a romperle un corazón que todavía no estaba del todo repuesto. «La vida tiene que continuar», se dijo. Cerró los ojos con fuerza para ahuyentar un dolor sordo que empezaba a instalarse en su cabeza y entonces se dio cuenta de que Jenni estaba esperando una respuesta a algo.

—¿Cómo dices? —«Céntrate», se reprochó a sí mismo.

—Hablaba de mi abuela. De cómo puede ayudarte en la residencia a convencer a los demás para colaborar. Es una lianta de cuidado.

Will rio. Era verdad que Nancy Harris parecía una mujer de armas tomar. Escuchó las ideas

de Jenni con atención. No eran malas. Preguntó y puntualizó algunas mientras tomaban un caldo caliente y pasaban al pescado acompañado de cebollitas glaseadas y de un surtido de verduras.

—Yuhuuuuu.

Jenni levantó la cabeza ante la llamada y su mirada perdió algo de brillo. Will se dio la vuelta, intrigado, y vio a una mujer corpulenta que se acercaba a ellos, agitando la mano. Llevaba un vestido largo de color marrón y unos zapatos anchos que la hacían parecer aún más corpulenta. Parecía escapada de una novela de Miss Marple.

—Hola, hola, hola —dijo cuando llegó a la altura de su mesa envuelta en una bocanada de perfume floral—. ¿Qué tal, querida? ¿No me presentas a tu amigo?

—Lucilla, este es Will. Will, Lucilla.

—Encantada —saludó la mujerona, tendiéndole la mano—. Soy Lucilla Pilcher. Conozco a todos en Silver Hill. Eres el nieto de Edmund, ¿verdad? El que ha heredado su casa.

Las cejas de Will se alzaron.

—¿Cómo…? Sí, Edmund era mi abuelo.

Ella hizo un gesto de complacencia por haber dado en el clavo.

—Todos lo queríamos. Era un poco gruñón, es verdad. Te pareces a él.

—¿Por lo gruñón?

La mujer lanzó una risita aguda.

—No, no, esos ojos. Son los suyos. ¿Qué planes tienes con la casa? ¿Vas a vivir allí, la vas a vender o la alquilarás en plan Airbnb?

Will se movió incómodo ante el interrogatorio, pero ella no esperó las respuestas. Tomó aliento y siguió vertiendo sobre ellos un torrente de palabras.

—Si no te la vas a quedar, puedo ayudarte con varias ideas. Me dedico al mercado inmobiliario… y a la organización de eventos.

Will levantó las manos para parar la verborrea de la mujer.

—No, sí que me la voy a quedar. Voy a vivir en ella.

—¡Estupendo! —lo dijo tan regocijada como si le hubiese tocado un premio—. ¿A qué te dedicas?

—Eehh…, ahora mismo trabajo en The Golden Books…

—Oh, sí, la librería de Peter.

—... pero estoy estudiando Psicología.

Ella levantó una ceja.

—¿En serio? No me pega que un chico tan guapo se dedique a escuchar las miserias de la gente.

—Bueno, la psicología no es eso exactamente.

—Es fabuloso, creo que no conozco a ningún psicólogo. No uno de verdad, al menos. Quiero decir, está el médico del consultorio, pero no es lo mismo, claro.

Will esbozó una sonrisa tensa. «Por Dios, ¿no hay quien calle a esta mujer?».

—Me imagino que es complicado reparar esa casa si todavía no has terminado la carrera. —Will parpadeó, pero ella no esperó la respuesta—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué buena idea acabo de tener, Jenni!

Lucilla dio un saltito y agarró a Jenni por las muñecas mientras le movía los brazos como si fueran de trapo.

—Will puede ser nuestro nuevo narrador del invierno. —Se volvió hacia él con una sonrisa —. Di que lo harás, querido Will.

—¿Qué es el narrador del invierno? —preguntó el susodicho, cada vez más confuso.

—En el festival de Navidad siempre hay un elfo que cuenta un cuento al final y reparte los calcetines entre los niños. Los tres últimos años ha sido Oliver Fielding. —Soltó un bufido—. Oliver no tiene alma para contar historias.

—Gracias, pero creo que no soy la persona apropiada —contestó Will, desesperado porque aquella mujer los dejara en paz—. Y sé que Oliver lo hará mil veces mejor que yo. Tengo un poco de miedo escénico. Lo de hacer teatro no es lo mío.

Lucilla hizo un puchero.

—Piensa en los niños, obligados año tras año a aguantar la cantinela de Oliver.

Jenni empezó a toser. Will le dirigió una mirada desesperada de auxilio, pero la muchacha se limitó a encogerse de hombros.

—Hablaré con Oliver, lo ayudaré con sus historias —se ofreció para quitársela de encima.

Ella palmoteó, contenta.

—Perfecto. Te avisaré cuando nos reunamos para organizarlo. Pero, ahora, sí o sí, tengo que irme. Bienvenido a Silver Hill, Will.

Y tal y como había llegado, se marchó. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Quién era aquel horror de mujer?

—Nota mental —susurró Will a Jenni—: mantenerme alejado de Lucilla Pilcher.

—Afortunado tú, que no tienes una pastelería a la que va a desayunar cada mañana.

Él se tapó la mano con fingido horror.

—Y yo que pensaba que eras la mujer perfecta. No contaba con que tenías una Lucilla Pilcher en tu vida.

Ella soltó una carcajada y Will, por primera vez en mucho tiempo, sintió un calorcillo en el alma.

—No estoy intentando impresionarte todavía.

El «todavía» resonó entre ellos como un hechizo.

—Avísame cuando vayas a intentarlo —respondió, desenfadado—. Es mejor que esté preparado si vienen cosas como Lucilla en el paquete.

Lo alivió que ella riera de nuevo. Tomarle el pelo y el coqueteo entre ellos era divertido, pero no podía ser. Estaba en Silver Hill para ordenar sus ideas, sus prioridades, su vida. Por muy divertido que fuera coquetear con Jenni Harris, no podía permitirse el riesgo de enamorarse. Debía tenerlo presente.

Jenni

A poco de salir de Louise, empezó a llover. La bruma descendía de las cumbres y el parabrisas se había cubierto de gotas cada vez más furiosas. «¿Cómo he podido bajar la guardia de esta manera?», se preguntó Jenni mientras abría la puerta de la pastelería, que siempre se trababa, y dejaba el paraguas en el paragüero de la esquina. La explicación estaba clara. No esperaba que él se presentara con un libro. Nadie le regalaba libros de forma espontánea a otra persona. Oliver y su abuela le regalaban libros por su cumpleaños y en Navidad, pero eran libros que Jenni había seleccionado antes. Nadie se tomaba las molestias de elegirle un libro a ciegas. Aquel gesto era lo más amable que habían hecho por ella en los últimos meses y, al pensarlo, se le hizo un nudo en la garganta.

Cuando lo abrazó y su olor a cítricos y a madera le inundó las fosas nasales, sintió su cuerpo despertar. Aquel abrazo había sido para embotellar la esencia y venderla en los grandes almacenes, porque cuando lo abrazó, el frío del invierno dejó de existir. Cuando él se apartó y se miraron, el cerebro de Jenni entró en modo pánico. ¿Iba a besarla? Pero él solo esbozó una sonrisa amable. Lo que fue aún peor, porque se dio cuenta de que estaba decepcionada. Sus labios clamaban por el beso no conseguido. Iban por libre, estaba claro.

Y luego, al ver sus expresiones al hablar con Lucilla, cómo su hermoso rostro se llenaba de confusión, el corazón se le colmó de risa y de sentimientos cálidos y desordenados. Un horror.

Y lo peor de todo había sido cuando él se despidió para dirigirse a su furgoneta y Jenni se había quedado mirándolo. Todavía tenía la capacidad de admirar un buen trasero. Sintió un cosquilleo en el estómago y más hacia el sur. Allí donde llevaba demasiado tiempo —según Nana— sin sentir nada. No tanto como para no reconocer la lujuria, se dijo.

Gimió atormentada mientras se ponía el delantal de su padre. Ya sabía cómo terminaban esas cosas. Y no, no iba a permitírselo de nuevo. Eso no había sido una cita, sino solo un almuerzo de trabajo en el que llenar los depósitos de omega 3 adecuados para su salud. Suspiró. La presencia de Will había hecho aún más deliciosa la comida. Una sopa aromática. Pan casero y crujiente. Pescado a la brasa con cebollitas glaseadas y verduras. Tarta de melocotón con un toque de canela. El café, negro como a ella le gustaba. No habían parado de hablar de mil cosas, de discutir las posibilidades que tenía el proyecto de la residencia. Incluso ella había apuntado la idea de unir el festival de invierno de la escuela —a pesar de Lucilla Pilcher— al proyecto. No tenía ganas de despedirse.

Se estremeció cuando la puerta de la pastelería se abrió dejando entrar el frío invernal y sacándola de sus cavilaciones. Un escalofrío de aprensión bajó por su espalda. «Basta», se dijo. Atendió al cliente con una sonrisa. Pero cuando este se marchó, la cabeza volvió a ponerse en marcha. Cocinaría, eso siempre funcionaba para calmar los nervios, y así se pondría al día con los encargos de las fechas. No por primera vez pensó que necesitaba contratar a alguien más, aparte de George, que le echara un cable. Aunque fuera algo temporal. Echó mantequilla en la cubeta de la batidora, le añadió azúcar y fue mezclando ingredientes hasta obtener una masa de color marfil que le serviría de base de las galletas de Navidad.

Su mente se distrajo un segundo cuando vio el libro sobre la pila de cajas rojas con

elegantes letras doradas que había pedido para vender las galletas. Al despedirse, había querido con cada fibra de su ser que él la besara, pero parecía que Will se había tomado en serio lo de la no-cita y solo le había dado un abrazo rápido antes de que se montara en el coche de vuelta a la pastelería.

Para cuando llegó la hora de cierre, había atendido a varios clientes que se habían arriesgado a salir a pesar del mal tiempo, y varias tandas de galletas esperaban a ser decoradas enfriándose en la encimera. Olía a pastel recién horneado y a mantequilla tostada y Jenni sintió que la tensión de sus hombros cedía. Hasta que miró su móvil: tres mensajes de texto de Nana preguntándole cómo había ido la cita —que no era una cita, demonios—, luego que por qué no contestaba y un tercero exigiendo que cuando tuviera tiempo, llamara a su pobre abuela, que se moría de ganas de saber qué había pasado. «Demasiado para ella», pensó con una sonrisa. Se sirvió una taza de chocolate caliente —necesitaba refuerzos para enfrentarse a Nancy Harris— y marcó el número de su abuela.

—Hola, Nana —saludó cuando la anciana descolgó.

—Vaya, ya era hora.

—Tenía que trabajar. Llevo toda la tarde horneando galletas y he tenido clientes. No está mal para una tarde de martes fría y nevada.

—Estoy demasiado vieja para que me cuentes milongas, Jenni. Ya puedes ir largando qué ha pasado al mediodía.

—Me regaló un libro.

—¿Un libro?

—Una novela romántica que tiene lugar en una pastelería. Dijo que le recordaba a la mía.

—Qué detalle tan bonito.

Jenni puso el manos libres y empezó a pegar pegatinas en las cajas donde colocaría las galletas y a apilarlas.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Y cuándo será la siguiente cita?

—Esto no ha sido una cita.

—Uy, sí, perdón, la siguiente no-cita, entonces.

—Tal vez la siguiente semana —admitió Jenni a regañadientes mientras pegaba la última pegatina—. Hizo un comentario casual de que le gustaría comentar conmigo algunas modificaciones que estaba haciendo al proyecto. Pero no tengo tiempo.

—¿Cómo que no tienes tiempo? Claro que lo tienes.

—Nana, tengo que entregar unos treinta pedidos de galletas antes del domingo. Y hacer un montón de budines de Adviento en el fin de semana. No tengo tiempo para citas ni no-citas, ni siquiera tengo tiempo para quedar con amigos.

—¿Cuándo vas a llamarlo? —preguntó su abuela, sin hacerle el menor caso.

—No voy a hacerlo.

—Entonces, lo haré yo.

—Ni se te ocurra.

—Yo también tengo que opinar sobre el proyecto de la residencia. Supongo que para visitar a tu pobre abuela sí que tienes tiempo. Puede que tropieces con él cuando vengas a verme.

El pecho de Jenni se colmó de remolinos nerviosos y tuvo que contenerse para no gritar. Hizo un pequeño baile silencioso.

—Bueno, eso no sería una cita. No puedo evitar encontrármelo si voy a verte. Está claro.

—Por supuesto. —Las palabras de su abuela eran serias, pero su tono estaba teñido de risa.

Tarta casera de melocotón con canela



Ingredientes:

- 4 huevos
- 1 taza de azúcar moreno
- 1 taza de aceite de maíz
- 1 taza de harina de repostería
- levadura en polvo
- 1 limón
- coñac
- canela
- 2 melocotones
- mantequilla

Separamos las yemas de las claras. Batimos las yemas con el azúcar, el aceite de maíz, la harina, la levadura y un chorro de coñac. Le añadimos las claras batidas a punto de nieve con una pizca de sal. Lo disponemos en un molde de tarta que habremos untado previamente con mantequilla.

Cubrimos la superficie de la masa con lascas de melocotón, que hemos tenido en maceración un rato con canela y el zumo de limón, formando un dibujo circular.

La llevamos al horno, precalentado, hasta que la superficie esté doradita y cuajada; aproximadamente, 1 hora, a 170 ºC.

Al sacar del horno, la cubrimos aún caliente con mermelada de melocotón.

Esta tarta también se puede hacer sustituyendo el melocotón por manzana.

Kate

Kate se defendió con todas sus fuerzas hasta que los dos quedaron cubiertos de nieve por completo y entonces se echó a reír a carcajadas. No recordaba haberse divertido tanto en mucho tiempo. Y es que la diversión no solía ser parte de su Google Calendar. Tenía el cabello y los vaqueros completamente empapados y, aun así, tiró de Peter una vez más para desequilibrarlo. Él aterrizó en la nieve a su lado.

—De pequeña solía hacer angelitos en la nieve en días como este —comentó—. ¿Tú lo hacías?

—Nunca fui un niño demasiado dado a los juegos —fue la respuesta algo seca de él. Un destello de tristeza pasó por sus ojos.

De pronto, parecía como si la nieve hubiera atraído todo el silencio del mundo y lo hubiera depositado como una sábana sobre ellos. Kate pensó que no tendría que moverse mucho para besarlo y se obligó a alejarse poniéndose de pie. Él la imitó y se sacudió la nieve de la chaqueta. Kate vio cómo se estremecía.

—Entra y cámbiate. —Le dio un pequeño empujón en el pecho, que sintió fuerte y cálido—. No quiero que te dé una pulmonía a pesar de que has sido tú el que ha empezado.

—Es que no me he podido resistir —se rio Peter—. Eras un blanco demasiado fácil, ahí, con el teléfono en la mano.

—Voy a tomar un par de fotos de la casa desde aquí fuera, que era lo que iba a hacer antes de que me lanzaras una bola de nieve, y entro.

Peter asintió y se dirigió a la casa, pero antes de entrar le lanzó un comentario por encima del hombro.

—Reconoce que ha sido divertido.

—Lo ha sido —sonrió ella.

Kate hizo un par de fotos con el teléfono. Cuando pusiera la casa a la venta, aquella imagen con la nieve a su alrededor, de lo más bucólico, atraería compradores. Luego, entró para cambiarse. Porque solo la idea de poner las fotos de Harrington Hall en una página de venta la había deprimido mucho.

La puerta del comedor donde Peter se sentaba a trabajar con los papeles de la librería estaba entornada cuando volvió a bajar. Y escuchó como él tecleaba en su portátil mientras se dirigía a la cocina. Preparó café, le echó un chorro de coñac y le llevó una taza a Peter.

—No te molesto mucho. Te he traído un café con un chorrito de coñac para que te caliente el cuerpo.

Lo vio asentir distraído mientras se mortificaba por lo mal que había sonado aquello. Dejó la taza y retrocedió. Él le dirigió una sonrisa desvaída y volvió a teclear. Como a ella, pensó Kate, no debía gustarle demasiado que lo interrumpieran en su trabajo.

Regresó a su propio ordenador, que había dejado abierto en la mesa de la cocina, y reorganizó la agenda de la semana de vuelta de las vacaciones. Respondió correos electrónicos, preparó una charla que tendría que dar en un congreso a la vuelta… Cuando revisó la hora, se dio cuenta de que era casi la una y que no había hecho nada en la casa en toda la mañana. Decidió

llamar a su madre, rogando porque contestara al teléfono. Desde que la demencia empezara a devorar el cerebro de Violet, como la nada de *La historia interminable*, su madre solía olvidar dónde dejaba el teléfono y no contestaba a sus llamadas en el ochenta por ciento de los días. Mucho menos si era, como ahora, una videollamada. Así que Kate solía enviarle un mensaje a Claire, una de las auxiliares de la residencia, para que la ayudara. Esa vez no fue la excepción. Su madre no le hizo ni caso al teléfono y Kate esperó que Claire estuviera trabajando. Diez minutos después, le llegó la respuesta de la auxiliar. «Enseguida se conecta».

—Hola, cariño —dijo Violet con la voz algo cascada—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Tú estás bien? Te noto algo resfriada.

—Sí, un poco. Debí coger frío el otro día, pero no es nada importante.

—Mamá… ¿tú conoces a un librero llamado Peter?

—Por supuesto, Peter Rendshaw, el de The Golden Books. Un amor de hombre.

—¿Le has pedido que se quedara en Harrington Hall para clasificar tu biblioteca?

Violet arrugó la nariz en un gesto de concentración.

—Cariño —dijo con un matiz de desolación en la voz—, supongo que debí hacerlo si está ahí, pero no me acuerdo de ello. Oh, hola, Peter.

Kate se sobresaltó. El librero se acercó al ordenador para saludarla con un brillo acerado en sus ojos azules. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿La habría escuchado? Violet parecía encantada de verlo. Empezaron a charlar de libros y no pasó mucho tiempo antes de que Kate se sintiera fuera de lugar en la conversación. Se levantó y cedió la silla a Peter, que le contaba a su madre la clasificación que iba haciendo de la biblioteca. Reconoció el placer que a su madre le seguía proporcionando hablar de literatura y se prometió que, a la tarde, se metería en la biblioteca a elegir aquellos que más le gustaban y se los llevaría a la residencia. Aunque Violet no los leyera, podrían leer fragmentos juntas cuando fuera a verla. Después de casi diez minutos, su madre pareció recordar que ella también estaba allí.

—Kate, espera, que hay algo que quiero decirte, cariño. Peter entiende de libros y también es mi amigo. Hay algunos libros muy valiosos en el ático. Por favor, enséñaselos a Peter para que él los tase. Creo que vendrá bien el dinero y yo ya no los necesito.

Kate sintió que Peter se removía inquieto.

—Te agradezco la confianza, Violet, pero si son tan valiosos, es mejor llamar a un experto.

Violet hizo un gesto de desdén con la mano.

—Confío en ti —contestó—. Tú entiendes. Sé que querrás que pasen a las mejores manos posibles.

Peter asintió. Y Kate se acercó de nuevo a la pantalla.

—Voy a elegir una caja con los libros que más te gustan, mamá. Peter me lo ha pedido. Y me acercaré a llevártelos a Saint Rose.

Violet se apretó la sien con la mano y cerró los ojos.

—Estupendo, cariño. Me voy a echar un ratito, que estoy algo cansada. Ten cuidado con el coche si está nevando. Y si Peter no está demasiado ocupado, tráelo contigo.

Bostezó y apagó la llamada antes de que ella o Peter pudieran decir ni media palabra.

—Eso —dijo Kate, cerrando el portátil— ha sido una *masterclass* de manipulación. No estás obligado a acompañarme.

Le dirigió una mirada tranquilizadora para respaldar sus palabras, pero él no pareció demasiado convencido.

—¿Comemos algo? —preguntó.

—Claro.

Peter no la acompañó a ver a Violet aquella tarde. Por la ventanilla del coche, entraba el viento cargado con una fina llovizna mientras Kate saboreaba su frescura. Al salir, había pensado en poner música, pero casi parecía un sacrilegio turbar el silencio de la tarde. Aprovechó el viaje para poner en orden sus pensamientos y también para divagar sobre la conversación que había tenido con él en el vestíbulo justo antes de salir. El librero iba vestido con ropa de deporte.

—Perdona que no te acompañe. Lo haré la próxima vez, díselo a Violet. Hoy necesito salir a despejarme un rato.

—Oh. —Kate reconoció que se había hecho ilusiones de que fuera con ella—. Vale. ¿Qué tal ha estado tu día?

Peter enarcó las cejas.

—¿Mi día? Bien.

Después de comer, apenas lo había visto. Peter se había marchado a hacer unos trámites a la librería y ella había aprovechado para seleccionar los libros que le llevaría a Violet.

—¿Los trámites en la librería, bien?

—Sí. —Hizo una pausa y se colocó un gorro de lana en la cabeza—. No pareces el tipo de persona que pierde el tiempo en charlas inconsistentes.

—Solo estaba conversando —replicó ella, molesta por su rechazo—. Nada más.

—No hay demasiado que contar, la verdad. —Peter miró el reloj.

—Ya está oscuro fuera.

—¿Y?

—No sé si será buena idea salir a hacer ejercicio ahora.

Peter esbozó una sonrisa.

—Puedo cuidarme solo. ¿Te preocupa que me pierda?

—Bueno, creo que deberías tener cuidado.

—Lo tendré.

Peter cerró la puerta y a Kate no le quedó más remedio que cargar la caja de libros de Violet y emprender el camino hacia Saint Rose sola. La conversación seguía martirizándola como un dolor lejano en su cabeza cuando cruzó la puerta de la residencia con la caja en los brazos.

Will

Will se estremeció al entrar en el bar. El sitio se parecía demasiado al garito de su última borrachera en público. Aquella noche en la que todo cambió, había accedido estúpidamente a celebrar la fiesta de cumpleaños de un amigote en un local que estaba de moda. Empezaron tranquilos con cervezas, pero la cosa fue evolucionando rápido a múltiples rondas de chupitos de *whisky* y Will había despertado a la mañana siguiente, en su propio coche, en medio de la nada, con una necesidad abrumadora de beber y un dolor de cabeza insoportable. Tenía una barbaridad de llamadas perdidas de un número no conocido en el teléfono. Y varios mensajes. Eran del hospital. Su abuelo había muerto aquella noche. Solo.

«¿Qué pensaría Jenni de eso? —se preguntó—. ¿Qué pensaría de alguien que deja a su abuelo morir sin nadie a su lado porque está borracho?».

Tom —un antiguo compañero de clase que era el dueño del local— se afanaba al final de la barra y Will tuvo unos minutos para observarlo. Estaba en forma, pero su rostro parecía menos animado de lo que recordaba. Servía unas cervezas con la rapidez y el talante de alguien a quien le encanta hablar con los demás. Al verlo, pestañeó y sonrió.

—Vaya, Will Taylor. Había escuchado decir que habías vuelto.

Will se acercó y le estrechó una mano.

—He vuelto a Silver Hill, pero no a beber. —Tom era una de las pocas personas que sabía de su problema porque lo había tenido que sacar borracho del garito muchas veces en el pasado —. Por eso no me había pasado por aquí. ¿Cómo está Patty?

Los hombros de Tom se hundieron.

—Murió hace unos meses, Will, de cáncer —contestó con la voz ronca—. Yo también estuve a punto de morirme detrás, pero este sitio —hizo un gesto con la mano señalando el bar— no se lleva solo y me ha sacado del pozo.

—Lo siento mucho, Tom. No lo sabía.

—Ley de vida. ¿Te sirvo algo?

—He quedado con una amiga aquí. Mírala, allí está.

Como de costumbre, María, su «madrina», se veía deslumbrante con sus rizos largos y oscuros recogidos en una cola de caballo alta, y el maquillaje perfecto. Seguro que su vestido de cuello alto negro, fino y elegante, y sus medias con brillos de purpurina se consideraban muy *cool*. María era una *influencer* de moda. Will bajó la mirada a su uniforme habitual de vaqueros y camiseta negra de manga larga que cambiaba por manga corta en verano e hizo una mueca. Decididamente, María no había elegido ser su madrina por lo *cool* que él era.

—Muy guapa —dijo Tom, guiñando un ojo.

—Solo somos amigos —le contestó Will.

—Ya, ya, eso dicen todos.

—En este caso, es de verdad. Me alegro mucho de verte, Tom.

—Ahora me acerco a ver qué queréis comer. Yo también me alegro de verte, Will. Sobre todo, sobrio.

Will no se molestó en responder. Recordaba los fuertes brazos de Tom sujetándolo frente a

la puerta de su abuelo. El dolor de la memoria es a veces peor que la puñalada de un cuchillo, y le atenazó la garganta. Por desgracia, aunque seguro que Tom tenía grandes dotes como psicoterapeuta, lo que necesitaba para apagar ese dolor no estaba en aquel bar, así que se encaminó hacia María.

Ella levantó la vista del móvil y le sonrió como si tuviera un secreto. Su amiga se iluminaba con cada sonrisa. Una vez, en una de sus borracheras conjuntas, antes de que María y luego Will decidieran dejar de beber, él le había confesado que la luna menguante debería llamarse «la sonrisa de María» y ella se había reído a carcajadas.

—¡Hola! —saludó.

—¿Y esto de quedar en bares?

Sus labios volvieron a esbozar aquella sonrisa lunática.

—Creo que puede ayudarte.

Ladeó la cabeza como si le hubiera dicho que había encontrado una cura para el resfriado común.

—Oh, ¿en serio? —replicó Will con sorna—. A veces creo que no eres otra cosa que el demonio reencarnado.

—Eso es peor que lo de la sonrisa de la luna.

—Sí, el alcohol me hace ser mucho más poético.

—El alcohol te arruina la vida, Will.

—Qué inteligente recordármelo en un bar, María.

La chica lo ignoró y le hizo un gesto a Tom con la mano. Will lanzó una mirada a su alrededor, el bullicio de grupos de amigos irritables por lo alto que hablaban con cervezas en la mesa, camioneros musculosos, encantados de tomarse una hamburguesa y litros de cerveza con ella, un par de ejecutivos que cenaban con unas copas de vino que convertirían la cena en un rato largo y sosegado… Sintió la sed clavarse en sus entrañas.

—¿Y tú? —le preguntó María.

—¿Qué?

Will la miró con los ojos inexpresivos, desorientado y confuso, en medio de la espiral de la sed. Tom esperaba paciente a su lado.

—¿Qué quieres tomar? —insistió ella.

Él se incorporó en el asiento, haciendo un esfuerzo para centrarse, y se ajustó la chaqueta como si tuviera frío. Cerveza, le decía la mente. Cerveza. Casi podía paladear el primer trago. Fría. Refrescante. Deliciosa.

—Una hamburguesa y una Coca-Cola Zero —contestó.

—Buen chico —susurró María.

Un mechón de su cabello se salió de la cola de caballo y ella lo acomodó.

—¿Has visto *El indomable Will Hunting*?

—¿Qué? —A Will todavía le costaba enganchar con la realidad.

—Hay una escena donde dicen: «La culpa no es tuya». Repítelo.

—¿El qué?

—Eso. La culpa no es tuya. Sé por lo que estás pasando ahora mismo, porque yo misma lo pasé. Pero la culpa no es tuya. El alcohol es un condicionamiento social. Todo a nuestro alrededor está empapado de alcohol. Mira. —Hizo un gesto con la mano hacia la sala—. Está tan arraigado que la gente se reúne solo para beber.

Will asintió, pero no dijo nada. La sed era una soga que anudaba su garganta.

—Cuando dices «vamos a tomar algo», nunca es una Coca-Cola Zero.

Will le dio un mordisco a la hamburguesa que Tom dejó delante. El sabor de la carne, tierna, jugosa y sonrosada, aderezada con el picante de la salsa, apagó por un momento la sed.

—María, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Puedes hacerla —contestó ella con una sonrisa—. Otra cosa es que te responda.

—¿Estás con alguien?

—Estoy empezando a salir con una chica. Todavía solo estamos conociéndonos.

—¿Lo sabe?

No hacía falta especificar el qué.

—Lo sabe. Lo cierto es que me he dado cuenta de que la única manera de que la gente deje de insistir en las reuniones para que beba es decir: «Lo siento, soy alcohólica y no puedo probar ni un sorbo».

Se rio entre dientes y los ojos le brillaron.

—Oye, es mano de santo. Nadie vuelve a decirte nada. Los amigos que necesitaban que bebiera con ellos para divertirse salieron de mi vida con mucha rapidez cuando dejé de hacerlo. Lo mismo que mi pareja de antes.

—Sí, me ha pasado igual.

—A los amigos con los que valió la pena quedarme les gusta tener una noche de sobriedad conmigo. No les importa si bebo o no.

María alargó la mano y apretó la de Will. Sus ojos extraordinarios, orlados de pestañas larguísimas, lo estudiaron.

—¿Por qué lo preguntas?

—Hay una chica… Creo que es demasiado pronto para empezar nada con nadie, pero es como si la vida me la hubiera puesto en el camino. Me da miedo hacerle daño.

—Nadie te garantiza que las cosas salgan bien en el amor, pero si no lo intentas, es seguro que no saldrán bien.

—Me arrepiento de haber dañado a mi abuelo. Siempre me decía que parara de beber y yo pensaba que qué coñazo era, si no podía dejarme vivir mi vida. Pensaba que era yo quien tenía razón, que controlaba, que no era como mi padre. Viví durante mucho tiempo con la ilusión de que la bebida acallaba las voces que gritaban que la vida no era bonita dentro de mi cabeza. Las voces siguen ahí. Me da miedo recaer.

—A mí también. Creo que es un miedo que no se te quitará nunca, que se te va a quedar debajo de la piel. Pero tenemos que aprender a caminar con miedo y a acallar las voces. Esto no tiene cura.

—Llevo toda la cena queriendo pedir una cerveza.

Ella volvió a apretarle la mano.

—Lo sé. Pero has bebido Coca-Cola. Cuando lo dejé, me pasaba las horas muertas mirando los bares y me decía: «Si has aguantado una semana, puedes aguantar dos». Y así. Pero la verdadera prueba de fuego es esta: estar en un bar, poder beber alcohol y, aun así, pedir un refresco o agua. ¿Cómo es?

—¿Quién?

—La chica esa que te tiene sorbido el seso.

Will esbozó una sonrisa. ¿Cómo describir a Jenni? Las facciones, los ojos, los labios, el pelo… Las palabras parecían demasiado cortas. ¿Cómo condensar en cuatro frases su risa franca e inacabable?

—Oh, cielos, Will. Es peor de lo que me imaginaba —se rio María—. Estás coladísimo.

Él movió la cabeza.

—No es cierto.
Ella lo miró a los ojos y, como si comprendiera su dilema, no insistió.
—Estoy segura de que, si es tan indescriptible, merecerá la pena correr el riesgo —afirmó.

Jenni

El olor a humo de castañas y a especias flotaba en el aire. A pesar de que podría comprar el café en grano en el mayorista, a Jenni le encantaba el que vendía Óscar, un colombiano que lo traía desde su país al mercado de Silver Hill. El día se adivinaba tibio para ser inicios de diciembre. Era pronto, pero las pequeñas calles que se formaban entre los puestos ya estaban repletas de transeúntes que compraban regalos, comida o se paraban a curiosear en los mostradores de bisutería artesanal. En el centro, un enorme abeto engalanado con bolas plateadas y luces diminutas les recordaba a todos la magia de la Navidad.

—¡Jenni!

Una sonrisa instantánea cruzó el rostro de la pastelera. Emily avanzaba zigzagueando entre la gente hacia ella. La hija de Lucilla tenía el cabello rubio recogido en una cola de caballo de la que se escapaban algunos mechones sueltos, las gafas torcidas y un aparato de ortodoncia nuevo que la hacía parecer mayor. Estaba a punto de cumplir los doce años y la conocía desde que era pequeña. Se preguntaba en ocasiones cómo la niña podía ser tan encantadora siendo como era hija de Lucilla.

—¡Hola, guapa! —saludó—. ¿Qué estás haciendo? ¿No deberías estar en el colegio?

Emily hizo un puchero con unos labios tan perfectos que Jenni no pudo evitar pensar en el trabajo que le esperaba a Lucilla en dos años espantando moscones.

—¡Jenni! Estamos de vacaciones.

Jenni se rio. Lo sabía. No en vano estaba en el mercado en busca de reservas de café. Pero le encantaba chinchar a Emily.

—Me ha dicho mi madre que tienes un novio guapísimo que va a hacer de narrador del invierno.

—Ni es mi novio ni creo que haga de narrador del invierno.

—Pero sí es guapísimo.

«Ay —pensó Jenni—, me ha pillado».

—Eso sí, es muy guapo.

—Trabaja en la librería de Peter.

—Lo sé.

—A lo mejor luego voy a verlo. ¿Te gusta?

Jenni no iba a dejarse pillar.

—¿La librería de Peter? Me encanta. Siempre voy a comprar allí mis libros.

Emily chasqueó la lengua.

—El chico de la librería. Will.

—Claro que me gusta, es un hombre muy agradable. Pero solo eso.

—Mamá dice que no le quitabas la vista de encima.

—Tu madre habla demasiado a veces.

—A veces, no. Siempre.

La niña soltó una carcajada y Jenni esbozó una sonrisa divertida.

—Era el nieto de Edmund.

—Lo sé.

—Edmund era un antipático. Siempre me estaba regañando por dejar la bici en el césped. —Hizo una pausa—. ¿Crees que al chico guapísimo le importará mucho que su abuelo esté muerto?

Muerto. Era una palabra terrible. Por un momento, Jenni pensó en Nana y en qué sentiría ella si, como Will, de pronto se quedara sin su única familia en el mundo. Era verdad que Edmund no era la persona más agradable del universo, pero cuando no estaba de mal humor, se ganaba la admiración de sus vecinos tocando la guitarra. Jenni recordaba cómo el anciano llevaba el ritmo con la cabeza en todas las fiestas con el vaso de vino al lado y el instrumento en las manos.

—Supongo que importar no es la palabra más adecuada para expresar la tristeza que se siente en esos casos.

—La tristeza es una cosa muy curiosa —reflexionó la niña.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es como la mochila del cole. Pesa pero luego, cuando llegas a donde tienes que llegar, la dejas a un lado y puedes seguir haciendo cosas.

—Hasta que tienes que volver a ponértela a la espalda.

—Exacto. —Una nueva sonrisa dejó ver el aparato dental.

Jenni se colocó en la cola del puesto de Óscar, pero Emily la siguió, reticente a abandonar la cháchara.

—No quiero que eso me pase a mí.

—Anda, anda, ¿por qué va a pasarte?

La niña hizo una pequeña mueca.

—Mi abuelo Thomas está ahora en la residencia Saint Rose, mamá dice que es demasiado mayor y que ella no puede atenderlo. Mi amigo Hamish dice que, cuando estás en una residencia, es que te vas a morir muy pronto.

Jenni abandonó su aire animoso y le acarició la mejilla a la niña. Se le acababa de ocurrir al escuchar el nombre de la residencia, pero necesitaba madurarla un poco.

—Hamish dice muchas tonterías, ¿no te parece? —dijo—. Mi abuela Nana también está allí y espero que dé guerra muchos años.

—Allí cuidarán de ella, ¿verdad? ¿No dejarán que le pase nada?

—Eso es. Ven. Vamos a pedirle a Óscar el café de la pastelería, que tengo mucho trabajo por delante esta mañana.

Licor de café



Ingredientes:

- 1 l de ron blanco
- ¼ kg de café en grano
- una vaina de vainilla
- 1 kg de azúcar moreno
- una tacita de café bien cargado

Maceramos durante dos días ½ litro de ron blanco con el café en grano, que habremos tostado ligeramente al horno antes y triturado con el rodillo de amasar, y la vaina de vainilla.

Hacemos un almíbar ligero con el azúcar moreno disuelto al fuego en un litro de agua hasta que se espese un poco. Dejamos enfriar y lo mezclamos con la maceración de ron y café, una tacita de café bien cargado y el resto del ron.

Debemos dejarlo un mes en una botella de cristal en alguna zona sin luz que sea fresca. Luego, puede consumirse.

Kate

Peter no había vuelto cuando Kate entró en casa. Ni sesenta minutos después. Empezaba a sentirse algo preocupada. Violet había tenido una tarde bastante lúcida y había sido un placer hablar con ella y revisar juntas los libros. Cuando le comentó que Peter no iría, que había salido a correr por la zona, dejó caer también que le preocupaba que saliera a hacer ejercicio con la nieve en la oscuridad; su madre la tranquilizó argumentando que Peter ya había estado en Harrington Hall muchas veces y que conocía la zona muy bien. No había ninguna necesidad de asustarse. Pero, cuando pasaron las dos horas de su llegada a la casa, Kate estaba seriamente alarmada. Se conocía lo suficiente como para saber que su visión de la vida estaba algo distorsionada, que en Urgencias solo veías un pedazo de la vida de alguien, no la imagen completa, pero no pudo evitar echar miradas ansiosas por la ventana de la cocina al camino de acceso a Harrington Hall, esperando ver la luz de la linterna frontal que llevaba Peter. Incluso buscó en Google cuánto tiempo debía esperar una antes de informar a la policía de la desaparición de una persona. Pero Google, como la mayoría de las veces, no daba una respuesta concluyente. Los tiempos dependían de lo frágil que fuera la persona perdida y Peter no era frágil o, al menos, no lo era en apariencia. Estaba convencida de que a Peter no le haría ninguna gracia que ella movilizara a todo quisqui sin necesidad.

Para más inri, el teléfono de Peter estaba en su habitación. En la mesita de noche, sobre un libro. De modo que, si se hubiera caído, no podría llamar para pedir ayuda. ¿Qué podía hacer? Entonces se acordó del joven que fue a buscar los libros. ¿Cómo se llamaba? ¿Oliver? Seguro que no hacía mal a nadie explicándole sus preocupaciones a alguien que conociera a Peter. Buscó el número de la librería rogando porque no hubieran cerrado aún. Una voz agradable, que reconoció como la del empleado de Peter, respondió y Kate le contó muy rápido lo que había sucedido.

—No te muevas de ahí, Kate, por si acaso regresara —le contestó Oliver—. Will y yo saldremos a buscarlo.

El alivio inundó a Kate. Alivio y una punzada de aprensión porque Oliver creyera necesario emprender una búsqueda. Si Peter cruzaba la puerta de Harrington Hall minutos después, se podía imaginar la cara que pondría por todo lo que se había montado en su ausencia.

Por la ventana de la cocina, vio pasar el Land Rover de Oliver diez minutos después. Las luces resplandecientes en la oscuridad. Y sintió miedo. ¿Y si Peter se había caído y estaba inconsciente y llegaban demasiado tarde? Debería haber ido con ellos, después de todo, era la única de los tres que sabía reanimar a alguien. La lluvia caía en el exterior, cruel y persistente. Las condiciones para estar al raso eran deplorables. Siguió esperando con el estómago encogido hasta que el teléfono sonó una media hora después.

—Kate, soy Oliver, lo hemos encontrado. —La voz del chico sonaba un poco metálica con el manos libres del coche.

—¿Está bien?

—Ahora lo verás, estamos yendo hacia Harrington Hall, pero no sé si tendría que verlo un médico.

—Yo soy médico, Oliver.

—Ah, vaya.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo visto, la linterna le falló, se confundió, tomó una ruta equivocada y se tropezó. Tiene un pie muy dolorido y está un poco menos peleón que de costumbre.

Will rio dentro del coche. Y Kate pudo escuchar la protesta sorda de Peter al fondo.

—Seguro que es por la hipotermia —aseguró—. Hace demasiado frío fuera.

—Llegamos enseguida.

—Bien.

Los minutos que el Land Rover tardó en llegar a la puerta, los utilizó Kate para llenar la bañera del baño de abajo de agua caliente y calentar toallas para después. Voló escaleras arriba a la habitación de Peter para buscar ropa de cambio con la que sustituir la ropa mojada, dejando a un lado la sensación de incomodidad por revolver sus cajones.

Cuando el vehículo se detuvo en la puerta principal, agarró una manta y salió corriendo a ver cómo estaba. Los chicos de la librería lo aferraban cada uno por un lado, pero el librero se veía bien. Ni somnoliento ni confuso. En sus ojos solo había una mirada de disculpa.

—Siento mucho todo esto, Kate —empezó a decir, temblando de forma incontrolada.

Kate hizo un gesto con la mano.

—¿Puedes caminar?

—Sí, creo que es solo un pequeño esguince.

—Te he preparado un baño caliente y también he calentado la ropa para después. —Se dirigió a los dos empleados—. ¿Me ayudáis a meterlo?

—Ni que fuera un niño —gruñó Peter mientras le castañeteaban los dientes.

—A callar —le contestó ella—. Necesitas ese baño caliente y luego ya nos ocuparemos del pie.

Cuando entraron en la casa, se acercó a Peter y le quitó la sudadera empapada y la camiseta y lo cubrió con la manta.

—Qué manera de desnudarme, Kate, que tenemos testigos. —Esbozó una sonrisa temblorosa.

Kate se arrodilló para quitarle los calcetines y las zapatillas y de paso explorarle el tobillo, que no se veía tan mal.

—No estás desnudo, pero tienes que quitarte esos pantalones y meterte ya en la bañera caliente. El baño está aquí —indicó para que Will y Oliver lo ayudaran. Y se dirigió al salón a encender la chimenea.

Estaban sentados a la mesa. Kate había descongelado una sopa de pollo que los cuatro consumían entre muestras de aprobación por parte de Will y de Oliver. Peter se veía encorvado sobre el plato. El pie, que Kate le había vendado después del baño, reposaba en un taburete. Había dejado de temblar, pero no decía ni media palabra. Kate se levantó a echar otro leño al fuego y, al pasar por el lado de Peter, él tomó su mano.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué —contestó ella con una sonrisa.

—He sido un imbécil, pero te aseguro que es la primera vez que necesito que me rescaten.

No sabía por qué Kate dudaba de eso.

—Está bien. —La mano de Peter seguía helada a pesar del baño—. Pero la próxima vez,

llévate el teléfono.

Él asintió y la soltó. Kate, algo turbada por el contacto, se refugió en la cocina, de donde salió minutos más tarde con un plato de jamón y queso y hogazas de pan caliente.

—Siento que la cena sea tan poco elaborada —se disculpó con los dos muchachos—. No soy muy buena cocinera.

—A mí me ha sabido a gloria, Kate —dijo Will—. Tengo muy poco tiempo para cocinar.

—Will va a encargarse del proyecto de dinamización de Saint Rose. Está estudiando Psicología —informó Oliver—. Me ha dicho Peter que tu madre está allí.

Kate asintió.

—Esta tarde he ido a verla. Le he llevado sus libros preferidos antes de desmantelar la biblioteca de Harrington Hall.

La voz se le quebró sin querer y Peter la miró preocupado.

—Es una situación complicada —apuntó Will, comprensivo—. Y supongo que debe ser difícil para ti.

—¿A qué te refieres? ¿A la demencia de mi madre o a vender la casa de mi infancia?

Will esbozó una sonrisa tímida.

—A ambas cosas.

—Mi madre se siente muy vulnerable —contestó Kate—. Es desgarrador porque siempre ha girado todo en torno a ella y ahora hay veces en que es incapaz de recordar la trama de su libro favorito. Vaciar su casa, revolver sus cosas, hace que sienta que estoy faltando a lo que ha construido durante toda su vida.

—Te entiendo muy bien —dijo Will—. Mi abuelo era la persona más importante de mi vida. Y ahora estoy arreglando su casa, sus cosas, tirando a la basura su vida… Me siento un traidor.

—Sí, es justo eso —susurró Kate.

Peter volvió a cogerle una mano y se la frotó con suavidad. Ella sintió una descarga repentina, como electricidad estática, con el roce.

—Voy a por una botella de vino —se excusó.

Cuando volvió, Oliver y Will hablaban del proyecto de la residencia con Peter.

—No es mala idea —opinaba este.

—¿El qué no es mala idea? —preguntó Kate.

—Hacer un amigo invisible de libros en Navidad para la residencia Saint Rose. The Golden Books se encargaría de localizar aquellos libros que los residentes quisieran regalar a sus amigos invisibles y les haríamos un precio especial. —A Oliver le brillaban los ojos—. Así podrían leer con esa persona una historia que siempre les haya encantado.

Will puso una mano sobre la copa rechazando la bebida y dijo:

—Tener con quien hablar de algo que se recuerda bien, porque está en un pasado lejano, refuerza la confianza cuando tienes una demencia incipiente.

A Kate se le encogió el corazón al recordar el brillo en los ojos de Violet al reconocer sus libros. La rememoró acariciando con mimo los lomos. Sus ojos azules se veían menos perdidos en el rostro enjuto, sus manos frágiles como un abanico de huesos. Se mordió el labio.

Peter ladeó la cabeza, pensativo, y jugueteó con el vino.

—Habría que empezar ya a organizarlo —apuntó—. Si no, no nos dará tiempo de hacer los pedidos al distribuidor.

—Deja eso de mi mano —se ofreció Will—. Seguro que Jenni y su abuela me ayudan.

Oliver le lanzó una sonrisa socarrona y Will se sonrojó.

—A propósito de Jenni —apuntó Oliver—, me ha dicho que Lucilla Pilcher ha accedido a organizar el tema del narrador del invierno en la residencia este año.

—Sí, salvo por tener que aguantar a esa señora, me ha parecido una idea fabulosa integrar a los niños con los abuelos.

—Lo es —confirmó Kate.

Oliver soltó un suspiro pesaroso.

—Tenemos que marcharnos —dijo, levantándose—. Will y yo debemos abrir una librería a primera hora y, además, se os ve cansados. Lo del amigo invisible de libros lo hablamos mañana con calma con la abuela de Jenni y con ella.

Will

A la mañana siguiente, Will atravesó las puertas de The Golden Books, golpeando con los pies la alfombra de la entrada.

—Me encantaría teletrabajar en este momento. Ahí fuera debe hacer menos cuatro grados. ¿Quién va a venir a comprar libros con este frío?

—Tienes que salir de la guarida de vez en cuando. —Oliver colocó una pila de libros en la mesa de novedades sin ni siquiera alzar la mirada.

—¿Por qué? —siguió gruñendo Will—. Tengo internet, una chimenea que funciona de milagro e ingredientes para hacer sándwiches. Y en la calle hace frío.

—Pero te perderías mis maravillosos chascarrillos diarios.

Will se rio mientras lo veía desaparecer en la trastienda con una pila de libros. Agradecía tener la amistad de Oliver. Siempre había agitación en la escuela cuando llegaba alguien nuevo y Will recordaba perfectamente el primer día de Oliver. Todavía podía ver la mano huesuda de la señorita Blackstone sobre el hombro esquelético de Oliver: «Este es Oliver Fielding. Viene de California. Quiero que le deis la bienvenida». Cuando todos dijeron «Hola, Oliver», Will se preguntó cómo era posible que viniendo de la soleada California, el nuevo tuviera una piel tan pálida. Durante el recreo, Oliver se sentó solo en uno de los bancos del patio, mirando con sus grandes ojos a los niños que jugaban. Will se aproximó.

—Hola, soy Will.

Oliver lo miró por encima de sus gafas redondas.

—Hola.

—¿Es verdad que vienes de California? —preguntó yendo al grano.

—Sí.

—¿Y por qué no estás moreno?

—No tengo por qué estarlo.

—Pensaba que en California siempre hacía sol.

—Vivía en Lassen. Solo hace buen tiempo en verano.

—¿Por qué te has mudado aquí? —preguntó de forma abrupta. No tenía ni idea de dónde estaba Lassen y no quería quedar como un tonto delante del nuevo.

Oliver le contó que su padre había muerto y su madre había regresado a su ciudad natal para estar más cerca de sus abuelos. Will podría haber sentido empatía. Haber dicho «lo siento», pero no lo sentía. Resulta difícil que alguien que aún tiene a su madre te inspire lástima cuando tú has perdido a la tuya y tu padre es como es. Will solo contaba con Edmund y su abuelo no era el alma de la fiesta. De hecho, cuando alguien le preguntaba por su padre, Will se inventaba una historia. Era un espía y estaba trabajando para el gobierno. Era un científico y estaba destinado en la Antártida, por eso no estaba con él. Inventaba historias que eran preferibles a la realidad de que su padre era un borracho incapaz de hacerse cargo de su único hijo. Así que cambió de tema e hizo a Oliver un montón de preguntas sobre cómo era vivir en California. Eran amigos desde que el colegio unió a dos niños solitarios con mucho que compartir.

A lo largo de los años, habían mantenido una amistad fácil hasta que Will se había

marchado a Nueva York. Oliver era un buen tipo. Un tío excelente que le había abierto los brazos al volver y lo había ayudado a encontrar trabajo.

Tener a Oliver a su lado y restaurar la casa de su abuelo habían mantenido a Will sobrio. En la casita, había que lijar el suelo, pintar las paredes, colgar cortinas y colocar lámparas y apliques. La casa era acogedora y albergaba algunos de los recuerdos más felices de su vida. Todos los veranos mientras su madre vivió, durante cuatro semanas enteras, Will volaba lejos del bullicio de la ciudad y de la relación tóxica de sus padres y los pasaba pescando, acampando y recolectando verduras con el abuelo. Cuando ella ya no estuvo, a Will no le quedó más remedio que pasar largas temporadas con Edmund huyendo de su realidad.

Ahora, mientras remozaba la casita, fijando los recuerdos y convirtiéndola en su nido, Will sentía que su corazón iba sanando poco a poco. Era su oportunidad para frenar la espiral ascendente de destrucción en la que se había metido.

Alcanzó una de las cajas pendientes de ordenar que había dejado el transportista de la distribuidora y la abrió. Acababa de colocar los últimos libros en la mesa de novedades cuando le sonó un mensaje en el móvil.

«¿Tienes un minuto esta noche para pasarte por la residencia?».

Jenni. No tenía tiempo, en realidad. Debía entregar un trabajo de Intervención Psicoeducativa al día siguiente a su tutor de prácticas que apenas había empezado a esbozar. Por no hablar de la cantidad de tareas domésticas que se le acumulaban en casa. Pero dormir estaba sobrevalorado. Le tembló la mano al escribir la respuesta.

«¿A qué hora?».

«¿Las ocho? Mi abuela quiere contarte un par de cosas que se le han ocurrido para lo del amigo invisible de Oliver».

«Allí estaré».

Oliver regresó con un plato de galletas navideñas y dos cafés en una bandeja. Le tendió uno.

—Toma. Esto y el azúcar hará que estés menos gruñón.

Will tomó un sorbo del café.

—No estoy gruñón —contradijo.

Oliver le pasó una galleta.

—Estabas hasta que te ha sonado ese mensaje.

—Hummm —masticó Will, sin dejarse engatusar.

—¿Era Jenni?

—Sí.

—Qué pena no haber apostado. Estaba seguro.

—No tienes por qué apostar nada. Solo somos amigos.

—Amigos.

—Eso.

—¿Como tú y yo?

—Bueno, ella está más buena que tú, Oli, lo siento.

Oliver se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Ver cómo te resistes.

—Me alegra servirte de diversión, pero no me resisto. Simplemente, no hay nada entre nosotros.

Sin embargo, el comentario de Oliver le hizo sentir una confusión cálida en el estómago.

—¿Cuándo volverás a verla?

—¿Quién dice que volveré a verla?

Oliver lo miró con fijeza y Will le devolvió la mirada sin soltar prenda, pero al final claudicó.

—Esta noche, después de salir de la librería. Voy a ir a la residencia porque su abuela quiere hablar conmigo de lo del amigo invisible.

—Vaya… —bromeó Oliver—. ¡Cuánto tiempo sin quedar para no ser nada más que amigos!

Will bajó la vista, incómodo, y empezó a ordenar los libros.

—No tengo tiempo para enamorarme.

Oliver bufó, escéptico, y Will lo miró con cara de pocos amigos.

—Me cae bien Jenni y su abuela es genial y me ayudan en el proyecto de la residencia. No hay nada más.

—Vale, vale, como quieras.

Oliver dio por finalizada la conversación y se puso a actualizar las entradas de novedades en el ordenador. Disgustado consigo mismo, Will se dispuso a colocar los libros en las mesas. No había ningún motivo para reaccionar de forma agresiva a las bromas de su amigo ni para hacer el tonto de aquella manera.

—Perdona, no quería ser brusco. Tengo muchas cosas en la cabeza y una relación con Jenni no es una de ellas.

—Olvídalo. Era una broma, nada más.

«Debo parar de pensar en ella —se dijo Will, sin contestar—. Empezando ahora». Había esquivado el tema en vez de ponerle solución y el único modo de recuperar el control, como había comprobado con su alcoholismo, era enfrentar el problema cara a cara.

Cuando era pequeño y quería controlar la tristeza, contaba hasta cinco. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Ya. Borrón y cuenta nueva. Y se visualizaba alegre y feliz. No siempre le funcionaba, pero entonces volvía a comenzar.

Will inició la cuenta colocando con cada paso un libro. Uno. Volvería a ser un simple conocido para Jenni. Dos. Se concentraría en su trabajo en la residencia en vez de en la muchacha. Tres. Se visualizaría hablando con Nana mientras su nieta se convertía solo en una figura secundaria, sin que su corazón diera un vuelco al verla. Cuatro. No se complicaría más la existencia con relaciones que no terminarían bien en cuanto ella se enterara de su pasado. Cinco. ¿Por qué entonces sentía como si su alma encogiera de tamaño?

Jenni

La película favorita de todos los tiempos de Jenni era *Cuando Harry encontró a Sally*. No solo porque la de Harry le parecía la mejor declaración de amor de la historia de la humanidad, sino por las imágenes de parejas sentadas frente a la cámara que contaban cómo se habían conocido. Jenni tragó saliva mientras veía acercarse a Will. Su cerebro empezó a formar una imagen en la que ambos estaban sentados en un sofá: «Nos conocimos porque me caí en la nieve. Y él me ayudó a levantarme». La imagen la trastornó de la misma manera que cuando Lucilla le preguntaba si la cafetería iba bien económicamente o cuando alguien le preguntaba su peso. Preguntas ambas incómodas de contestar. Tenía que quitarse esa estúpida atracción por Will de la cabeza. Era soltera, le gustaba ser soltera y no iba a volver a cometer el error que había cometido con Paul. Ahora podía ir y venir a su antojo, pasar la noche leyendo si le apetecía y trabajar a destajo en la pastelería sin sentirse culpable porque alguien la esperaba en casa. Le gustaba ser independiente, tener su propio espacio. Le gustaba la tranquilidad, su propia tranquilidad, que implicaba poner la música a todo volumen mientras limpiaba su casita. Amaba su soledad y le tocaba las narices que alguien se metiera en sus asuntos, que le organizara el tiempo o las salidas.

«No todo el mundo es como Paul», dijo la estridente voz de Lucilla en su conciencia. Otra cosa que abandonar era lo de tener conversaciones ficticias con Lucilla Pilcher en su cabeza, como si esta fuera su conciencia. Ya era bastante terrible aguantarla en la pastelería cada mañana. No iba a cambiar su cómoda existencia por muy atractivo que fuera Will y por mucho que se empeñara Nana en citarlos.

Había cometido un error al enviarle el mensaje por indicación de su abuela. Al hacerlo, daba la impresión de que estaba interesada y el gesto podría malinterpretarse con facilidad. Qué tonta había sido. Se movió con incomodidad cuando sus miradas se cruzaron y perdió el hilo de sus pensamientos.

—Hola. —Will forzó la sonrisa.

—Hola. Nana, Will ya está aquí —avisó ella, intentando ignorar la perturbadora atracción que sentía cuando él estaba cerca. «Contrólate, Jenni», se dijo. No debía permitir que le nublara el entendimiento. Pero él le tomó una mano para darle un beso en la mejilla. Jenni se quedó paralizada con el contacto. Will tenía las palmas grandes y ásperas y la mejilla muy suave. Y olía muy bien. Hacía mucho tiempo que no sentía como mareante el olor a jabón y a *aftershave* de un hombre, y no quería sentirlo.

Movió la cabeza intentando recuperar la cordura mientras Nana le explicaba a Will lo que se le había ocurrido para el amigo invisible. «Esto que siento es solo atracción física: él es guapo. Sus ojos, su pelo, esos hombros… Cualquier mujer tontearía con él. Eso es lo que pasa, solo eso». Cruzó las piernas y cambió de postura en la butaca, contenta de haber encontrado una explicación lógica a su nerviosismo cuando él aparecía. Will era un hombre atractivo y ella no estaba ciega. Punto. Alzó la vista hacia las manecillas del reloj de pared, convencida de que todo eso pasaría.

—¿No estás de acuerdo, Jenni?

—¿Cómo?

No estaba escuchando. Nana resopló.

—Estaba en otro planeta, como de costumbre.

Jenni se puso colorada. Se sintió transparente, expuesta, imperfecta ante los ojos de Will. Se dio cuenta de que se había quedado mirándolo sin contestar.

—Lo siento. Me temo que estaba pensando en otra cosa.

—No me digas —apuntó Nana.

Jenni sonrió sin poder evitarlo ante el sarcasmo en la voz de su abuela. Era tonta por sentir el cosquilleo del interés. Estaba segura de que parecía una lunática. Por favor, ¿qué le estaba pasando?

—Comentábamos —dijo Will— que puede ser buena idea que sean libros con una temática concreta. Nancy decía elegir una temática navideña.

Jenni volvió a ruborizarse porque él la miraba de una manera que… Y su cuerpo estaba reaccionando sin que ella pudiera evitarlo.

—Tal vez eso sea limitar demasiado la elección, ¿no te parece, Nana? —contestó, intentado que su corazón recuperara su ritmo normal—. Creo que podría ser más sencillo que cada uno eligiera un libro que piense que todo el mundo debería leer.

Will la miró unos segundos antes de preguntar:

—¿Algo así como el libro que te llevarías a una isla desierta?

Jenni bajó la vista al regazo y aspiró profundo. Estaba nerviosa. Más nerviosa que un ratón frente a un gato. Pero esperaba que Will no lo hubiera notado. Necesitaba controlar no solo sus emociones, sino su voz antes de contestar.

—Eso es —afirmó—. Un libro que relees siempre y que crees que todo el mundo debería darle una oportunidad.

—¿Cómo cuál? —preguntó Will con un brillo de interés en las pupilas.

—No sé. ¿*La historia interminable*? ¿Los libros de P. G. Wodehouse? ¿*Orgullo y prejuicio*?

Will ladeó la cabeza.

—No he leído *Orgullo y prejuicio*.

—Debes hacerlo. Es un libro genial.

Nana los miró a los dos como un duendecillo que acababa de hacer su magia.

—¿No tienes ese libro en casa, Jenni? —inquirió.

—Sí, claro que sí. Ya sabes que lo he releído mil veces.

Jenni podía ver cómo los engranajes maquiavélicos del cerebro de su abuela se ponían en marcha.

—Podrías prestárselo a Will.

—Claro, ya te lo prestaré, Will. Si quieres leerlo.

—Deberías acompañar a Jenni a casa, Will. Ha venido con un amigo y pensaba volver en autobús.

Jenni farfulló algo entre dientes. Iba a matar a Nana. Su abuela hizo caso omiso a la cara de confusión de Will.

—Así puede darte el libro —remató.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Jenni—. Te puedo dar el libro en cualquier otro momento. Nana es una lianta de cuidado.

—Quiero hacerlo. —Will se levantó—. Estoy seguro de que me gustará el libro si piensas que es de esos libros que uno debe leer antes de morir. Y no me cuesta nada llevarte. Me pilla de camino. ¿Vamos?

Will estaba tan cerca que Jenni volvió a oler su perfume. Bajó la vista hacia la mano tendida y sintió un vuelco en el estómago. Era una sensación peligrosa. Se levantó, le dio un beso a su abuela y salió de la residencia detrás de él, diciéndose que no pasaba nada, que tenía todo bajo control.

—No he cenado —comentó Will cuando la puerta de la residencia se cerró tras ellos—. ¿Quieres que tomemos algo antes de que te lleve a casa?

Jenni tragó saliva e intentó tranquilizarse. Era un error, se dijo. Sin embargo, ya había cometido otros antes. La vida era muy aburrida cuando intentabas evitar lo que te apetecía.

—Pero no es una cita —dijo al fin.

Con una carcajada, Will le abrió la puerta del coche.

—Por supuesto. Una no-cita de las que tanto te gustan.

—Bien. Pero solo si vamos a un chino. Daría la vida por unos rollitos de primavera ahora mismo.

—Sus deseos son órdenes, *milady* —contestó él.

Rollitos de primavera dulces



Ingredientes:

- 4 hojas de masa para rollitos de primavera (suelen estar en la sección de productos asiáticos en el supermercado)
- 2 manzanas grandes
- 2 cucharadas de azúcar moreno
- canela molida
- zumo de limón
- aceite vegetal para freír
- azúcar glas para espolvorear

Disponemos las manzanas peladas y cortadas en rodajas en un bol junto con el azúcar, canela al gusto y el zumo de medio limón, y dejamos reposar unos 15 minutos.

Preparamos las hojas de masa siguiendo las instrucciones del paquete y colocamos sobre cada una 2-3 rodajas de manzana en un extremo de la hoja de masa. Doblamos los lados izquierdo y derecho hacia dentro y las enrollamos para que el rollito quede bien cerrado. Repetimos el proceso hasta que no tengamos más manzanas.

Calentamos aceite de oliva virgen abundante en una sartén a fuego alto y, una vez que esté caliente, freímos los rollitos hasta que se doren. Retiramos a una fuente en la que habremos dispuesto un papel de cocina para que empape el exceso de aceite.

Este dulce también puede hacerse en freidora de aire, rociando los rollitos con aceite de oliva virgen en espray y cocinando durante 10 minutos a 150º.

Espolvoreamos los rollitos con azúcar glas y canela y servimos con helado de vainilla.

Kate

—¿Puedo ayudarte en algo?

Peter se pasaba muy estresado la mano por el cabello frente al ordenador.

—No, a menos que sepas de impuestos y de pólizas.

Sonaba frustrado.

—Me temo que no, pero siempre está Google para ayudar —apuntó Kate—. ¿Por qué no trabajas en la biblioteca en vez de aquí?

Echó un vistazo al frío comedor en el que Peter había instalado el ordenador y que estaba mucho más sombrío que la biblioteca.

—No quería invadir tu privacidad. Todavía estás trabajando allí.

Había inocencia en la mirada de Peter. Honestamente, pensaba que la molestaba si trabajaba a su lado. Kate parpadeó para contener una punzada de dolor. Lo cierto era que había tardado más de lo previsto porque le era imposible desmontar la biblioteca de Harrington Hall.

—No lo haces. Y se está mucho más calentito que aquí.

—¿Tu madre no usaba este comedor?

Kate dirigió un vistazo a su alrededor y tragó el nudo que le atenazaba la garganta. Aquella habitación albergaba tantos recuerdos y tan importantes para ella… Con un suspiro, cedió un segundo sus pensamientos a la autocompasión. Se acercó al otro extremo de la habitación, donde había un aparador bien provisto de botellas, y se sirvió una copa de jerez para ocultarle a Peter sus sentimientos.

—Lo usaba a menudo cuando teníamos huéspedes —explicó, sorbiendo el líquido ambarino —. Pero entonces se encendía la chimenea cada mañana. Ahora, solo para dos personas, no tiene sentido gastar tanto en calentar la casa completa.

Dio un nuevo trago y se acercó a la puerta francesa que daba al patio. La brisa nocturna agitaba los rosales sin flor que trepaban por las paredes de ladrillo. La mesa, de hierro forjado con sillas a juego, recordaba cenas al aire libre, con vino, pan y quesos. Un trago más. Pensó en su madre riéndose y el jerez no consiguió bajar el nudo ahora. Sintió el frío del cristal en la mano.

—¿Esto es de esos días?

La pregunta la pilló desprevenida. Peter se había levantado y acercado a ella. Entre las manos, tenía una de las fotografías que su madre había salpicado por la habitación. Instantáneas de parejas, bebés, amigos, fiestas… Nadie especialmente reconocible. En esa, en concreto, se veía Harrington Hall en primavera. Una casa de agradables proporciones, cubierta de hiedra. En la puerta abierta, los dos perros que tenían cuando Kate era pequeña posaban con elegancia. Y a su alrededor había un grupo de personas que reía. Unos miraban al frente, al fotógrafo, otros entrecerraban los ojos por culpa del sol. Su madre en medio, joven, alegre. Y ella, a su izquierda, una niña de frente despejada, boca grande y media melena castaña que le enmarcaba la cara.

—Es curioso, cuando pienso en este día, no recuerdo a la persona que hizo la foto —dijo Kate—, sino a mi madre. Su fuerza, su vitalidad…

Se le quebró la voz.

—Me destroza vaciar Harrington Hall —confesó.

—Lo siento mucho. —Peter parecía poco seguro de qué más agregar, cómo expresar de forma adecuada su empatía.

El teléfono de ella sonó con la melodía que tenía puesta para la centralita del hospital. Kate no quería cogerlo. No se sentía con fuerzas y, además, estaba de vacaciones. Su mirada tropezó con el reloj de pared que estaba sobre la chimenea apagada.

—Son casi las ocho y media.

La llamada dejó de sonar.

—Caramba. —Peter consultó la hora en su reloj—. Es verdad, tendríamos que pensar en hacer algo de cena. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Tenemos huevos, parmesano, espaguetis y beicon?

—¿Tenemos?

Aquello sonaba muy a «nosotros». Una punzada de alarma se sobrepuso a la nostalgia. Intentó no concentrarse en lo atractivo que le resultaba aquel «nosotros», después de todo, no sabía demasiado de Peter, salvo que era un hombre agradable en una situación difícil y que tenía una librería. Era un *shock* darse cuenta de lo mucho que le gustaba tenerlo con ella, compartiendo las tareas sencillas de la forma en la que lo hacían. «Contrólate», se dijo. No debía permitir que la familiaridad de aquellos días le nublara el entendimiento.

—Me apetece una carbonara —suspiró Peter—. ¿Tienes un vino blanco para acompañarla?

El teléfono volvió a sonar.

—Creo que sí —contestó Kate—. En la nevera de la bodega debe haber vino blanco y *champagne*.

—Voy en busca del vino y hago la cena mientras contestas.

Y a Kate no le quedó más remedio que descolgar. Veinte minutos le llevó la llamada. La médico residente quería que Kate la ayudara con varios pacientes con los que tenía dudas. Nada que no hubiera podido solucionar otro de sus compañeros, pero ella prefería a Kate.

Cuando su madre vivía en Harrington Hall, las cenas se hacían en el desangelado comedor en el que Peter se había instalado aquella tarde, pero ellos dos gravitaban alrededor de la cocina, que empezaba a ser el centro neurálgico de la casa. Peter levantó la vista de los fogones cuando Kate entró en la habitación. Había dispuesto dos platos y dos copas en la isla central.

—Siento haberte hecho esperar.

Dejó el teléfono en la isla y buscó en la nevera la botella de vino blanco que él ya había abierto. Vertió un poco en las copas.

—El hospital me quita la vida.

—Si te quita la vida, ¿por qué no lo dejas?

Dio un sorbo al vino blanco frío antes de darle una respuesta. ¿Por qué no lo dejaba? Porque le daría un disgusto a su madre. Porque su madre siempre había querido que ella fuera médico. Porque… ¿qué otra cosa podría hacer con su vida? No servía para nada más. Pero era verdad que en los últimos tiempos su trabajo no la llenaba, no era feliz. Debía de ser por la presión que había sufrido y no por la falta de satisfacción. Captó la mirada interrogativa de Peter y la sostuvo.

—¿Y qué haría con esa vida que me quita si lo dejara?

Peter sirvió los dos platos de pasta y levantó su copa para hacer un brindis que Kate secundó. Luego dijo:

—Puedes darle una nueva a Harrington Hall.

Peter la miraba con una expresión insondable.

—¿Cómo dices? —Enrolló los espaguetis alrededor del tenedor y el sabor inundó su boca —. ¡Esto está increíble! ¿Te das cuenta de que me estás arruinando las comidas precocinadas de por vida?

—Pensaba que eso ya lo había hecho tu madre.

—Hace tanto tiempo que mi madre no cocina que ya no lo recuerdo apenas —apuntó Kate con tristeza—. De hecho, tengo una confesión que hacerte.

—¿Vas a decirme que eres una cocinera consumada y has estado aprovechándote de mí?

—No, no. —La sonrisa le subió a Kate a los labios, sin poder remediarlo—. Me refiero a lo de darle vida a Harrington Hall. Antes de estudiar Medicina, quería seguir con el trabajo de mi madre, pero ella no quería ni oír hablar de eso. Para ella, yo iba a ser médico desde que le confirmaron que estaba embarazada. Cuando me admitieron en la facultad, estaba muy orgullosa. Era la primera doctora de su familia.

—Lo cual te hace mucho más duro confesar que no sabes si quieres continuar con ese trabajo, ¿no? No es fácil renunciar a algo en lo que has invertido tanto sacrificio.

Ella asintió.

—Eres un verdadero fraude, Kate —se rio él.

—Lo sé —confirmó ella.

—La gente cambia. No hay un manual que diga cómo debes vivir tu vida.

—No es tan sencillo.

—Casi nada lo es.

Kate se levantó y abrió el grifo del agua caliente en el fregadero. Aquella conversación se estaba poniendo demasiado seria.

—Si tú cocinas, lo justo es que yo lave los platos.

Peter se unió a ella y fue secando lo que lavaba. Todo era nuevo y, sin embargo, Kate se sintió cómoda con aquella dinámica.

—¿Por qué no estás casada, Kate?

La pregunta la sobresaltó. Le tomó un par de segundos encontrar aliento para responder. ¿Por qué no estaba casada? Porque la persona con la que había querido casarse no quería casarse con ella. Todo parecía tan lejano ahora… Avanzaba por la vida con una sensación de velocidad tal que nunca se paraba a pensar en qué estaba haciendo.

—Solo me he enamorado una vez. O al menos, por un tiempo, pensé que era amor —dijo—. Él era enfermero en el mismo servicio donde yo trabajaba.

Peter la estudió con el paño en la mano.

—¿Qué ocurrió?

Ella hizo una pausa para contener el dolor de las promesas vacías y la soledad. Recordar a James siempre dolía.

—Nuestra relación terminó casi antes de que empezara —concluyó al fin—. Creo que solo era una relación para mí.

Tal vez se había escudado en el trabajo para no volver a sentir aquello. Había envuelto su corazón en capas protectoras para sentir menos. No le gustaba ser vulnerable. Intentó ignorar la sensación de soledad que la asaltó al pensar en que pasaría el resto de su vida sola.

—Vaya, lo siento —dijo Peter.

—No he vuelto a encontrar a nadie con quien me apeteciera compartir mis pocos momentos libres. ¿Y tú?

—Yo sí he estado casado. A decir verdad, podríamos decir que estoy casado.

Will

Will tardó más de media hora en conseguir que su pulso volviera a su ritmo normal al regresar a casa. La vieja casona de su abuelo todavía necesitaba que invirtiera en electricidad y la luz, por la noche, era escasa. Pero poseía un aire familiar, como si el suelo bajo sus pies estuviera vivo, respirara. Y le encantaba. Will estaba convencido de que la casa tenía un corazón que lo quería y que latía bajo el piso de madera recién acuchillado. Así que, en una penumbra tenue, se desplomó en el sillón de su abuelo y se frotó la cara, frustrado y todavía algo nervioso por la cena con Jenni, sintiendo que la casa lo interrogaba por lo que había pasado. Se estaba metiendo en un lío y todo porque una mujer —de la que no quería enamorarse— tenía una sonrisa que iluminaba la habitación como las luces del árbol de Navidad.

Lo sensato sería acostarse a pesar del trabajo de Intervención Psicoeducativa que tenía que entregar a primera hora de la mañana antes de ir a la librería, pero se dio cuenta de que sería incapaz de cerrar los ojos. Abrió el ordenador. Para no pensar en Jenni, se puso a redactar el trabajo pendiente. Una frase. Otra. Ella tenía el cabello del color de la canela. Su nariz estaba llena de sus olores, a azúcar, a galleta, a especias. Se recolocó en el asiento y sacudió la cabeza, como si hacerlo lo liberara de todo ello y de la imagen de Jenni comiendo rollitos de primavera. Se le había quedado un pedacito de verdura en los dientes y se había sonrojado cuando él se lo había dicho. Se rio entre dientes. No. No. Tenía que dejar de pensar en ella. Estaba decepcionado consigo mismo por bajar la guardia lo suficiente como para que se le hubiera colado por una rendija. El calor de su cuerpo junto al suyo le recordó lo solo que se sentía, el brillo de sus ojos lo había dejado indefenso, desarmado. Ahora mismo lo que más le apetecía era tomarse una copa y que el alcohol borrara su imagen. Por favor. Lo deprimió seguir atrapado en un círculo vicioso. Volvió a colocar las manos en el teclado. Y no le salió nada. Se masajeó las sienes, luchando por mantener la concentración, pero el progreso fue igual de patético que su vida. Cerró el portátil y, por costumbre, revisó el móvil. Nada. También como de costumbre. Esa noche la soledad autoimpuesta lo molestaba más; por alguna razón, necesitaba escuchar otra voz que no fuera la de su conciencia.

Con un nudo en el estómago, desbloqueó la pantalla y llevó el teléfono a su oreja ignorando sus propias advertencias. El pecho se le disparó cuando escuchó su voz alegre en el buzón de voz.

—Hola, soy Jenni, ahora no puedo contestarte, pero puedes dejarme un mensaje y te contestaré lo antes posible.

Las ganas de beber aumentaron y la voz se difuminó, como si se oyera desde el fondo del mar, a varios metros de la superficie. Emerger de ese fondo requirió toda la concentración de Will, se impulsó hacia la superficie con un atisbo de pánico puro para colgar antes de que sonara el tono de aviso. ¿Qué iba a decirle? Pero entonces se dio cuenta de que ella vería la llamada perdida. Le palpitó la cabeza y también el corazón. Repasó el tiempo transcurrido al lado de la chica y decidió dejarle un mensaje escrito.

«Mil gracias por la no-cita de esta noche. Y por el libro. Impresionante principio. Promete».

Se obligó a releer el mensaje despacio. Y la imagen de Jenni leyéndolo lo asaltó como un bandido en la oscuridad de la noche. El cabello ondulado suelto, el rostro sin maquillar apenas, el jersey largo y afelpado. Habían compartido la comida china en un silencio cómodo durante unos minutos.

—Entonces, ¿qué tal va el trabajo ese que tenías pendiente? —dijo ella tras meterse un pedazo de rollito de primavera en la boca.

Will tomó un sorbo de agua con la esperanza de que le ayudara a hablar e hizo una mueca. Cuando la tenía al lado, su cabeza no funcionaba bien. Quería sentarla en su regazo, que le rodeara con los brazos y besarle los labios. «Es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado». Era una de las citas de Tennyson favoritas de Oliver. Su amigo se enfadaba cuando Will le decía que era la típica cita de camiseta que se sabía todo el mundo. Pues bien, Tennyson, querido amigo, ¿qué pasaba cuando uno no quería amar, cuando el riesgo de amar era decepcionar mucho a la otra persona, cuando uno no podía permitirse que lo conocieran? El corazón negro de Will no tenía nada que ofrecerle a Jenni.

—Bien. —Hizo una pausa—. Tu abuela es genial.

Ella vaciló ante el cambio de tema.

—Seguro que era increíble de joven —siguió Will. No le apetecía hablar del trabajo pendiente que debería estar haciendo en vez de pasar el tiempo cenando con Jenni. Ella sonrió con indecisión.

—Una vez, de pequeña, mi abuela me llevó al parque de atracciones. Ella y yo solas nos montamos en la montaña rusa y en la noria. Chillaba más que yo, se lo pasó estupendo. Recuerdo haber pensado mientras comía algodón de azúcar que aquel era el día más feliz de mi vida. Creo que el algodón de azúcar tuvo mucho que ver con el hecho de que me decidiera a ser pastelera.

—¿En serio?

Ella enarcó una ceja.

—¿Te estás burlando?

—Es que el algodón de azúcar es una cosa rosa, pringosa…

—El algodón de azúcar está buenísimo.

—Si tú lo dices…

Jenni se llevó una mano a la cara para ocultar su sonrisa. Esa en la que él le había dicho que había un pedacito de verdura de los rollitos. Qué idiota.

—El algodón de azúcar me salvó de un bloqueo de pastelera.

—¿Un bloqueo de pastelera? ¿Qué es eso?

—¿Sabes lo que es el bloqueo de escritor? —Él asintió—. Pues es más o menos lo mismo. Todos piensan que tengo una inmensa creatividad para combinar sabores, que mi cabeza está dando vueltas todo el día a nuevas recetas, y es verdad. En eso, la cocina y la literatura se parecen. Pero a veces me bloqueo. Y no sale nada. Por mucho que lo intente. El año pasado me pasé todo el tiempo reciclando menús antiguos para que pareciera que hacía cosas nuevas. Muy frustrante.

Will se rascó la barbilla.

—¿Y el algodón de azúcar te ayudó a encontrar la inspiración?

Ella asintió.

—Decidí cocinar cosas que me recordaran a momentos felices. Y ahí estaba ese día con mi abuela. Me arriesgué y salió bien. Los *petits choux* de algodón de azúcar son de mis mejores dulces.

—A mí me pasa algo parecido ahora —susurró Will—. Cuando mi abuelo me dejó su casa,

estaba seguro de que me ayudaría a salir adelante.

Jenni apoyó la mano en la barbilla, intrigada, y Will fue consciente de que había dicho demasiado.

—Solo quiero decir —continuó, apurado— que esa casa fue el único lugar en el que recuerdo haber sido feliz en mi infancia y haciéndola mía pensé que volvería a suceder. Cuando venía a visitar a mi abuelo en verano, me contaba historias de Silver Hill y fingíamos que había elfos escondidos en las rocas del bosque. Salían en Navidad.

Jenni se mordió el labio inferior y a Will se le revolvió el estómago con un deseo que pensaba muerto hacía tiempo.

—No puedo imaginarme al viejo Edmund haciendo eso, pero es verdad que apenas lo conocí.

—¿Demasiado gruñón para eso?

—Seguro que solo estaba cansado.

Will se pasó una mano por el cabello, consciente de cómo su alcoholismo había amargado los últimos años de su abuelo.

—Es una forma de decirlo.

Ella tendió la mano y se la cogió. Entrelazó sus dedos a los de Will, enviando al corazón del hombre un latido anómalo, y le dio un pequeño apretón. Solo era un roce, pero para Will fue extrañamente íntimo. Sonrió y retiró la mano. Se quedaron mirándose en un cómodo silencio hasta que Jenni se puso en pie y se dirigió a la salida a pagar la cuenta.

—Bueno, Will, vamos a por tu ejemplar de *Orgullo y prejuicio*.

Jenni movió el dedo hacia él, amenazante.

—Espero que lo protejas con tu vida. Es mi novela preferida.

Como solía ocurrir cuando tenía resaca, los recuerdos de la noche se enturbiaban en la memoria. No había probado gota, pero se había emborrachado de Jenni. Cuando ella dijo de forzar la puerta de la pastelería, pensó que era una broma, pero no lo era.

—Me he dejado la llave dentro —explicó.

Will se quedó perplejo un instante. La miró como si estuviera tomándole el pelo.

—¿Quieres forzar tu propia puerta? ¿No sería mejor llamar a un cerrajero?

Ella hizo un gesto de desdén con la mano.

—Estás expulsado del atraco imaginario si sigues con esa actitud.

Seguro que la estaba malinterpretando. Las habilidades sociales de Will habían sufrido un bajón ahora que no las ayudaba el *whisky*. Inseguro acerca de lo que estaban haciendo, y congelado en la nieve, vio que ella miraba alrededor para asegurarse de que no había nadie y le hacía señas para que se acercara.

—Tápame —le pidió.

Estaba forzando la cerradura de una ventana lateral con unas pinzas y una horquilla. ¿Cómo no enamorarse de esa mujer? Se oyó un chasquido y Jenni se metió sus herramientas de ladrona en el bolsillo del abrigo como si lo hiciera todos los días.

—¿Te dedicas a forzar ventanas de pastelerías muy a menudo o daba la casualidad de que hoy llevabas herramientas de ladrona encima?

Jenni le guiñó un ojo, ignorando la pregunta.

—Ayúdame a abrir la ventana. Necesito que me subas un poco y, cuando esté dentro, te abriré la puerta.

Pegó su cuerpo al de Will, de espaldas, y él sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas y que el cuerpo, que tantos años había permanecido adormecido por el alcohol, soltaba chispas

como si se quebrara y, por las rendijas, como una madeja de fuego, saliera la luz.

—Súbeme. Ahora.

La agarró por la cadera, aún aturdido, y la aupó hasta la ventana. Por un minuto, abrazó la ridiculez del momento y se le escapó una risita. Estaba forzando la entrada de una pastelería con su dueña.

—Vale, ahora.

Jenni chilló al perder el equilibrio y se abrazó a él. Will se desestabilizó y se estrelló contra el muro de la pastelería con ella aún entre sus brazos. Su pecho contra el de él, su risa en el hueco de su cuello, cerca, muy cerca. Jenni retrocedió. Su sonrisa blanca cortaba la oscuridad de la noche, pero se desvaneció en cuanto él le devolvió la mirada. Una conversación silenciosa con los ojos. Un poco de magia en el mundo real. Podría besarla sin esfuerzo y la luz inundaría el mundo. Se aclaró la garganta para arruinar el momento.

—¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó.

El impulso esa vez fue más suave y Jenni se deslizó a través de la ventana abierta. Su risa volvió a escucharse en el interior.

—Vete a la puerta, que te abro.

En la puerta, ella se reía aún, sacudiéndose harina del cabello.

—He caído encima de la encimera —explicó.

Will se acercó y ella volvió a quedarse seria. Jenni tenía el superpoder de leer la mente, estaba seguro. Luego, viendo que él no se movía, carraspeó y dijo:

—Ven, tengo el libro por aquí.

Ahora tenía en una mano el ejemplar de *Orgullo y prejuicio*. Y en la otra, la última botella de *whisky* que había guardado por si acaso. Le tembló la mano al levantarla. «No pasa nada —se dijo—. Esto es difícil, lo sabías». Abrió el grifo del lavabo, contuvo el aliento y, con el corazón desbocado, levantó la botella deprisa, en un solo movimiento veloz para que no le diera tiempo de cambiar de opinión. El licor cayó fundiéndose con el agua y tiñendo la cerámica de color caramelo. Lo vio desaparecer sintiendo en su interior una maraña de emociones: orgullo, dolor, alivio… Y después se miró al espejo. La imagen le devolvió una mirada serena. Por primera vez en mucho tiempo.

Jenni

Jenni se puso su jersey de lana favorito —rojo brillante— y unos vaqueros que le favorecían para ir a trabajar. Un aire informal pero con estilo. Luego se maquilló con esmero. No tenía un interés especial en Will, no, o al menos, eso se decía a sí misma, pero en la vida nunca hacía daño estar atractiva. Se rio al ver su mensaje de texto de la noche.

Pensó una respuesta cuidadosa, sintiendo que la noche anterior habían llegado a un cruce de caminos. Que él se sentía igual de atraído que ella, pero por lo que fuera no se atrevía a tomar la decisión. Como aquellos librojuegos que tanto le gustaban de pequeña, pero en los que muchas veces se sentía incapaz de decidir por si terminaba muerta.

«Los buenos principios son promesas de algo mejor», contestó. El teléfono vibró con otro mensaje, pero ese ya no le arrancó sonrisas. Maldijo. El repartidor estaba enfermo y no podía ir hoy, así que le tocaría repartir a ella los pedidos de la pastelería cuando terminara de trabajar. Suspiró y aceleró la marcha, porque el día de trabajo acababa de complicarse mucho. El teléfono volvió a vibrar. Nana. Volvió a maldecir. Quería mucho a su abuela, pero no tenía un minuto libre si quería dormir algo esa noche y, para Nana, decir «hola» y «adiós» ya eran veinte minutos.

Abrió la puerta de la pastelería con el teléfono en el hombro. El olor de los *brownies* de canela que había hecho el día anterior todavía flotaba en el aire.

—Hola, Nana. No tengo mucho tiempo.

—¿Qué tal la cita de anoche? —preguntó su abuela—. Solo dime si bien o mal.

Jenni sonrió. Era incorregible.

—Bien, pero no fue una cita. Solo pasamos el tiempo juntos.

Se sonrojó al decirlo y se sintió incómoda porque solo recordarlo tuviera aquel efecto sobre sus emociones.

—¿Y vas a volver a salir con él?

—A ver, Nana, que no es como si me hubiera sentado con él y hubiera decidido cuándo vamos a tener hijos, que es solo un amigo. Es agradable y ya.

—Si no te gusta es porque eres tonta y no creo haber criado a ninguna tonta.

—Siempre has dicho que fui una tonta liándome con Paul.

—Eso fue un error. Ahora tienes una oportunidad de hacer las cosas bien.

—¿Y por qué estás tan segura de que una relación con Will saldrá bien? No sabes nada de él.

—Sé lo suficiente. Ningún hombre con esa mirada se toma la vida de forma desequilibrada y es lo suficientemente sexi como para revertir la menopausia. Es el nieto de Edmund.

Jenni ahogó una carcajada.

—¿Edmund era sexi? Es difícil imaginarlo.

—Si yo te contara…

—Me encantaría, pero no tengo tiempo. George no puede venir porque está con faringitis. Así que tengo que repartir unos cuarenta pedidos esta noche cuando termine.

—Te echaré un cable.

La esperanza fluyó en las venas de Jenni antes de ser consciente de que su abuela no podía ayudarla.

—¿Cómo vas a echarme un cable? —quiso saber.

—Tú, déjame. Que yo buscaré ayuda.

—Define ayuda.

—Tranquila. Confía en mí.

—Te quiero, abuela, de verdad, pero no entiendo…

Ella la cortó.

—Un general no tiene por qué estar en el campo de batalla para diseñar la estrategia. Relájate.

El nudo que atenazaba el estómago de Jenni se aflojó un poco. Colgó sacudiendo la cabeza e intentó reorganizar el día. Su abuela tenía razón en una cosa: Will era el hombre más atractivo e interesante que se había cruzado en su camino en mucho tiempo. Disfrutaba hablando con él. Sus juegos verbales eran muy divertidos. Cabeceó. Se estaba comportando como una adolescente y no era plan.

Metió en el horno una bandeja de galletas de jengibre que solían acabarse con los cafés de primera hora de la mañana y se preguntó qué tipo de ayuda podría Nana gestionar desde Saint Rose. No tardó mucho en saberlo. Mientras servía un café y dos rollitos de canela a uno de los habituales de la pastelería, vio entrar a Lucilla y a Emily.

—Oh, Dios mío —murmuró para sí misma al darse cuenta de quién era la «ayuda» que Nana le había proporcionado. Lucilla era buena persona, trabajadora, eficiente, pero le faltaba tacto para tratar con la gente. Como repartidora no era lo mejor.

—¡Hola, Jenni! —exclamó Emily con las mejillas sonrosadas y el pelo cubierto de pequeñas gotitas de lluvia—. Tu abuela ha llamado a mi madre y me ha dicho que tienes trabajo para mí.

—Para nosotras.

Emily se puso colorada ante la corrección de su madre.

—Mamá no quiere que reparta los paquetes en la bicicleta, así que me acompañará en el coche.

—Oh, mil gracias. —El alivio inundó a Jenni. Si Emily repartía los paquetes, no creía que hubiera problemas—. ¿Cómo puedo agradeceros esto a ambas?

Lucilla agitó una mano perezosa en el aire.

—No hay necesidad, nos gusta ayudar a los demás. Pero…

«Ay —pensó Jenni—, ahí viene».

—Tal vez —continuó la mujer—, pudieras dar después de las vacaciones de Navidad una clase de cocina a los niños del colegio. Tus pasteles son los mejores de la ciudad.

Jenni se puso colorada con el cumplido.

—Cuenta con ello —contestó.

Entró con Emily en la trastienda y la chica salió con las dos primeras cajas de reparto. Y con dos galletas de jengibre calientes para Lucilla y para ella.

—Os lo agradezco mucho, de verdad —volvió a decir Jenni.

—Crisis evitada —sonrió la mujer. Y le dio un mordisco a la galleta de jengibre.

A media mañana, Jenni ya había tenido que poner a hornear dos bandejas más de galletas de jengibre y una de *croissants*, que había dejado hechos la tarde anterior.

Cerraba al mediodía para preparar los dulces de la tarde y poder comer algo. Sonrió al recordar los comentarios de Will sobre su horario de comidas. La primera hora de la tarde la

obligaba a trabajar de lo lindo, porque por la pastelería pasaban las madres que iban a recoger a los niños al colegio y que, a veces, se llevaban cajas de pasteles para casa. A esa hora, George, su repartidor, se quedaba a ayudarla a servir las mesas. Hoy agradeció tener a Emily, a la que Lucilla había dejado tras los pedidos, porque la pastelería se llenó de gente que degustaba innumerables cafés, pedazos de tarta de Baileys y de dulce de leche, bizcochos de limón con cobertura de vainilla y grandes porciones de tarta de fruta.

Sonó la campanilla de la puerta y Jenni alzó la vista de las cajas que preparaba para el día siguiente. Afuera estaba nevando de nuevo y la nieve le había dado un respiro en el flujo de clientes. Era Will. Preguntó si podía quedarse a trabajar con el ordenador en la pequeña mesita de la esquina y le pidió un chocolate caliente y un *petit choux* de algodón de azúcar, que Emily se apresuró a llevarle a la mesa con una sonrisa maléfica que a Jenni le dio mala espina.

La pastelera hizo un esfuerzo porque no se le notara lo nerviosa que estaba al verlo allí. Le hubiera gustado desenroscar la parte superior de la hermosa cabeza de Will para saber qué pasaba por ella mientras lo veía teclear en el portátil. El surco en la frente, los ojos pensativos, la forma en la que se mordía el labio inferior mientras pensaba. Por primera vez desde que Paul le había hecho daño, se planteó que tal vez no todos los hombres fueran iguales. Era como si una puerta, cerrada durante mucho tiempo, se hubiese abierto de pronto un poco, solo un poco, y le tocara a ella decidir si quería abrirla del todo. «Pero puede que lo que haya detrás sea oscuro e incierto», pensó. Necesitaba defensas. Necesitaba reconstruir su confianza y su amor propio y tiempo para ello, no enamorarse de nuevo.

Will estaba tan absorto en lo que escribía que se sobresaltó cuando ella dejó a su lado otra taza de chocolate caliente.

—Para mi compañero de fechorías —dijo Jenni.

—Me has asustado —rio él con la mano en el pecho—. El *petit choux* de algodón de azúcar fue toda una inspiración. Estaba delicioso. Y el chocolate, también. Muchas gracias.

Levantó la taza que Jenni le había llevado como si brindara con ella y se la llevó a los labios.

—Hummm —gimió.

El sonido sacudió el cuerpo de Jenni desde la punta de los dedos a la coronilla de la cabeza. Así que se disculpó, enterró su inquietud en una sonrisa y se puso a trabajar tras el mostrador, aliviada de separarse de él. Menos mal que le quedaba una pizca de autocontrol.

Cuando llegó la hora de cierre y Emily se despidió con un vistazo rápido y una sonrisa cómplice a la esquina en la que seguía Will, a Jenni le dolían los pies y, si le hubieran prometido que no tendría que volver a dibujar cosas en la espuma del café, habría muerto feliz.

Will recogió sus cosas.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—En nada.

—Sí, dime —se acercó a ella por detrás del mostrador—, ya que me has dejado ocupar una de tus mesas toda la tarde es lo menos que puedo hacer.

Jenni empezó a limpiar las encimeras.

—¿Has avanzado? —preguntó.

—Tu chocolate me ha dado fuerzas y he escrito un montón.

Entonces se dio cuenta de que lo tenía muy cerca. De que podía oler su piel, su aroma a bosque, fresco. Que estaba tan cerca que, si se giraba, sus rostros quedarían a un centímetro de distancia. Su corazón se aceleró como si fuera un torbellino de viento. Había un brillo en los ojos de Will mientras la miraba. ¿Qué estaría pensando? ¿Lo mismo que ella? Hacía nada no sabía ni

quién era Will y ahora tenía ganas de besarlo. Se dio la vuelta y los ojos de Will se posaron en sus labios. Él también lo estaba pensando. Cielos.

—Gracias —dijo, apartándose—. ¿Puedes llevar estas bandejas a la trastienda?

Amigos. Eran solo amigos y no debía olvidarlo, pensó Jenni. Sin embargo, cuando el chico tomó las bandejas y se dispuso a obedecer, sintió una inmensa desolación.

Petits choux de algodón de azúcar



Ingredientes para la masa (50 bollos):

- 60 gr de harina de repostería
- 60 gr de mantequilla
- 125 ml de agua
- 3 huevos
- sal
- agua

Tamizamos la harina con un pellizco de sal y reservamos. En un cazo, derretimos la mantequilla con el agua y la llevamos a ebullición a fuego lento. Apartamos. Agregamos la harina mezclando con una cuchara de madera.

En un cuenco aparte, batimos los huevos y vamos agregando la mezcla de huevos a la de harina poco a poco, integrándola con la cuchara de madera, hasta que la masa resultante quede brillante. Colocamos esa masa en una manga pastelera con boquilla redonda de 1 cm y hacemos bocaditos de masa sobre una bandeja de horno cubierta de papel de hornear. Con un pincel, extendemos el huevo restante por encima de cada bocadito.

Lo llevamos al horno precalentado a 200º, 12 minutos, y luego, bajamos a 180º, 10 minutos más. Dejamos los bollitos en el horno con la puerta abierta 10 minutos más y luego los sacamos para que se enfríen.

Pueden guardarse en un recipiente cerrado tipo lata durante una semana o congelarse; duran un mes.

Se pueden rellenar de chocolate, crema pastelera o, si tienes la máquina para hacerla, de algodón de azúcar.

Kate

Peter soltó un suspiro profundo después de la bomba de «podríamos decir que estoy casado», secó los últimos platos y luego elevó la vista con una mirada de derrota.

—Por eso estoy aquí —anunció—. Podría alquilar algo, es verdad, pero no me encuentro con fuerzas para llevarme mis cosas de casa. No quiero a mi mujer y ella no me quiere ya a mí. Lo sé. Hace mucho tiempo que lo sé. De alguna manera, todo se ha acabado sin que nos diéramos cuenta. O mejor dicho, sin que yo me diera cuenta, porque ella trató de hacerme ver la realidad varias veces, pero yo la ignoré. Sin más.

Peter hizo una pausa, su mirada fija en Kate.

—Ella ha conocido a otro, así que me he ido de casa para dejarle espacio. Se merece ser feliz, estar con alguien que la valore y esté ahí para ella. Siempre he sabido cuándo sobraba.

—Vaya —murmuró Kate, sin saber qué decir. No tenía ninguna experiencia en relaciones sentimentales más allá de la corta relación que había mantenido con James y de algunas citas esporádicas que no la habían llenado. Estaba casada con su trabajo porque este no le daba tiempo para nada más. Así que no sabía cómo ayudarlo.

—¿Fue entonces cuando mi madre te ofreció venir a Harrington Hall?

—En realidad, me lo había ofrecido antes. Mucho antes de que decidierais que viviera en Saint Rose. Quería que dedicara tiempo a catalogar la biblioteca y sabía que, cuando mi mujer estaba de viaje, me sentía bastante solo en casa. Ahora, con tan poco tiempo y con la llegada de las fiestas, no encontraba nada decente para alquilar, así que, egoístamente, tiré de esa oferta antigua.

Peter apiló los platos en el mueble que había sobre el fregadero. Kate se preguntó cómo se sentiría ella si fuese él, si el amor de su vida se hubiese acabado. Cruzó la cocina y se sirvió otra copa de vino de la botella que aún seguía en la encimera. Quedaba un poco.

—¿Quieres? —le preguntó.

—Venga —contestó él, tendiéndole la copa.

Kate tomó despacio y con delicadeza un sorbo del vino.

—¿Tienes hijos?

Peter suspiró ante la pregunta.

—No. Rachel no quería tenerlos y yo no soy demasiado paternal. Ha sido muy duro darme cuenta de que ahora agradezco no haberlos tenido. Imagina lo terrible que sería. Aún más terrible de lo que ya es.

«Rachel, su mujer se llama Rachel», pensó Kate. Un nombre bonito, que hacía pensar en una mujer vivaz, de las que llevan ropa de colores, bisutería brillante y se ríen sin complejos. Kate se daba cuenta de que ponerle nombre a la mujer que había compartido hasta el momento la vida de Peter le molestaba. El nombre le provocaba una inesperada tristeza. Como si ella tuviera la culpa de que ya no fueran Peter y Rachel.

—¿No os habéis divorciado?

—No ha habido tiempo, la verdad. Aunque, tarde o temprano, me llegará una carta de un abogado y el proceso seguirá su curso.

—¿Sigues enamorado de ella?

Los ojos de él se encontraron con los de Kate y ella quedó atrapada en esa mirada.

—No. Mi vida ha cambiado de rumbo y, aunque ahora me sienta un poco a la deriva, sé que esa época ha quedado atrás.

No esperaba que Peter le mostrara tanto después de lo oscurantista que había sido acerca de sus problemas en los días previos, pero agradecía su confianza. Ojalá pudiera ayudarlo. Decirle algo que lo consolara. Abrazarlo. O más allá. Solo de pensar en tocarlo, se puso nerviosa, así que apartó la cara y tragó saliva intentando dominar los latidos de su corazón.

Entonces sonó el teléfono.

—¿El hospital de nuevo? —inquirió él con una pizca de compasión en la voz.

Kate negó con la cabeza. No era el tono que le tenía puesto a la centralita. Quizás fuera de la residencia. Se sentía culpable por no haber llamado a su madre aquella tarde. Se apresuró a coger la llamada.

—¿Diga?

Una voz débil, tan lejana como si viniera de otro planeta, comenzó a hablar en su oído.

—Disculpe que la llame a estas horas, doctora Harrington, pero es que hemos encontrado a su madre tendida en el suelo. No sabemos cómo ha ocurrido, apenas podía hablar. Hemos llamado al médico de la residencia y nos ha dicho que es conveniente que venga usted.

Kate se quedó helada. Con una lentitud pasmosa, como si el tiempo se moviera a cámara lenta, se dio cuenta de que quien la llamaba era Claire, la auxiliar de Saint Rose, y de que eso quería decir que a Violet le había pasado algo.

Peter había insistido en acompañarla a la residencia. Kate no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Porque soy un buen tipo y no estás en disposición de conducir.

—No tienes por qué llevarme. Soy cirujana, estoy acostumbrada a no perder los nervios bajo presión.

Él insistió:

—Esta noche conduzco yo.

Kate dejó de discutir. No tenía fuerzas. Se limitó a coger el abrigo y la llave del coche lo más rápido que pudo.

El viento helado entró con furia en Harrington Hall al abrir la puerta, como un dragón que hubiera esperado agazapado para invadir la casa. En el exterior, los esperaba oscuridad y lluvia y la angustia de no saber. Salieron a la noche tormentosa y, al ver cómo le temblaban las manos al darle la llave del coche a Peter, agradeció que él estuviera allí, que fuera su mano firme la que la girara en el contacto antes de salir como una flecha a través de la lluvia. Parecía que la medicina no la había hecho de hielo cuando se refería a su madre.

El coche era cálido y cómodo y Kate se recostó contra el asiento intentando relajarse. Cerró los ojos, pero su mente se llenó de imágenes no deseadas de su madre sufriendo y volvió a abrirlos enseguida. La sombra de las montañas nevadas en el exterior pasaba a gran velocidad. Peter era un buen conductor, seguro de sí.

Aparcaron junto a la entrada llena de luces de Navidad y Kate subió corriendo los escalones para tocar el timbre. Le abrió Claire. Joven, amable, rolliza, con su carita redonda.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Mejor que la vea usted misma —le contestó la auxiliar, nerviosa.

Reuniendo fuerzas de flaqueza, subió las escaleras a la habitación de Violet. Al entrar, tuvo que adaptar la vista a la escasa iluminación que proporcionaba una luz indirecta. Su madre estaba echada en la cama. Aunque nunca había sido gruesa, era cierto que en los últimos meses había adelgazado. Ahora se le veía la piel hundida en las mejillas de forma visible. Al escucharla, abrió los ojos.

—¿Kate?

Ella se acercó.

—Mamá, estoy aquí.

—Me pareció escucharte. Creí que estaba soñando.

—No, estoy aquí.

Violet miró a su alrededor, tratando de reconocer el sitio.

—¿Dónde estoy? Tengo frío —murmuró.

—Estás en tu habitación.

El semblante de la anciana se entristeció.

—No, esta no es mi habitación. Esto no es Harrington Hall.

Kate sintió un nudo en la garganta. Extendió la mano y le tocó la cara a su madre. La tenía en un estado lamentable. Claire le había dicho por teléfono que se la habían encontrado en el suelo, debía haberse golpeado entonces porque el pómulo derecho estaba hinchado y tenía un corte con sangre seca en la sien. Kate se sentó en el borde de la cama y le acarició el cabello blanco, que le envolvía como una borla la cabeza.

—¿Qué te ha pasado?

Su madre contuvo un gemido de dolor y entonces Kate fue consciente de la postura. Y de que de la cama colgaba un peso en la parte de los pies. Se incorporó rápido y levantó la sábana.

—¿Te has roto la cadera? —preguntó.

Un carraspeo la obligó a levantar la mirada. El doctor Michaels, el médico de la residencia, estaba en el umbral.

—Me temo que sí, Kate —confirmó.

Para su sorpresa, Kate notó que se le llenaban de lágrimas los ojos. Entonces, se sorprendió más aún, porque David Michaels se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Lo entiendo, de verdad, pero va a estar bien.

Kate cerró los ojos y agradeció, en silencio, la compasión de su compañero de profesión.

—Ven, dejémosla descansar, te contaré lo que ha pasado y lo que he pensado hacer.

Will

—Ajá —dijo Oliver, asintiendo en el teléfono. Debía ser algo gordo porque levantó la mano cuando Will lo miró—. Entonces no van a operarla.

—¿A quién? —susurró Will.

Su amigo le hizo una seña de «luego te lo cuento» y Will optó por ordenar los pedidos mientras esperaba que la conversación telefónica de Oliver y Peter terminara. Sin quererlo, la cabeza se le iba de nuevo a las horas que había pasado en la pastelería de Jenni. El mundo no había cambiado nada en el último mes, pero su interior era un torbellino de emociones. Jenni. El nombre reverberó en su cerebro con un eco de purpurina.

—Bueno —continuó Oliver al teléfono—. Es muy mayor. Sí, lo sé.

Muy mayor. Como Edmund. Will recordó las conversaciones empañadas por el alcohol que había tenido con él en las últimas semanas antes de que muriera. Retazos de palabras escondidos en algún rincón oscuro de su cerebro. Sintió una punzada de angustia como siempre que pensaba en su abuelo.

Oliver colgó.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Will.

—La madre de Kate se ha caído y se ha roto la cadera.

—¿Y eso es grave?

—En alguien tan mayor como ella, sí. Dice Peter que el tenerla en cama puede generar complicaciones y que Kate está muy preocupada. Va a quedarse más tiempo con ella estos días.

—Bueno, no es que pase demasiado por aquí desde lo del divorcio.

—Sí, Peter es un romántico, ¿sabes?

—¿En serio?

—Tendrías que haberlo conocido cuando empezaba con Rachel. Todo era tan perfecto que parecía que brillaba.

Will se estremeció de aprensión. Se reconocía en ese brillo cuando estaba con Jenni.

—¿Y qué pasó?

La cara de Oliver permaneció sospechosamente tranquila. Ese rostro, que Will sabía que era capaz de expresar mil emociones con un solo levantamiento de cejas, no mostraba nada más que imperturbabilidad.

—La vida, supongo —contestó.

—Oh, vamos, Oli, no todos los amores se acaban.

No recordaba que Oliver hubiera tenido nunca una pareja. Se mordió el labio. A veces, pensaba que no conocía en absoluto a su amigo. Habían mantenido una relación no demasiado estrecha durante los tiempos en los que el alcohol era el único amigo que Will quería a su lado. Aunque tenía que reconocer que su amistad había mejorado mucho desde que estaba sobrio. Pero no estaba acostumbrado a conversaciones sinceras —por lo menos a conversaciones que pudiera recordar a la mañana siguiente—, salvo las que mantenía con María. Si se atreviera a preguntar…

—No lo sé —dijo Oliver—. Nunca he tenido una relación estable.

—Yo tampoco.

—Pues entonces no somos quiénes para opinar.

—Pero es descorazonador, ¿no crees? Pensar que el amor no tiene una oportunidad de perdurar.

—¿Tus padres se querían? ¿Tienes la impresión de que se querían?

Will caviló. Querría haberle contestado algo a Oliver que lo hiciera cambiar de opinión, pero tanto su madre como su padre habían muerto. Edmund se había hecho cargo del adolescente problemático que había sido.

—Ojalá pudiera decirte que sí, pero no lo recuerdo.

Lo cierto era que tampoco recordaba ninguna relación de amor a su alrededor. Su madre no había sido una mujer cariñosa y Will, un niño inquieto, no se había ganado su devoción. Su padre siempre había sido un témpano de hielo, incluso cuando estaba borracho. Y el alquiler retrasado, las deudas, las horas extras que tenía que hacer en la gasolinera donde trabajaba para pagar las facturas y no recibir avisos de desalojo no hacían que fuera más amable con su hijo. Suponía que en algún momento sus padres se habrían querido, después de todo, se habían casado y habían decidido tener descendencia, pero el jodido quid de la cuestión era que no era consciente de la existencia de ese amor.

—Pues eso —continuó Oliver—. Cuando mi padre enfermó, no se separaron, pero lo habían hablado antes.

—Lo siento, tío, no lo sabía.

—Ese verano aprendí que el amor nunca es suficiente. —La voz de Oliver tenía un deje de amargura que no era habitual en él—. Que está bien esa fase de enamoramiento, todo es brillante y la persona que está a tu lado es perfecta, pero luego…, cuando empiezas a conocerla, todo se va a la mierda.

Will miró a su amigo, sorprendido. Estaba más roto de lo que nunca llegó a imaginar. Las palabras, atascadas en su pecho, salieron con una rapidez sorprendente.

—Yo no creo lo mismo.

Si eso era así, ¿lo que empezaba a sentir por Jenni no era nada? Durante un segundo, se permitió a sí mismo disfrutar de una imagen ideal del futuro: él y Jenni juntos, trabajando, cocinando, riéndose, en la cama…

—¿No?

—Pienso que lo que ocurre es que es difícil conocer a la persona correcta en el momento correcto. Y que te han roto el corazón.

Lo vio tragar saliva y luego esbozar una sonrisa trémula.

—Para que me rompieran el corazón, primero tendría que entregarlo. Y créeme, no estoy dispuesto. No como tú.

—Yo no he entregado el corazón.

—Pero quieres hacerlo.

La mirada de Oliver era amable, demasiado amable.

—Nos hemos puesto muy intensos de pronto. —Will eludió la respuesta. Sintió una punzada agridulce al darse cuenta de que ni él mismo lo sabía. Jenni era una de esas personas que hacía que amarla fuera algo fácil, pero Will no era tan ingenuo como para pensar en ser correspondido. Y menos cuando se enterara de su pasado. Notó un aleteo de inquietud en el pecho.

—Tienes razón.

Oliver se levantó, cogió una pila de novelas románticas y se puso a colocarlas en la mesa de

novedades.

Jenni

Jenni suspiró mientras se miraba al espejo del restaurante. Estaban colocados en un ángulo extraño, de manera que su imagen iba repitiéndose cada vez más pequeña hasta hacerse diminuta. Tenía cara de cansada aunque se había maquillado sus ojeras perpetuas. Fuera empezaba a caer un aguanieve que convertía las calles en un lodazal gris y que había cobrado peaje a su pelo, pero el reflejo que devolvía el espejo era aceptable a pesar de las ojeras. Entre su abuela y la pastelería, apenas tenía tiempo para respirar, pero solo veía a Caroline, su amiga de la infancia, una vez al año, cuando ella regresaba a Silver Hill para pasar la Navidad. Y ni siquiera la inmensa lista de tareas pendientes que se le acumulaban impediría que Jenni quedara con ella. Caroline y Nana eran las únicas constantes de su vida.

La invadió una sensación de nostalgia avivada por una oleada de recuerdos. Caroline se había marchado a Nueva York la semana en la que murieron los padres de Jenni y, solo con recordarlo, los ojos de la muchacha se empañaron. Las dos tenían dieciocho años y estaban listas para irse a la universidad. Pero el accidente truncó los planes de Jenni, el dinero para mantenerla fuera de casa era mucho para los recursos de Nana y sus padres no habían dejado demasiado.

Podría haber pedido un préstamo estudiantil, pero decidió llegar a un acuerdo consigo misma. No iría a la prestigiosa escuela de cocina que había solicitado, sino que se quedaría en Silver Hill y aprendería como fuera, trabajando en los negocios locales, hasta que pudiera montar algo propio.

Se echó el cabello ondulado hacia atrás, enderezó los hombros y pidió una copa de vino. Se dio la vuelta al ver a Caroline entrar por la puerta, sacudiéndose la nieve que volvía a caer en el exterior de su larga melena rizada. Su rostro esbozó una sonrisa radiante tan pronto como divisó a Jenni, que se levantó para darle un abrazo.

—¡Cómo me alegro de verte!

—Sí, lo virtual no es lo mismo, digan lo que digan. No puedo tocarte. Pero veo que ya has empezado la conversación con algo decente —dijo, señalando la copa de vino que Jenni había pedido y levantó la mano para llamar la atención del camarero—. ¡Otra de estas para mí!

—Te he traído *brownies*.

—Oh, cielos, qué perdición. Mil gracias.

La ropa elegante de Caroline parecía fuera de lugar en la cafetería clásica de Silver Hill, como si se hubiera perdido de camino a Nueva York. Mientras se acomodaban en una mesa bajita y pedían un par de platos para acompañar el vino, Jenni constató lo diferentes que eran. Caroline trabajaba como abogada en uno de los bufetes más potentes de Nueva York, hacía mucho tiempo que había dejado atrás la vida del pueblo y vivía en un dúplex ultramoderno en el Soho. Pequeño pero muy coqueto. Hacía unos meses que se había separado de su pareja y se la notaba algo más delgada, pero o no le importaba, o lo disimulaba muy bien.

—¿Cómo estás?

—Ya sabes. A veces bien y, otras, no tan bien.

—¿Qué significa eso?

—Bueno, no es que quiera volver con Edward. Cuando lo conocí, parecía ser justo el

hombre que necesitaba y nos divertíamos mucho juntos cuando el trabajo nos lo permitía.

—Pero…

—Pero siempre había pensado en que cuando conociera al hombre ideal, tendría hijos y sentaría cabeza. Me gustaría mucho tener hijos, Jenni.

—Lo sé.

Y lo sabía. Caroline adoraba a los niños, incluso a los adolescentes.

—Pero él no dejaba de decir que «aún éramos jóvenes», que «aprovecháramos la vida antes de compromisos mayores», bla, bla, bla. Bueno, al final, nos separamos porque el amor es lo que tiene, que cuando cada uno quiere una cosa…

Los ojos de Caroline se humedecieron. Un deje de tristeza empañó su voz.

—Tiene una novia nueva —dijo al fin.

Jenni extendió una mano para estrechar la de su amiga.

—Vaya, lo siento.

Caroline meneó la cabeza.

—No, no pasa nada. En realidad, es una chica bastante mona. Pero… ¿recuerdas esa escena de *Cuando Harry encontró a Sally* en la que ella acaba de hablar con su exnovio? —Esbozó una mueca y sorbió un poco del vino como si lo necesitara para deshacer el nudo de la garganta—. Me ha pasado lo mismo. Está embarazada. Van a tener un bebé. Hace un par de semanas que me lo encontré al salir del trabajo y me lo dijo.

—¡Oh, vaya!

Jenni se sintió mal. Allí estaba ella, pensando en sus propios dramas y había olvidado que su amiga pasaba una mala racha y no le había prestado la atención necesaria.

—No te preocupes —dijo Caroline—. Se me pasará.

Se secó una lágrima traicionera con un gesto brusco y preguntó:

—Pero dime, ¿cómo te van a ti las cosas? La última vez que hablamos, Paul había entrado en la pastelería en plan reconquista.

—Que me corten las alas no me gusta, ya lo sabes. No volvería con Paul ni que me pagaran.

—¿Y en la pastelería, qué tal?

—Voy capeando el temporal. Me gusta mucho trabajar en Harris Bakeries, Caroline, aunque esta fecha sea terrible. Esta semana, George se puso enfermo, pero Lucilla y su hija Emily me ayudaron.

—¿Lucilla? ¿Lucilla Pilcher te ayudó? —rio Caroline—. ¡Madre mía, Jenni! Tendrías que estar desesperada de verdad.

—No es tan mala…

—No, mala, no. Mandona, sin más.

Jenni sonrió al recordar cómo Lucilla había liado a Will.

—Sí, eso sí. El otro día consiguió que mi amigo Will no pudiera negarse a hacer de narrador del invierno.

—¿Quién es tu amigo Will? —preguntó Caroline con un deje divertido en la voz.

Jenni se sonrojó.

—Es el nieto de Edmund Taylor. Ha vuelto a Silver Hill a arreglar la casa de su abuelo.

Por la cara de Caroline pasó una sombra de preocupación.

—Will Taylor…, ¿no era un bala perdida?

—¿Qué quieres decir con eso?

Caroline levantó las manos en un gesto de defensa.

—A ver…, yo no estoy habitualmente en Silver Hill, pero sé que cuando Will se marchó a Nueva York, no fue a trabajar. Lo que me llegó es que se pasaba el día borracho de antro en antro.

—No creo que eso sea cierto. Will no prueba el alcohol.

Su amiga hizo una mueca.

—Puede que sea un alcohólico en rehabilitación.

Jenni abrió la boca y la cerró sin decir nada. Cerró los ojos. Un gesto breve. Casi un parpadeo. Un ataque de náuseas la recorrió. Caroline la miró con una expresión a medias entre la sorpresa y la incredulidad.

—Imagino —dijo despacio, tras tomar aire— que Will está empezando a ser algo más que un amigo para ti. Siento haber dicho esto. En realidad, no estoy segura. Apenas lo conozco.

Jenni contuvo el aliento, como si se le hubiera olvidado respirar. Una oleada de emociones la recorrió de cabeza a pies. Soledad, vergüenza, frustración… Reconocía la escena, como una vieja película que has visto un millar de veces pero de la que no disfrutas especialmente porque el final siempre te hace llorar. Otra vez estaba perdiendo la cabeza por un hombre, como si él fuera una *snitch* dorada, e iba a ser otro cabezazo con un *bludger*. Como un reloj, cuando pasara la fase de enamoramiento, la realidad mostraría su rostro ponzoñoso. Respirar. Sí, tenía que hacerlo para sobrevivir. Tomó aire y se aclaró la garganta.

—No, no te apures —replicó—, es solo un amigo.

Brownies



Ingredientes:

- 200 gr de chocolate *fondant*
- 150 gr de mantequilla
- 200 gr de azúcar
- 3 huevos
- sal
- 150 gr de harina de repostería
- 150 gr de nueces picadas finas
- azúcar glas para decorar

Fundimos en un cazo al baño maría el chocolate con la mantequilla. Retiramos y reservamos. Cuando esté tibio, añadimos el azúcar, los huevos y un pellizco de sal. Mezclamos con una batidora de mano e incorporamos después la harina y las nueces picadas.

Vertemos la mezcla en un molde rectangular untado con mantequilla y llevamos al horno precalentado, a 180 ºC durante 25 minutos.

Cortamos en cuadraditos una vez frío y espolvoreamos con azúcar glas. Servimos con helado de vainilla.

Kate

Kate regresó a Harrington Hall de noche. Abrió la puerta y encendió la luz del vestíbulo. El interior se le antojó tan sombrío como una cueva.

—¿Peter?

—Estoy aquí. —La voz del hombre sonó desde el salón.

Kate se recompuso frente al espejo antes de dirigirse en esa dirección. En los tres días transcurridos desde que su madre se había roto la cadera, Kate había pensado en muchas cosas. En que nunca se paraba a pensar en sus pacientes de fractura de cadera cuando tenían un tromboembolismo pulmonar, como su madre ahora. Dejaban de ser sus pacientes en cierta forma para serlo del internista o del intensivista, pero para la familia ella seguía siendo su médico. Y no había sido lo humana que tenía que haber sido en esos casos. En que no sabía qué haría con su vida si su madre se iba. En lo mucho que la necesitaba. En que Peter era un amor de persona, pero que no iba a engañarse a sí misma; estaba en proceso de divorcio. Se descubrió a sí misma deseando juntar las piezas del rompecabezas en el que él se había convertido y empujó el deseo a un rincón de su cabeza.

Necesitaba desconectar de todo y de todos. Pensar de manera más positiva en su vida. Necesitaba que su madre superara aquello. Le dolía el corazón al pensar en ello.

—¿Todo bien?

Kate se paró en el umbral a mirarlo. La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por el fuego de la chimenea, que era como una criatura viva danzando en el hogar. La silueta de Peter se recortaba frente a él, sus facciones en sombra. La nariz aguileña. Hombros anchos y proporcionados. Qué guapo era. Intentó comportarse con la máxima serenidad posible.

—Todo bien —afirmó ella—. Parece que está estable ahora.

Sus ojos se encontraron con los de él y quedó atrapada, como una mariposa bajo el alfiler, recordando el día en el que su madre se había caído y cómo los brazos de Peter la habían consolado cuando se desmoronó al salir de la residencia Saint Rose. El deseo de que Peter fuera algo más que un amigo se fortalecía con miradas como aquella. Él arqueó una ceja, consciente de que estaba devorándolo con los ojos.

Apartó la vista y se sentó en el sillón de enfrente con el pulso algo acelerado. Sacó el teléfono, que no había dejado de sonar en toda la tarde del bolso, y desplazó el dedo por los mensajes intentando priorizar.

—Dios, tengo miles de cosas pendientes de trabajo —se quejó.

—Tus jornadas no son humanas —apuntó él—. Nadie es capaz de trabajar doce horas todos los días y tener al mismo tiempo a su madre enferma.

—Salvo yo.

—Tú tampoco eres capaz. Desde que has vuelto a trabajar, estás tensa como un cable, como cuando te conocí en aquel *pub*.

—Peter, me duele la cabeza.

—Espera.

Peter salió de la habitación cojeando todavía un poco. Volvió al cabo de un ratito con un

paracetamol en la mano y una infusión caliente de menta y miel en la otra. Kate tomó ambas cosas, sorprendida de que la cuidara y, al rozarle las manos, su corazón traicionero se aceleró de nuevo.

—Deberías darte permiso para descansar. ¿Quieres cenar algo?

La preocupación por su madre y el estrés del trabajo habían anudado el estómago de Kate, que apenas había probado bocado en todo el día.

—Quizás más tarde.

—¿Qué has comido hoy?

Kate se rio.

—Pareces mi madre.

Y entonces los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Oh, vamos! —dijo Peter.

Y se acercó para abrazarla, aún más fuerte de lo que lo había hecho en el hospital. Kate sintió una fuerte presión en el pecho y algo pareció explotar dentro de ella, como una bola de fuego. Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro en dos líneas calientes. Su madre la había abrazado así siempre, calmándola en tantas y tantas ocasiones, y se preguntó si alguna vez volvería a hacerlo. Él se separó y le limpió las lágrimas con el dedo.

—Tienes que comer algo —insistió—. Estás agotada. Espera, que te traigo un poco de sopa.

Minutos después, Peter le puso delante una bandeja con patas con un plato de sopa y una hogaza esponjosa de pan moreno.

—Come. Es sopa de pollo y he leído que es buena para el alma.

—El alma no existe. O eso dicen.

—Lo que sea, qué más da. Come.

La observó mientras ella tomaba la cuchara y abría la boca. La sopa estaba buena y el pan desprendía un olor a hierbas aromáticas.

—Tiene muy buena pinta. ¿Dónde lo has comprado?

—Lo he hecho yo. —Él sonrió al captar la sorpresa de ella—. ¿Qué? No solo sirvo para catalogar libros raros.

—Tienes muchos talentos ocultos —dijo, sonriente.

Comió en silencio, disfrutando de la comida durante un rato antes de levantar la cabeza. Él la miraba con aquellos ojos azules escrutadores.

—Gracias por cuidarme, Peter.

Un destello de vulnerabilidad asomó al rostro del librero.

—Bueno, tú lo hiciste cuando me caí en la nieve. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por mí, así que no puedo menos que devolvértelo.

Se dio la vuelta para poner más leños en la chimenea, atizándolos para que el fuego volviera a prender. Kate intentó no fijarse en cómo los vaqueros se le ceñían a los muslos. Quería volver a abrazarlo, pero ¿adónde los llevaría eso? Se obligó a comer y a quedarse sentada.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —murmuró.

—Créeme. No.

Kate sintió que se le encogía el estómago ante el comentario. El aliento de Peter salió en un suspiro, como si lo hubiera estado conteniendo.

—Desde que te conocí en aquel *pub*, actúas como si tuvieras prisa, te enoja que las emociones te afecten, pero eso te hace mucho más humana.

—Mi trabajo me exige un control importante. No puedo derrumbarme cada vez que veo

algo triste o estresante.

—Pero me alegra saber que a veces puedo consolarte, que eres humana como todos los demás, que te enfadas contigo misma cuando crees que algo no es lo suficientemente perfecto.

El pulso de Kate se había disparado. En aquel momento, quería esconderse, pero Peter la miraba como si la viera por dentro.

—Te alegras porque tengo defectos. Eres el hombre más raro que he conocido.

—Estoy seguro de que mi exmujer estaría de acuerdo contigo. Date un respiro, Kate.

Ella sintió una punzada de culpabilidad. Se abrazó el cuerpo y se acercó a la ventana de espaldas a él. Seguía nevando y el blanco uniforme del exterior hacía que lo de dentro pareciera irreal, como si se hubiera metido en una burbuja temporal. El ritmo de su vida siempre era rápido, frenético, si había una palabra que no existía en su vocabulario era «respiro».

—Dices que el alma no existe —continuó él—. También puede que pienses que no existe el destino. Pero creo que el destino me ha puesto aquí, ahora, para que devuelva el consuelo que me brindaba Violet.

La voz de Peter era suave, como su expresión. Le cubrió los hombros con una de las mantas que su madre siempre tenía en el salón.

—Descansa.

Kate decidió hacerle caso, se recostó en uno de los sofás y pensó en que hacía siglos que no se iba de vacaciones de verdad, que cuando tenía un día libre se lo pasaba visitando a su madre y durmiendo. El agotamiento la acompañaba como una capa. Se cubrió con la manta y cerró los ojos. El sueño la asaltó sin que se diera cuenta.

Cuando se despertó al día siguiente, se sentía rígida y algo desorientada. Parpadeó. El fuego se había apagado en la chimenea. Una mirada a su teléfono le confirmó que eran las seis de la mañana y que a las tres la habían llamado del hospital, pero agotada como estaba no lo había escuchado. «Date prisa, Kate». La voz de su madre. Tan nítida como si la tuviera a su lado.

Will

El corazón de Will se detuvo frente a la pantalla del ordenador. Parpadeó. Una. Dos. Tres veces. Pero no importaba cuántas veces parpadeara, la nota seguía siendo la misma. Un aprobado raspado. Una C tan grande como una casa en Intervención Psicoeducativa. Se tragó la decepción que le subía por la garganta. Tanto trabajo para eso.

Cuando Will y Oliver estudiaban juntos, sus notas —las de ambos— siempre habían sido de sobresaliente. Claro, hubo aquella vez en la que tuvieron un aprobado raspado, pero había sido un aprobado general, no culpa suya. Pero eso sí que era su responsabilidad.

Un escalofrío helado le recorrió la espalda cuando se dio cuenta de que, si no cambiaba aquellas notas, la beca que el Estado le había concedido podría estar en peligro, las cartas de recomendación que necesitaba para el doctorado nunca llegarían y se quedaría atrapado para siempre trabajando como dependiente en una librería a jornada parcial, arañando cada dólar que ganaba para llegar a fin de mes. Podría ser el sueño de otros, pero no era el suyo. Sobre todo, porque una vida así podría llevarlo de nuevo a buscar el olvido en la botella.

Había dejado que los hoyuelos de Jenni lo desviaran del camino que se había marcado y, si no tenía cuidado, se quedaría en una de las curvas como si hubiera chocado a toda velocidad contra un poste. Hizo una mueca, lamentando el momento en el que se cruzaron en la puerta de la pastelería.

Iba a tener que hablar con su tutor, tirar de todo su encanto y de los argumentos que pudiera para enmendar aquella calificación. No importaba que Jenni convirtiera su corazón en una bola de purpurina, la C que tenía delante era suficiente para darse cuenta de que todo el asunto de las «no-citas» y del «solo-amigos» se le había ido mucho de las manos. Cuanto más se alejara de ella, mejor. A fin de cuentas, cuando se acercaba demasiado, le entraban ganas de besarla y eso lo complicaba todo más. Maldita fuera, no quería implicarse emocionalmente. Lo único que había tenido claro al dejar el alcohol era que trabajaría duro para no acabar como su padre, que tendría un buen trabajo, una casa digna, una vida.

Harry Taylor no había sido un buen hombre ni había sido buen padre. El ejemplo perfecto de un tipo malogrado con una inutilidad congénita para todo lo que se espera de un hombre decente, que, al llegar a un punto, se había desviado demasiadas veces del camino ideal y había echado a perder todas sus oportunidades. Después de la muerte de su mujer, la afición de Harry por la bebida no había dejado de crecer y había dejado a su hijo huérfano mucho antes de morirse de una miocardiopatía dilatada, resultado de los tremendos estragos que el alcohol había causado a su organismo. Will tuvo que acostumbrarse a que su padre no existía y a sacarse las castañas del fuego. La vida se volvió una lucha constante para encontrar el dinero con el que cubrir sus necesidades y hacía lo que hiciera falta para conseguirlo. Se convirtió en un superviviente.

Empezó a beber demasiado a los diecisiete años. Al principio, solo por divertirse, por escapar de la presión de cada día. Después de tantos años de aguantar las borracheras de su padre, se dijo que él no era igual, que controlaría. Nunca sería tan vulnerable como su padre. No hacía ningún daño y ayudaba a que las relaciones sociales fueran más divertidas y emocionantes, el alcohol lo convertía en alguien ingenioso y chispeante. Qué iluso. Nadie, mucho menos uno

mismo, puede identificar con certeza cuándo se rebasa el límite invisible entre beber de forma moderada y ser un alcohólico. Esa línea a partir de la cual no hay vuelta atrás, el umbral de la dependencia. No se dio cuenta de que tenía un problema hasta que fue demasiado tarde, aunque Oliver y su abuelo se lo decían. Para no escucharlos, dejó Silver Hill. Ellos qué sabían. Él controlaba. Cuando un tiempo después, la empresa en la que trabajaba lo despidió por su alcoholismo, su vida ya estaba fuera de control. No pudo volver a encontrar trabajo y, al igual que le había pasado a su padre, entró en una espiral negativa.

Hasta que su abuelo murió. Y puso, como condición para que su nieto heredara un dinero que había ahorrado y su casa, que se mantuviera sobrio un año y Will sintió que algo se quebraba en su interior, que se había perdido por completo. Siendo honestos, no se hacía ilusiones. No iba a ser fácil, tenía un camino largo y muy árido por delante, pero era inteligente y sabía que, con un poco de suerte, sus errores le servirían como aprendizaje.

—Bueno, Will, este es el precio que pagas por no centrarte —dijo en voz alta mientras cerraba el portátil.

—Profesor Broly, ¿tiene un minuto?

La acerada mirada del profesor se volvió hacia Will y él sintió cómo todo su empuje se arrugaba.

—¿Cómo puedo ayudarte, Taylor?

Su tono era tan frío que, en vez de «cómo puedo ayudarte», podría haberle dicho «no tengo tiempo para ti, Taylor» y hubiera sido lo mismo.

—¿Podemos hablar sobre la nota de mi examen?

El profesor arqueó una ceja.

—Una C, si no me equivoco —recordó—. ¿Qué pasa con ella?

Will tragó saliva. Aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba.

—¿Puede decirme por qué?

Eso fue lo que le salió en lugar de lo que quería decir. «Me esforcé, merecía una B al menos».

El profesor abrió una tableta que sacó de un viejo maletín de mano negro. Consultó algo en ella y luego levantó la vista.

—Tu trabajo ha estado fallando últimamente, Taylor.

Una gota de sudor se formó en la frente de Will.

—¿Por qué? —preguntó antes de pensarlo.

Como si el profesor Broly tuviera la respuesta a todas las preguntas del universo. ¿Qué esperaba que le respondiera? El otro se encogió de hombros.

—Puede que hayas estado distraído, no lo sé. Pero tus ejercicios han bajado de calidad y el trabajo entregado es un reflejo. —Su expresión se suavizó un segundo—. ¿Has tenido algún problema este mes?

Will no contestó. Parecía escuchar la voz de Edmund en su cabeza. «No hagas como tu padre, Will. Estudia, ten claros tus objetivos en la vida, lucha por ellos».

—Te diré algo, Taylor —el profesor Broly se dirigió hacia la puerta de salida—, si en dos semanas me presentas un buen trabajo, uno que me haga replantearme esta C, te subiré la nota. No hago esto frecuentemente, pero eres un buen alumno, y todos tenemos contratiempos a veces.

—Gracias, señor —murmuró Will—. No sabe lo que representa para mí.

El hombre asintió con un movimiento seco. Will lo siguió con la mirada mientras se alejaba de él preguntándose por qué se sentía como si la vida lo dejara de lado cuando le estaban dando una segunda oportunidad. Tendría que olvidarse de las no-citas con Jenni y de los mensajes sobre *Orgullo y prejuicio*, que siempre se seguían de conversaciones sobre cualquier cosa hasta las mil de la noche.

Tenía que aferrarse a lo que quería conseguir y no perder el foco. La vida de Jenni y la suya ya eran complicadas de por sí y le gustaba su independencia. No sería justo pedirle a nadie que se conformara con las migajas que le dejaba su escaso tiempo libre. Por mucho que la chica le gustara, por mucho que se sintiera atraído por ella, no había lugar en su vida para una relación ahora. Oliver tenía razón, había estado a punto de entregar su corazón sin darse cuenta.

Como si lo hubiera convocado al pensar en él, la pantalla del móvil se iluminó con una llamada entrante de su amigo.

—Sí —contestó.

—Will, se ha muerto la madre de Kate.

Jenni

Mientras esperaba a que Nana terminara de arreglarse para ir al entierro de Violet Harrington, Jenni miraba por la ventana de la residencia. Por la calle circulaba algún que otro coche, pero la nieve amortiguaba los sonidos del exterior y la mayoría de la gente se había refugiado en casa para no lidiar con las inclemencias del tiempo.

Pensó con algo de hastío en el largo camino hacia el tanatorio, que quedaba al otro lado del río Creek. No tenía miedo a conducir con nieve. Había pasado duros inviernos en Silver Hill y nada la intimidaba ya; sin embargo, por alguna razón, aquello era distinto. No conocía mucho a la fallecida, pero parecía como si el tiempo la llorara. La nevada tenía algo de inconsolable, algo que le decía que la vida era tan frágil como un copo de nieve.

Nana ya estaba lista. Muy guapa a pesar de que estaba vestida para un funeral. Llevaba un traje pantalón negro con una blusa celeste que le quedaba muy bien. El cabello blanco, peinado hacia atrás en un moño.

—Se te ve imponente con ese conjunto —la alabó.

—Tengo que despedir a Violet como ella se merecía. —Su abuela le acarició la mejilla con una mano nudosa de artrosis—. Tú también estás muy guapa.

Las carreteras estaban casi despejadas cuando se dirigieron al norte hacia la zona del río Creek, dejando a los laterales los sembrados plateados por la escarcha, en los que los árboles parecían casi de juguete, y un puñado de casas. Nana se mantuvo en silencio durante el trayecto. Como si las palabras no hicieran justicia a la tristeza de la muerte y no mereciera la pena decir nada. Algo en la quietud y en el silencio de la anciana la conmovió.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ahora mismo me siento como si estuviera a la deriva —respondió ella—. Me digo a mí misma que es la vida, que es normal. Pero me inquieta sentir la caricia de la muerte en alguien cercano. He estado pensando…

—¿Qué has estado pensando?

—En lo que pasará cuando yo muera.

—No vas a morirte —aseguró Jenni, intentando dar a sus palabras un aire convincente.

—Todos vamos a morir, querida. No soy joven y he de estar preparada. Me gustaría dejarte mejor situada.

A Jenni le resultaron desesperantes sus palabras.

—Nana, no quiero que hablemos de eso. Me va bien como estoy. La pastelería funciona y a ti te queda cuerda para rato.

—Antes, las cosas eran distintas —murmuró Nana.

Jenni no entendió a qué se refería, pero no quiso indagar. Su abuela se sumergió en sus recuerdos y no volvió a hablar hasta que llegaron a su destino. Encontraron el tanatorio sin demasiadas dificultadas. Jenni había estado antes allí y condujo hasta el edificio gris con enormes cristaleras frente al que vieron aparcados una fila de coches. Reconoció la furgoneta de la librería. Oliver ya estaría allí. Le había dicho que iría cuando fue a recoger las tartas para la reunión de después del entierro. Tal vez también estuviera Will. Pensar en ello le provocó un

revoloteo de nervios en el estómago.

—Ya estamos —indicó a su abuela mientras la ayudaba a sentarse en la silla de ruedas.

Nana asintió, en silencio. ¿Qué estaría pensando? ¿En su propia muerte como había dicho en el coche? El mero hecho de plantearse aquella pregunta la hizo sentirse incómoda, de modo que apartó la duda a un rincón de su cerebro y se concentró en empujar la silla por la cuesta hacia la puerta. Los copos de nieve le cayeron por el cuello y resbalaron por su rostro en el trayecto.

Dentro hacía frío y se notaba un poco de humedad, pero las ventanas dejaban entrar la luz a raudales y en el aire flotaba un intenso olor a lavanda y a jabón. Había mucha gente. Algunos se mostraban sombríos, aunque la mayoría parecía animada y locuaz. Jenni saludó a algunos conocidos con la cabeza mientras empujaba la sillita hacia el fondo, donde la hija de Violet —Kate Harrington— permanecía tensa, doblándose como si fuera un enorme signo de interrogación hacia las manos que le tendían amigos y familia. Tenía unos ojos enormes, oscurecidos por el llanto. El cabello, recogido en una cola de caballo a su espalda. Muy poco maquillaje, aunque el tono de su piel le confería una elegancia natural que no precisaba adornos. Se inclinó para abrazar a Nana y a Jenni la impresionó su serenidad. La mano de su abuela, con el dibujo de las venas bajo la piel fina como el papel, acarició el brazo de Kate y esta pareció perder algo de su templanza. Levantó la cabeza hacia Nana con los ojos apagados y la mandíbula apretada para no ceder al llanto y Jenni se sintió diminuta ante su tristeza, reducida a la insignificancia más absoluta frente al dolor de la pérdida. Tragó saliva, le dio el pésame y se apartó para buscar a Oliver, que hablaba con Peter en una esquina de la sala. Con una punzada de desilusión, se dio cuenta de que Will no estaba con ellos.

El entierro fue breve. Kate leyó un poema que le gustaba a su madre y se las arregló para decir unas palabras sin llorar.

—Si había algo que le gustaba a mi madre —dijo—, era tener gente alrededor. Y sé que no me hubiera perdonado jamás que no los invitara ahora a tomar algo a Harrington Hall. Durante toda mi infancia, mi casa siempre estuvo llena de gente que se acercaba a hablar con Violet, que se sentaba a disfrutar de una copa de vino o de una porción de tarta de queso y que se quedaba hablando y riendo hasta tarde. Mi madre adoraba tener gente alrededor que se comiera las delicias que cocinaba. Estoy segura de que le habría gustado mucho que brindáramos por ella con una copa de vino —hizo una pausa—, o dos.

La gente rio. Y ella esbozó una sonrisa frágil, tanto que Jenni se estremeció como si la atravesara un frío glacial. Una sensación de angustia la invadió y apretó la mano de su abuela, cerrando los dedos con firmeza alrededor de los suyos. Su abuela le devolvió el apretón, tranquilizándola.

—Sé que está nevando —continuó Kate—, pero si se animan, también hay varias tartas de Harris Bakeries para acompañar ese vino. Por desgracia, no heredé de mi madre sus habilidades culinarias, pero Jenni Harris me ha ayudado con su arte.

Tarta de queso con frutos rojos



Ingredientes:

- un paquete de galletas tipo Digestive (400 gr)
- 250 gr de mantequilla sin sal
- vino moscatel
- 250 ml de leche
- 4 cucharadas de azúcar
- 1 sobre de gelatina de limón
- 250 gr de queso mascarpone
- 400 gr de nata montada
- mermelada de arándanos/frambuesa
- 1 sobre de gelatina neutra

Molemos un paquete de galletas hasta dejarlas en polvo. Lo mezclamos con ½ paquete de mantequilla sin sal, que hemos derretido al fuego, y con un chorrito de vino moscatel. Lo disponemos todo en un molde desmontable engrasado con mantequilla y se hornea a horno fuerte (190 ºC) precalentado, 20 minutos. Cuando esté doradita, se saca y se deja enfriar.

Mientras, hacemos el relleno: calentamos un vaso de leche con el azúcar en un cazo al fuego. Cuando esté hirviendo, le añadimos un sobre de gelatina de limón. Mezclamos bien y retiramos del fuego. Batimos con el queso mascarpone. Dejamos enfriar.

Cuando esté tibio, añadimos la nata montada y lo batimos todo. Lo vertemos sobre la base de galleta, que ya debe estar fría, y lo metemos en la nevera para que cuaje.

Cuando la capa superior esté durita, derretimos un bote de mermelada de arándanos al fuego con un sobre de gelatina neutra y cubrimos con la mezcla la tarta. También puede cubrirse con fresas naturales dispuestas en mitades, en ese caso, añadimos una gelatina de fresa por encima diluida en un vaso de agua.

De nuevo, a la nevera hasta el momento de servir.

Kate

—Cuídate mucho, cariño —le dijo Nancy Harris a Kate al despedirse—, trata de no estar demasiado triste. A ella no le habría gustado. Sabes que estaré ahí para ti si necesitas a alguien con quien hablar. Aunque no sea lo mismo.

Kate intentó que los ojos no se le volvieran a llenar de lágrimas. La hería profundamente no tener a su madre, pero también el haberla descuidado por su trabajo en los últimos tiempos, no haber tenido más paciencia con sus lapsus de memoria.

—Gracias, Nancy —contestó con un quiebro en la voz. Y le apretó las manos a la anciana con un gesto cariñoso.

A Kate, Nancy Harris le recordaba a una peonía cuyos pétalos ya comenzaban a dar muestras de estar ajándose, pero que todavía conservaba ese aroma floral y delicado y un aire desvalido que nada tenía que ver con la realidad. Se daba cuenta de que a la señora Harris también le dolía la muerte de su madre.

—En serio, si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa que necesites, dímelo. O díselo a Jenni para que me lo diga. Intentaré ayudarte con todas las fuerzas que me quedan.

Kate sintió que se le atenazaba la garganta y le picaban los ojos, desbordados de nuevo.

—Gracias, lo recordaré.

Le dio a Nancy un gran abrazo y las acompañó —a ella y a Jenni— a la entrada de Harrington Hall para despedirlas.

—¡Oh! —un gritito se le escapó a Jenni.

Kate apartó la vista de las dos mujeres para reparar en que, por la calle, se aproximaba el dependiente de Peter, Will Taylor, que levantó una mano a modo de saludo tímido. La pastelera había dado un respingo al verlo. Un ojo menos perspicaz podría haberlo pasado por alto, pero Kate se pasaba la vida demasiado atenta al detalle —en medicina había que ser muy observador — como para no detectar el leve rubor de los dos rostros. Incluso en ese día en el que la cabeza no estaba para muchas disquisiciones.

Luego, ambas mujeres se despidieron y se encaminaron al coche con algo de prisa mientras el joven se acercaba a la puerta.

—Siento tu pérdida, Kate —dijo Will, dándole la mano.

Kate se la apretó, lo invitó a pasar a por un trozo de tarta y cerró la puerta. Mientras Will entraba en el salón, ella permaneció un instante en el vestíbulo escuchando las conversaciones que le llegaban. Si cerraba los ojos, era capaz de rememorar cómo era antes Harrington Hall y el olor a café y a tarta recién hecha lo incrementaba aún más. Podía ver a su madre, con los cabellos recogidos en una coleta rubia y las mejillas sonrosadas, servir vinos y seleccionar libros que mostrar a alguna visita. «Si te gustó ese, espera a que leas este otro», solía decir. El aroma a vainilla y a azúcar de las tartas de Jenni hacía que la ausencia de su madre fuera aún más dolorosa porque se enraizaba en sus recuerdos felices. Si vendía Harrington Hall, también vendería sus recuerdos. Una punzada de angustia comenzó a fundirse como un copo de nieve en su interior, impregnándolo todo. «No sigas por ahí —le dijo su razón—. Sería una locura mantenerlo».

—¿Estás bien? —La voz de Peter la trajo al presente.

Kate respiró hondo y exhaló con fuerza, sabiendo que el simple proceso la ayudaría a calmarse. Se volvió para mirarlo y le dirigió una sonrisa débil. Contestó a la pregunta con un simple asentimiento.

—Toma —le dijo él, tendiéndole una taza—. Te he preparado una tisana relajante. Te vendrá bien.

—Perfecto.

Demasiado perfecto, en realidad. Aquel hombre cada vez le gustaba más. Se recordó que solo eran amigos y sorbió el líquido caliente. Dulce, con toques de grosella negra y especias.

—Está muy rica. Gracias.

Peter se apoyó en la puerta del salón y le sostuvo la mirada. La determinación de Kate flaqueaba ante miradas como esa. Apretó las manos contra la taza en un gesto nervioso que acentuó más que atenuar el frío, y se preguntó qué pasaría por la cabeza de Peter. Desde luego, se imaginó cualquier cosa menos lo que le preguntó después.

—¿Qué te parece si mañana nos vamos de excursión?

—¿De excursión?

Él pareció un poco nervioso por su reacción.

—Tal vez no sea la mejor idea —dijo—. Tengo que ir a buscar unos libros de segunda mano de los que quieren deshacerse y queda un poco lejos. No quería dejarte sola el día después del entierro.

Lo dijo en un tono muy relajado, como si fuera normal estar haciendo planes para una excursión al día siguiente del entierro de su madre. Se sentía obligado, pensó ella. No era que quisiera pasar el día juntos. Kate esperó que el desánimo no se le notase demasiado en la voz.

—No hace falta que me hagas compañía —protestó Kate—. Soy bastante dura. Y tengo que seguir adelante sola.

—El caso es que me apetece pasar el día contigo. Y creo que la zona a la que vamos te gustará mucho.

La afirmación pilló a Kate por sorpresa y sintió como su pulso se aceleraba. Tenía un nudo en la garganta y los ojos, ardiendo de ganas de llorar, pero aquellas palabras suaves fueron como un bálsamo para su alma. Peter se acercó a ella y entrelazó sus dedos con los suyos. Kate no sabía cómo reaccionar. Si le hubiera pasado eso unos meses atrás, habría estallado de gozo, pero aquella noche, después del sepelio y con la vida patas arriba, el contacto de aquella mano solo le producía pánico. No podía enamorarse de Peter, porque Peter le rompería el corazón y ella ya lo tenía roto en miles de fragmentos.

Entonces Peter alzó sus manos unidas y le dio un beso en el dorso. Y Kate tuvo la sensación de que algo empezaba allí y ahora.

—Vale —asintió—. Vayamos de excursión.

Will

—¿Qué haces? —le preguntó Will a Rodney.

Rodney era uno de los amigos habituales de Nancy Harris y su labor era ayudar a Will con el bingo de aquella tarde. Era un bingo un poco peculiar en el que la persona que cantaba línea tenía que contar a los demás un recuerdo familiar bonito de Navidad. Pero Rodney parecía mucho más interesado en su teléfono móvil que en los números que salían del bombo.

—No me hago responsable de corromper tus jóvenes oídos —respondió el anciano, ocultando la pantalla—. Mi conciencia no se recuperará de eso.

Pero Will tenía buena vista.

—¿Estás chateando con una chica en vez de estar pendiente del bombo?

Le caía bien el vejete. Un hombre ya en sus setenta y largos, con más arrugas que un *sharpei*, bajito, regordete, algo calvo, que en ese instante ponía los ojos en blanco con gran dramatismo.

—No es una chica —protestó—. Es ya una mujer. Viuda, como yo. Y tiene buen cuerpo.

Will bufó. Y cantó el siguiente número del bombo rogando porque el resto de los asistentes al bingo fueran tan duros de oído como para no haber escuchado la conversación.

—Lo del bombo se hace con una sola neurona —prosiguió Rodney—. Y tal vez te vendría bien tomar recortes.

—¿Cómo dices?

—Digo que la nieta de Nancy es un bombón. Pero ahí estás, como un pasmarote, sin escribirle.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Rodney hizo un gesto de reproche y le clavó unos ojos gris acero que avisaban que no aguantaba tonterías. No le apetecía que el anciano tuviera la última palabra, pero cualquier cosa era mejor que soportar la mueca burlona de su rostro y escucharlo emitir juicios sobre sus decisiones vitales, así que volvió a girar el bombo para obligarlo a concentrarse en el juego y dijo:

—Mis mensajes no son asunto tuyo.

—O sea, que es verdad que te mola, pero eres un tonto y no le dices nada.

Will se echó a reír sin poder evitarlo.

—Tampoco es asunto tuyo lo que pase o no pase con Jenni.

No tenía ninguna duda, Jenni era una gran distracción de sus objetivos. Soñaba a menudo con ella. Eso era peligroso para su cordura y para su corazón, lo sabía. No tenía la capacidad de darle lo que una chica como ella merecía. Y tenía que esforzarse en olvidarla.

Cuando el «bingo emocional», como lo había bautizado Rodney, terminó, para el asombro de Will, los ancianos participantes aplaudieron. El muchacho se echó a reír e hizo una reverencia.

—Buen trabajo —le dijo Nancy Harris, que entraba en ese momento.

Él hizo otra reverencia en su dirección y se irguió. Entonces la vio y se quedó congelado. Jenni estaba con ella, pero una versión de Jenni más arreglada. Con el pelo suelto y algo de

maquillaje. Tan hermosa como siempre. Se le aceleró el pulso al ver que sus miradas se enredaban.

—Jenni —dijo Nancy—, he pensado que vendría bien que Will te acercara.

—¿Que me acercara?

Nancy Harris tenía una expresión solemne, pero su mirada tenía un brillo de diversión.

—Sí, que te acerque para que no llegues tarde a eso.

Su nieta la seguía mirando como si le hubieran salido cuernos y la idea de un «abuelicidio» se le antojara de lo más deseable.

—A eso —repuso.

—Te acerco a donde quieras —dijo Will—. Claro. He traído la furgoneta.

La mujer sonrió encantada y Jenni gruñó por lo bajo.

—Claro —insistió la anciana—. Así no te hace falta coger un taxi.

—Para eso, ¿no? —preguntó su nieta.

—Exacto.

La sonrisa de Nancy Harris encerraba toda la diversión del universo. Se veía que su nieta intentaba ser fría, pero la sonrisa de la abuela fue demasiado. No pudo contener la suya y cedió.

—Gracias, Will —dijo—. Por llevarme a eso. —Jenni se puso la chaqueta que llevaba en un brazo y salieron juntos de la sala.

Antes de salir, Will aún pudo escuchar como Rodney le decía con disimulo a Nancy:

—Cuando tú y yo nos ponemos a «eso», también se me escapa una sonrisa.

Jenni

Cinco minutos más tarde, Jenni y Will iban juntos en la furgoneta de camino a Silver Hill. Jenni miraba por la ventanilla porque si miraba a Will algo se le removía dentro. Quizás fuera la luz de la tarde sin más, los rayos dorados que se filtraban entre las nubes plomizas y le iluminaban la cara, pero a Jenni le parecía más guapo de lo habitual, como si todo lo que le hubiera dicho Caroline, lejos de espantarla, la tentara aún más. Aquellas pestañas más largas que las suyas, la barba incipiente sobre el mentón, el relieve de los músculos, tan visibles ahora mientras tenía las manos en el volante.

—Esto no es una cita tampoco —dijo Jenni.

—Por supuesto que no —contestó Will, mirándola por el rabillo del ojo—. Soy un hombre respetuoso y honorable y, si saltas sobre mí, gritaré.

Y se echó a reír. Jenni se dio cuenta de que le gustaba casi tanto su risa como el olor de su champú, que impregnaba el interior de la furgoneta. Sin embargo, lo que seguro que era delicioso era su sabor. Se movió inquieta. No podía enamorarse de él, le rompería el corazón de nuevo, como si fuera de cristal. Él, tal vez percibiendo su inquietud, volvió la cabeza para contemplarla un segundo. Jenni estuvo a punto de darle una respuesta ingeniosa que disipara la tensión, pero sintió sus ojos clavados en ella y algo la detuvo. Por un instante, pareció que lo que ella contestara era importante para él, como si se sintiera inseguro.

Will salió de la carretera y se detuvo frente a la pastelería de Jenni. Entonces, casi como si no desease hacerlo pero se sintiera incapaz de resistirse por más tiempo, se acercó a ella y la besó muy despacio, un beso muy dulce en los labios que le robó el aliento a la pastelera. Su boca en contacto con la suya, cálida y perfecta, la tomó por sorpresa y la hizo estremecer de tal forma que hubiera jurado que habían encendido las luces de Navidad de la calle. La dulzura despertó en ella un deseo abrasador y se derritió contra él. Se acercó más y el beso se convirtió en más profundo. Will tenía unos labios maravillosos y aquel olor a jabón, a hombre… A Jenni se le escapó un gemido de satisfacción de la garganta y el sonido hizo que él se separase. Habría querido que la tocase por todas partes, pero Will tenía la respiración acelerada y la miraba con los ojos muy abiertos, asustados. Por su rostro pasó una expresión extraña antes de suavizarse de nuevo.

—Creo que es mejor que entres en casa —sugirió.

Jenni se dio cuenta de que de repente tenía mucho frío.

—Está bien —contestó cuando pudo reunir algo de aliento.

No la sorprendía, en realidad. La atracción existía, eso no podía negarlo, pero una cosa era coquetear y otra, pasar a mayores. Miró a Will mientras intentaba recuperarse y tuvo la sensación de que hacía siglos que se habían besado en vez de segundos. Will y ella no podían tener nada, estaba claro. Y ella no necesitaba más drama en su vida. Así que asintió como si no le sorprendiera el rechazo. Él vaciló, pero la respuesta ya estaba escrita en su expresión.

—Es que… mi vida es complicada.

Will agarró el volante con las manos y los nudillos se le volvieron blancos. Jenni inspiró profundo. Se sentía mortificada porque los ojos se le estaban llenando de lágrimas, pero él no las vería. Se negaba a mirarla a la cara, como esos perros callejeros que ladean la cabeza para evitar

el contacto visual.

—Ya —respondió.

La vida de ella también era complicada. «Todo el mundo tiene complicaciones», pensó. Pero la vida era demasiado corta como para plantearse estar con alguien que no quería estar contigo.

—Me gustas. Mucho —siguió diciendo él—. Pero… no estoy preparado para esto. Es muy mal momento para empezar algo que puede no llegar a ninguna parte, ¿no crees?

Jenni entrecerró los ojos. Ojalá la vida viniera con manual de instrucciones. ¿Qué podía hacer ahora? Ni Will ni ella parecían saber qué querían y contra lo que él sentía, no podía luchar. Volvió a asentir y bajó de la furgoneta.

—Pero lo siento de veras —apuntó Will, bajando la ventanilla.

—Yo también —murmuró ella.

Lo miró a los ojos y allí estaba. Aquel calor contenido que esperaba solo una chispa para hacerlos arder en llamas. Era una verdadera pena.

—Está bien, Will, no te preocupes. La noche es demasiado agradable como para estropearla. Nos vemos.

Él levantó una mano para despedirse y Jenni esperó en la puerta de la pastelería a que se fuera, contemplando, inmóvil, las luces traseras hasta que la distancia engulló el vehículo, dejando un gran agujero en su autoestima.

Sabía que debía sentirse enfadada, decepcionada. Pero, sobre todo, aliviada por no haber puesto mucho de sus sentimientos en juego. Sí, sabía que tenía que sentir todas esas cosas, y tal vez al día siguiente las sintiera, pero ahora… ahora no sentía nada de eso.

Entró en el local y se apoyó en la barra buscando algo que la sostuviera. Además de frustración, lo que sentía era curiosidad y algo más. El mero recuerdo del beso la hacía contener el aliento. Le latía el corazón con mucha fuerza y no podía pensar con claridad. Una fuerte punzada de calor en el vientre y en los muslos se extendía por todo su cuerpo. Era deseo. Años atrás, cuando Paul la tocaba, aquel calor la dominaba por completo. Cerró los ojos. Echaba de menos aquella sensación, la echaba tanto de menos que se preguntó qué habría sucedido si, en lugar de bajarse de la furgoneta, se hubiera lanzado sobre él y lo hubiese cubierto a besos. Si lo hubiera convencido para que entrara y le hubiese recorrido con la lengua el cuello, cómo sería levantarle la camiseta y deslizar las manos por su abdomen y luego bajar...

Suspiró y abrió los ojos. Lo menos que le convenía ahora era tener fantasías sexuales con Will. La martirizaba pensar en cómo había dejado que aquello pasara, había bajado sus defensas a pesar de que hacía tiempo que no permitía que eso sucediera. Era un completa idiota. La noche en la que Paul la abandonó, Jenni aprendió una gran lección: nadie puede herirte si no le das un cuchillo para hacerlo, y ella era una mujer que aprendía de sus errores. Le gustaba el sexo y lo echaba de menos, pero Will era un error, estaba claro que no quería estar con ella, que aquello solo era una atracción sexual, y Jenni no pensaba darle un cuchillo. Era una lástima porque le habría apetecido tener una relación sin ataduras, enrollarse con alguien y no volver a verlo jamás en la vida. Pero sabía que con Will las cosas serían complicadas, tenía la sensación de que, si no se andaba con cuidado, podría meterse en serios problemas.

Subió a su piso, se preparó un baño caliente con espuma y se lavó el cabello. Una vez seca y perfumada, se sintió algo mejor. Se puso un pijama de felpa, se preparó una tortilla con hierbas aromáticas y puso a tostar una rodaja de pan de nueces. El delicioso aroma a comida inundó la casita. Luego, envuelta en una bata que Nana le había regalado unas navidades, se sirvió una copa de vino y empezó a comer. A través del cristal de la ventana, veía las ramas de los árboles

de la calle cubiertas de nieve, entrelazadas como si fueran encaje. Levantó la copa de vino y brindó por su decisión. Jamás volvería a acercarse a Will Taylor lo suficiente como para que el beso de la furgoneta se repitiera, porque, si lo hacía, su vida sería siempre el segundo plato y eso no era justo para ella.

Con una vez que le rompieran el corazón ya había tenido bastante.

Pan de nueces

Ingredientes:

- 1 huevo
- 30 gr de mantequilla
- 200 gr de azúcar
- ¼ litro de leche
- levadura en polvo
- 2 cucharadas de anís
- 3 cucharadas de aceite de oliva
- 350 gr de harina de repostería
- 100 gr de nueces picadas
- 100 gr de pasas de Corinto

Mezclamos en un bol el huevo, la mantequilla reblandecida y el azúcar hasta conseguir una pasta homogénea. Añadimos la leche, 4 cucharaditas de levadura en polvo, el anís, el aceite de oliva y la harina. Amasamos hasta que la pasta esté cremosa y sin grumos. Le agregamos entonces las nueces picadas y las pasas de Corinto, que habremos mezclado previamente con una cucharada de harina para evitar que se vayan al fondo del pan.

Vertemos la mezcla en un molde de *plum cake* engrasado con mantequilla y horneamos a 180 ºC, durante 40-45 minutos.

Kate

El cielo estaba despejado cuando cruzaron el río Creek. Un sábado frío, ventoso y con grandes nubes blancas que se deslizaban veloces por encima de sus cabezas. Aunque pasarían semanas hasta que las colinas de Silver Hill dejaran de cubrirse de nieve y los tonos ocres alcanzaran sus picos grises.

El coche de Peter era pequeño pero potente. Kate se apoyó en el mullido respaldo con un suspiro porque, durante los últimos días, no había parado un segundo y cerró los ojos. No fue ya consciente de cuándo salieron de Silver Hill. Cuando los abrió de nuevo, habían dejado atrás la ciudad de Penth, en la que estaba el hospital, y un pequeño pueblo de pescadores y habían subido la empinada carretera que conducía a campo abierto hacia los pueblos del norte. El camino se retorcía a lo largo de sinuosos muros de piedra que parecía que tuvieran mil años, límites borrosos de tierras regentadas por pequeñas granjas que se veían a lo lejos, escondidas del viento. El mar se divisaba como un marco, surcado por olas como dientes pequeños.

—Qué bonito es esto —comentó.

Peter sonrió y le preguntó:

—¿Nunca habías venido por esta zona?

—No, no suelo tener tiempo para nada aparte de para trabajar —contestó ella. Y pensó que era una lástima que fuera así.

—Pero antes de ser médico…, ¿no tenía coche tu madre?

—Sí, sí lo tenía. Pero no le gustaba demasiado conducir.

—Pues es una pena porque en esta zona hay una serie de playas y calas muy bonitas, si desciendes al nivel del mar, a las que solo puedes llegar en coche. —Guardó silencio un momento—. Si quieres, cuando el invierno pase, podemos venir un día.

Volvió la cabeza hacia ella para sonreírle, esperanzado, y ella pensó que no se podía tener un color más bonito en los ojos.

—Claro —contestó, y de pronto sintió que el corazón era demasiado grande en su pecho.

La carretera siguió describiendo curvas y más curvas. Kate guardaba silencio porque de pronto todo, su vida, su trabajo, sus relaciones…, le resultaba excesivo, remoto y abrumador. Sintió una punzada de ansiedad.

—¿Estás bien? —le preguntó Peter con tono cálido—. Ese vacío en el estómago es normal después de tantos cambios.

Kate se preguntó si él, además de tener los ojos más maravillosos del mundo, también leía el pensamiento. La leve sonrisa que brilló en sus labios hizo que ella se sintiera más nerviosa aún. Y por nada en concreto, por una especie de tormenta sentimental que la invadía, un pánico a sentirse perdida. Ella, que siempre tenía todo milimetrado.

—Estoy bien —mintió.

Quince kilómetros más tarde, el paisaje cambió de nuevo. Habían llegado a una zona de valle frondoso y verde. Un puente en forma de arco cruzaba un río de aguas revueltas y se adentraba en un pueblo de casas de piedra, grises, con las calles adoquinadas. La que Peter iba a visitar, para valorar la biblioteca, era una gran propiedad victoriana ubicada al final del pueblo,

bordeada de árboles antiguos, lo suficientemente lejos de la villa para permitir privacidad, pero lo suficientemente cerca como para poder ir en bicicleta al centro de la población.

Alrededor de la casa, grandes explanadas de césped se combinaban armoniosas con árboles y arbustos. Kate imaginó que en primavera aquello sería una maravilla de flores. El coche se detuvo frente a la puerta principal. Había acordado con Peter que, mientras él hacía su trabajo, Kate daría un paseo por el pueblo y buscaría un lugar para comer juntos. Peter le había invitado a quedarse con él, pero a Kate le pareció poco profesional hacerlo y él no había querido discutir.

—Bien, ya hemos llegado —dijo Peter, parando el motor.

Salieron y el aire frío sorprendió a Kate después de haber contemplado el sol pálido a lo largo del camino. Cogió el abrigo y los guantes del maletero y se cubrió el cabello con un gorro. La nieve se fundía en los páramos detrás de la casa. En el frente, un magnolio estaba cubierto de luces navideñas que el sol no dejaba lucir.

—¿No quieres que te acerque al pueblo? Así no tendrás que caminar tanto —se ofreció Peter al verla tiritar. En ese momento lo adoró.

Kate se dijo que, en cuanto empezara a caminar, el frío se le pasaría. Y tal vez también el atontamiento que tenía con Peter.

—No, no te preocupes —respondió—, me vendrá bien para despejarme.

—Estaré allí en una hora. Como mucho, noventa minutos.

—¿Seguro que con ese tiempo tienes?

—Te lo aseguro. Solo necesito echarle un vistazo a la biblioteca, separar lo que sea vendible y llegar a un acuerdo con la clienta. Te enviaré un mensaje cuando termine para que me digas dónde estás. Relájate.

La miró con aquellos ilegibles ojos azules y sonrió de nuevo antes de subir la escalera de la entrada. Kate decidió ponerse en marcha. Sola. Habían ocurrido tantas cosas en el último mes, Harrington Hall, la enfermedad de su madre, Peter… No había podido estar a solas casi nunca, sin nadie que le hablara o le hiciera preguntas, la interrumpiera o le pidiera que hiciera algo. Comprendió, mientras caminaba por el sendero bordeado de árboles nevados, que necesitaba ese tiempo a solas. El placer de la soledad era refrescante. Como nadar desnuda o sentir el primer trago de cerveza en la garganta.

El viento suspiraba entre las ramas de los olmos del camino y una alfombra gruesa de grava ahogaba sus pasos. De pronto se sintió exhausta. La inundó una oleada de nostalgia al recordar excursiones con su madre cerca de Harrington Hall, los picnics que Violet organizaba. Lo mejor de ser la hija de Violet era la libertad que había disfrutado de niña para explorar los bosques alrededor de Silver Hill. Pensó que pudiera ser que Violet no tuviera demasiado tiempo para ocuparse de ella llevando Harrington Hall y que, por lo tanto, dejaba que Kate se entretuviera sola. Pero, por otro, pensó que era probable que se hubiera dado cuenta de que el tranquilo pueblecito de Silver Hill y sus alrededores no encerraban peligro alguno para ella. Después del día fuera, era una gozada entrar en la cocina de Harrington Hall, en la que siempre había té caliente y el horno no paraba, a merendar.

En sus exploraciones de niña, Kate no solo descubría lugares, sino que disfrutaba de la naturaleza. Se preguntó por qué había dejado de hacerlo. La medicina, se dijo, que era como una novia tonta y no te permitía hacer nada más. Respiró profundo, dejando que los pulmones se le inundaran del aire limpio y que el viento le revolviera el cabello.

Al poco, la casa quedó atrás y apareció el pueblo, gris plomizo cubierto de musgo, al sol de la mañana, como un cuento de hadas al final del camino. El viento se notaba más en aquella zona, rozándole la cara con sus dedos helados, así que Kate, estremecida, apretó el paso hacia la

villa de Brum.

Sus zapatos repicaron en las aceras húmedas. Caminó por la estrecha calle principal por delante de tiendecitas con escaparates iluminados por adornos navideños. Pasó frente a una tienda de bisutería con un árbol de Navidad en el escaparate del que colgaban pendientes. Una librería con los libros colocados sobre un fieltro rojo y adornados con tiras de papel de plata. Y un hotel pequeño y coqueto, en el que entraban una familia con maletas. En la puerta de una verdulería, había varios cubos de estaño llenos de flores y, del interior, salía un aroma a campo.

Se paró en el escaparate de una cafetería. Era un local anticuado y algo triste en el que predominaba la madera oscura, pero tenía un olor peculiar a cera de muebles y a jengibre que no era desagradable, así que Kate decidió quedarse allí un rato. Mientras sorbía una taza de té negro que le calentó las manos, se sintió mejor y más fuerte de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo. «Las cosas, una por una», le decía siempre Violet. Kate nunca había hecho caso al consejo materno, tal vez era el momento de hacerlo.

Decidida a no dejarse agobiar por las circunstancias, pidió un pedazo de tarta de uvas y otro té, le envió un mensaje a Peter con su ubicación y sacó del bolso una libreta donde empezó a hacer listas de cosas que tenía que resolver.

Will

Will se sentó en el salón, en el sillón de Edmund, con las luces apagadas y un tazón de leche caliente sujeto entre las manos con la esperanza de que lo ayudara a conciliar el sueño que aquella noche se le antojaba esquivo. Porque el recuerdo del beso lo tenía tan alterado como si estuviera subido a una atracción de feria. Dios. El destino tenía un sentido del humor de lo más capullo. Ponía delante de él a la mujer perfecta cuando no podía estar con ella. Con aquel beso, se había ganado un lugar de honor en el infierno, porque besarla había sido mejor que cualquier borrachera y más dulce que cualquier licor. La odiaba por hacerlo desear cosas. Los ojos oscuros de Jenni rebosaban misterios que se moría por desvelar. Maldijo por lo bajo y abrió una novela. Estaba claro que lo único desvelado de aquella noche serían él y sus demonios.

A la mañana siguiente, cuando entró —ojeroso— en la librería, la expresión de agobio que tenía Oliver se relajó. El local estaba de bote en bote con la proximidad de la Navidad y su amigo lo urgió a darse prisa. Media hora más tarde, le dolían los brazos de llevar libros de un lado para otro y los pies empezaban a matarlo. Parecía que todo Silver Hill había decidido reunirse en The Golden Books, el aire estaba lleno de conversaciones y carcajadas.

«¿Estás bien?».

El mensaje de María había entrado hacía más de quince minutos, pero no había podido leerlo hasta ahora.

«No. Por eso te escribí. ¿Podemos vernos luego?».

«Claro. ¿En el *pub* de la última vez?».

«Vale. Cuando salga de The Golden Books, me acerco».

Will guardó el teléfono en el bolsillo del delantal e inspiró para recuperar la calma. No lo consiguió. Oliver no había intercambiado con él ni media palabra después del «date prisa» inicial. Pudiera ser que el trabajo no lo dejara respirar, pero Will se temía que no fuera eso, después de todo, Jenni era su amiga. Pudiera ser que Oliver se hubiera enterado de lo del día anterior. No fue hasta el mediodía, cuando al fin hicieron un descanso, que Will se dio cuenta de que el silencio era autoimpuesto. Un truco de psicología barato para que él se sintiera obligado a contarle, pero que, desafortunadamente para Will, funcionó.

—La he cagado con Jenni —soltó.

Oliver enarcó una ceja mientras empaquetaba un álbum ilustrado que recogerían por la tarde.

—Hummm.

—La besé —balbuceó Will—, y luego salí huyendo.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —El tono de Oliver seguía siendo neutral.

—Estúpido. Porque ella insistió siempre en que nuestros encuentros no eran citas justo para que no le hiciera daño. Y voy yo y la rechazo cuando es la mujer más increíble del mundo.

—Se llama filofobia, Will.

—Cabrón. El psicólogo soy yo.

Oliver se echó a reír al escuchar el insulto, dicho sin acritud. Habían sido compañeros de aventuras en demasiadas ocasiones como para tomárselo en serio. Will continuó:

—Tú sabes que no puedo meterme en una relación, Oli.

—No, Will, yo no sé eso. Tal vez podrías explicarle a Jenni por qué huyes y dejar que ella tome sus propias decisiones.

—¿Y qué pasa si quiere más?

Su amigo terminó de hacer el paquete y levantó la vista.

—¿Más qué?

Will se encogió de hombros porque de pronto se sintió ridículo.

—Ya sabes. Más. Una relación estable.

Oliver sopesó la pregunta.

—Si te ha dejado claro en cada encuentro que aquello no era una cita, creo que no quiere más. ¿Por qué? ¿Tú sí quieres más?

Will se zafó de la pregunta con otra.

—¿Quieres un café?

Tres horas más tarde, Will se quitó la bufanda y entró en el *pub* en el que lo esperaba María, nervioso. Intentó mantener la compostura cuando el recuerdo de la cerveza fría empezó a deslizársele por la garganta. Pero antes muerto que decepcionar a su «madrina», así que se tragó el recuerdo y las lágrimas de frustración. Después de todo, de nada sirve llorar en algo en lo que el llanto se funde.

María lo llamó desde una de las mesas. Tenía una tónica frente a ella con una rodaja de limón.

A veces, en medio de un millar de estímulos visuales insignificantes, la atención de Will quedaba enganchada en un detalle que lo llamaba y lo abstraía del resto. La tónica atrapó su mirada. Le pareció peligrosa porque le recordaba demasiado a que lo normal era que la acompañara la ginebra y a que beber en algún momento había sido para él desaparecer del mundo. O al menos, desdibujar lo que la vida le tenía preparado, un no lugar, un vacío en el mapa de Silver Hill. Beber había sido su salvación hasta que se transformó en su monstruo.

Así que ver a María sentada frente a la tónica le hizo sentir una punzada de desesperanza amarga. No bebía desde hacía ocho meses, pero estaba claro que en su corazón siempre sería un alcohólico.

María estudió su expresión con tanta fijeza que Will sintió que le ardían las mejillas.

—¿Qué ha pasado?

No por primera vez, Will agradeció la forma de ser de María, esa sensación de que de verdad quería escuchar qué le había pasado y de que le importaba. Le contó que había besado a Jenni y que, después, había salido huyendo.

—El principio de un gran amor siempre da miedo —dijo María.

—¿Cómo sabes que va a ser un gran amor?

—Porque estás aterrado.

Will asintió. En realidad, lo que quería era cerrar los ojos y desaparecer.

—Odio esto.

—Pero es lo que te ha tocado vivir.

—Lo sé. Es una mierda que el eje de mi vida sea el alcohol, María. Pienso en beber cada día y a cada hora. Te va a parecer muy cursi…

—No, dime.

—En *La Divina comedia*, Dante describe el purgatorio como un sitio en el que el alma

queda libre de impurezas, pero, para conseguirlo, debe pasar por un dolor y un sufrimiento muy intensos. Yo vivo en el purgatorio cada día. No quiero que nadie lo viva conmigo.

—Si quieres salir del purgatorio, necesitas ayudas, manos que te aferren a la vida.

—Ya he roto mis promesas más veces. Ya le hice daño a mi abuelo. Y a Oliver. No puedo arriesgarme a decepcionar a nadie más.

Las lágrimas empezaron a surcar las mejillas de Will y ni siquiera se tomó la molestia de intentar contenerlas. María sacó un pañuelo de papel del bolso y se lo tendió.

—Por supuesto que puedes. ¿Sabes una cosa que me ayudó a mí?

Will levantó la mirada, interrogante.

—No se la he contado a nadie —rio María, algo turbada—, así que te doy la primicia. Al principio, me costaba mucho eso de «dejar de beber para siempre». Porque yo no quería dejar de beber para siempre, lo único que quería era beber normal, como antes de que se me fuera de las manos.

Will asintió. Sabía que el futuro no existía cuando el presente te tiene agarrado por los huevos, el «para toda la vida» era demasiado.

—Así que no me comprometí con el «para siempre», sino solo en el «hoy». Hoy no bebo. Es un cambio imperceptible, pero no ver la escalera inmensa sino solo el siguiente escalón cambia la perspectiva y ayuda a seguir subiendo. El conseguir las cosas se basa en un solo paso: el siguiente. El que estás dando ahora. Cada día. Y sí, puedes pensar en el alcohol en cada hora de tu vida, pero tienes una vida porque no bebes.

Will sintió alivio al escuchar aquello.

—Nada existe en el futuro —continuó María—. Pero todo es posible en el presente. Incluso aquello que te ves incapaz de conseguir. O que alguien te quiera y que tú lo quieras. Habla con ella.

Jenni

Jenni estaba enfadada, enfadada consigo misma por haber bajado la guardia, por volver a abrir la puerta del país de las maravillas. Fue todavía más evidente cuánto lo había hecho cuando sonó un mensaje en el teléfono y el estómago le dio un vuelco pensando en que fuera Will. Pero, por supuesto, no lo era. Era su abuela. Otra vez.

—Hola, cariño. —La voz de Nana fluyó a través del altavoz.

—Voy a matarte, lo sabes, ¿verdad?

Su abuela rio, fingiendo que aquello era una broma, aunque sabía que había tensado la cuerda demasiado. Pero no se excusó.

—¿Dónde estás? —preguntó—. Se oye ruido alrededor.

—He salido a comprar un par de cosas que me hacían falta para los pedidos.

—Es tarde.

—Ya voy de regreso a la pastelería. Luego te llamo.

Apretó el paso. Las farolas ya estaban encendidas y la parafernalia de la decoración navideña brillaba en los escaparates animando al consumo. Paró en una licorería y compró una botella de coñac. Uno en el que el perfume floral se unía a matices especiados de pimienta y canela. Ideal para la tarta de manzana. De nuevo en la calle con las compras a cuestas, el cielo se oscureció y empezó a nevar. «Solo faltan los renos y el trineo de Papá Noel para que parezca una postal de Navidad», pensó. A la luz de las farolas que se encendían poco a poco, vio una taberna con un resplandor amarillento tras las cortinas. Se lo pensó unos instantes mientras la nieve le entraba por el cuello del abrigo y le resbalaba por la piel. La música y el sonido de risas y voces que salía del interior le produjeron una sensación cálida de bienvenida, como cuando vuelves a casa, así que entró, dispuesta a tomarse una taza de té y comer algo.

Se quitó la bufanda. En una chimenea, ardía un fuego de turba que esparcía su aliento cálido entre las mesas redondas distribuidas por el local. El aire olía a *whisky* y a cerveza y a guiso de carne.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó el camarero.

Jenni lanzó una mirada a su alrededor, para ver qué pinta tenía la comida y entonces sus ojos dieron con una espalda muy conocida. Will. Estaba sentado en una mesa con una mujer morena preciosa que le cogía la mano con afecto. Jenni se quedó unos segundos dudando y luego, volvió a ponerse la bufanda.

—Disculpa —le dijo al camarero—, acabo de recordar que tengo algo urgente que hacer.

Y salió de nuevo al frío del exterior. Los copos de nieve danzaron en los haces largos y potentes de los faros de los coches haciendo aún más irreal el ambiente. Jenni frunció el entrecejo. Su primera reacción había sido huir, pero ahora vaciló. Los pensamientos le llegaban en rachas inconexas mientras su corazón y su cabeza libraban una batalla en la puerta. Debía haber una explicación razonable para que él estuviera con aquella mujer, pero hacía demasiado frío para pensarla en la calle. Volvió adentro. El camarero la miró con curiosidad mientras ella volvía a quitarse la bufanda.

—Si quieres quitarte el abrigo también —le dijo—, lo puedes colgar ahí. Cerca de la

chimenea se te secará enseguida.

—No creo que me quede mucho rato, gracias, pero te haré caso. ¿Me pones una copa de vino tinto?

—Claro.

Jenni se quitó el pesado abrigo y lo colgó en un pechero de metal cerca del fuego, ya atestado de los de la concurrencia, y se acercó a la mesa donde estaba Will.

—Hola, Will —saludó.

Él abrió mucho los ojos y emitió un hondo sonido ronco, como esos perros callejeros que temen que los maltraten, pero no dijo nada.

—Quizás debería presentarme —dijo Jenni, extendiendo la mano a la mujer que estaba con Will—. Soy Jennifer Harris.

—María Méndez. Encantada de conocerte.

La mujer la miraba con curiosidad divertida, tal vez preguntándose cuál era la relación que la unía a Will. Tenía un rostro interesante, atractiva, con unos ojos poco comunes y muy vivaces.

—¿Quieres sentarte a tomar algo con nosotros?

—Eres muy amable, pero no. Solo me acercaba a saludar. Ya he pedido en la barra.

—Insisto.

Ella miró a Will, que parecía querer desaparecer en el aire. Se le oprimió el corazón como si fuera de papel y alguien hiciera con él una bola. Pero no iba a dejar que él viera cómo la afectaba, ella era una persona calmada, racional. Will permaneció en silencio unos segundos antes de decir con un hilo de voz:

—Claro, Jenni, siéntate.

Se sentó con el latido de su pulso martilleándole los oídos y el camarero se acercó a la mesa con su copa de vino que sus dos compañeros miraron como si viniera de otra galaxia. Pilló a María mirándola y, de inmediato, lamentó no haber pedido otra cosa. La chica bebía una tónica. Mucho más chic.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó el camarero.

—Te recomiendo la tarta de melocotón si te apetece algo dulce —apuntó María con voz cálida.

Jenni sabía que si comía tarta, era posible que le supiera a arena. «Tranquila, querida —le dijo su cerebro—. Te ha rechazado, ¿recuerdas? Serenidad ante todo». Se aclaró la garganta.

—No, gracias, no tengo hambre.

No debería haberse sentado allí, estaba claro que había interrumpido la conversación entre los dos y Will se notaba incómodo. Tomó un sorbo de vino, demasiado fuerte para su gusto, dejaba una sensación de ardor en la garganta.

Fue consciente de que María hablaba, algunas palabras inconexas llegaban a ella como a través de una niebla de latidos inmensos.

—¿Perdón? —preguntó.

—Te preguntaba si conoces a Will desde hace mucho. Es un buen chico.

De nuevo la mano de uñas largas de perfecta manicura de María apretó la de Will. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se dijo. Estaba claro que aquella chica y Will tenían una relación y que el tonteo con ella había sido solo eso, un tonteo. Era una idiota. Respirar. Tenía que respirar. Tomó aire un par de veces. Will la miró con franca preocupación. Parecía desconcertado.

—¿Te encuentras bien, Jenni?

Ella pasó de mirar a María para mirarlo a él. Se levantó con las piernas algo temblorosas y

se dejó llevar por un sentimiento que conocía demasiado bien: el pánico.

—Acabo de recordar que tengo una cosa urgente que hacer —dijo por segunda vez en menos de una hora. Tragó saliva—. Disculpadme.

Se dio la vuelta y atravesó la taberna en silencio hacia donde había dejado el abrigo y la bufanda. El recorrido más largo de su vida. Y salió de nuevo a la calle.

Pastel francés de manzana



Ingredientes:

- Para la masa:
  - 75 gr de mantequilla
  - 100 gr de azúcar
  - 1 sobre de azúcar avainillado
  - sal
  - 4 huevos
  - 100 gr de harina de repostería
  - 50 gr de harina de maíz
  - levadura en polvo
- Para el relleno:
  - 750 gr de manzanas reinetas
  - 1 dl de nata líquida
  - 3 cucharadas de queso fresco batido
  - 50 gr de azúcar
  - 1 huevo
  - 1 chorrito de coñac

Batimos la mantequilla reblandecida con el azúcar, el azúcar avainillado y una pizca de sal hasta que se haga una crema. Vamos añadiendo los huevos uno a uno, batiendo tras añadir cada uno de ellos. Ahora, con un batidor de mano, añadimos las harinas y la levadura y mezclamos bien. Vertemos esta masa en un molde engrasado con mantequilla y lo llevamos al horno precalentado a 180º durante 35 minutos.

Aparte, pelamos y cortamos en rodajas las manzanas. Les añadimos la nata, batida con el queso, el azúcar y el huevo y el chorrito de coñac. Rellenamos la masa anterior con esta mezcla una vez han pasado los 35 minutos y cuajamos al horno durante 25 minutos. Cuando esté frío, se espolvorea con azúcar glas.

Kate

La piel de las mejillas de Peter relucía por el frío cuando entró en la cafetería en la que estaba Kate. Parecía revitalizado. Las sombras oscuras bajo sus ojos, que habían sido perennes en los primeros días en Harrington Hall, habían desaparecido y en su mirada se percibía el brillo de quien ha pasado una tarde en algo que le gusta más que comer.

—¿Qué haces? —preguntó, lanzando una mirada curiosa a la libreta que Kate recogía.

—Replanteándome mi existencia —contestó ella con una sonrisa triste.

Él se echó a reír.

—¿Cenamos algo aquí? —propuso.

—Pensaba que nos iríamos ya. Si no nos movemos ahora, se va a hacer muy tarde y está nevando.

—He pensado que podríamos quedarnos a dormir. Hay un hostal muy agradable aquí enfrente. Así cenamos con calma, no conducimos nevando, me cuentas cómo vas a replantearte tu existencia y desconectas de tantos días de tristeza.

Una cena agradable con un hombre atractivo. Y una cama mullida después. Descansar. Kate no se acordaba de la última vez que alguien había cuidado de ella. Había pasado los últimos años siendo fuerte, resolviendo problemas y dolencias de los demás mientras los problemas de su madre ocupaban su tiempo libre. Se dio cuenta de que estaba cansada, de que su cansancio era infinito y la invadió un sentimiento de gratitud hacia Peter, aquel hombre encantador de cabello castaño y facciones delicadas que pensaba en qué le gustaría, que la veía a ella como persona. Se le anudó la garganta. Por un horrendo instante, pensó que se iba a echar a llorar, pero él le dirigió una mirada afectuosa llena de comprensión.

—Pues me apetece mucho, la verdad —contestó.

Peter sonrió. Era una de las cosas que más le gustaban de él, que compartía sus sonrisas. También se empezaba a dar cuenta de que ella tendría que sonreír más, de que tal vez la vida no era tan agobiante y gris como la veía. Con un esfuerzo de voluntad, Kate reprimió el deseo de apartar la mirada, de esconder lo que sentía por aquel hombre. ¿Qué sentido tenía enamorarse de un hombre recién divorciado, alguien que seguro que arrastraba dolor y que necesitaba recomponer su corazón antes de volver a darlo? Aun así, estaba tan guapo con su jersey azul, el color le daba un aspecto vital, radiante. Sintió la necesidad de abrazarlo, de romper las barreras imaginarias y, de pronto, casi como si le leyera el pensamiento, él se acercó y le dio un beso en la mejilla, dulce.

—Me alegro.

Kate sintió que se ruborizaba como una colegiala.

—Debes estar helado —dijo para cambiar de tema.

—No, he entrado en calor con el paseo. He dejado el coche en el hostal y he reservado dos habitaciones, siempre con la condición de poderlas cancelar si no te apetecía el plan. Pero estoy muerto de hambre.

—Espera, que pido —dijo ella, y levantó la mano para hacer una seña al camarero.

Tomaron un caldo caliente, que les sirvieron en unos tazones de porcelana antigua, un guiso

de pollo y setas, en cuya salsa mojaron unos panecillos recién hechos, y, de postre, manzanas al horno. Durante la comida, Peter no volvió a sacar el tema de la libreta, aunque sí habló animado del increíble lote de libros que había ido a valorar.

Kate se recostó en un cojín con la espalda contra la pared y cerró los ojos.

—Uf, estoy llenísima. Ha sido una cena estupenda, gracias por pensar en todo.

—¿Un café?

—No, si no, no conseguiré pegar ojo esta noche, por muy cansada que esté.

—¿Puedo preguntar por las anotaciones de tu libreta?

—Son solo cosas que tengo que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Ponerme una fecha límite para que Harrington Hall esté a la venta.

—¿No has pensado en seguir tus sueños de adolescente, continuar el negocio de tu madre?

—¿Quieres decir reabrir Harrington Hall como hostal? —preguntó Kate con cautela. Ya él lo había sugerido la noche en la que hablaron de su matrimonio, pero Kate pensó que no lo decía en serio.

—Sí. Supongamos que consigues un dinero para poder restaurar lo que hace falta y abrirlo, ¿te gustaría?

—¿Y quién se haría cargo del hotel?

—Tú.

—¿Yo? No tengo ni idea de hostelería.

—No es verdad, ayudaste a tu madre durante siglos.

—Pero ella era el alma de Harrington Hall, yo solo…

—Tú solo eras la persona que estaba a su lado más horas al día. No lo sé, Kate, veo que, incluso cuando estás de vacaciones, no sueltas el teléfono, que siempre estás tensa y cansada. Tu trabajo es tu trabajo y, a lo mejor, a otra persona le parece una locura lo que te estoy diciendo, pero siempre puedes volver a él si sale mal. Lo que está claro es que ahora no te hace feliz.

Kate se quedó callada un instante. Peter estaba hablando en serio. Por un instante, se imaginó a sí misma revitalizando la casa en lugar de venderla. Ser la dueña de Harrington Hall y desempeñar el papel de Violet era tentador. Le gustaba hablar con la gente, saber cómo eran las personas y qué las motivaba. De hecho, aquello —el trato humano— era lo que más le gustaba de la medicina. Tenía la sensación de que hacerlo era lo correcto, como si recuperar Harrington Hall como hostal la conectara con la vida de nuevo. Pero… ¿cómo iba a dejar el hospital?

—Mi trabajo me ha permitido tener una buena vida. Y tengo mucho reconocimiento profesional —reflexionó—. Sería una estupidez renunciar a algo por lo que he trabajado tanto tiempo.

—Yo creo que más que una estupidez es algo muy valiente.

—¿Valiente?

—El camino fácil es seguir haciendo lo mismo que siempre has hecho. Pero se ve que no eres feliz con tu trabajo o, por lo menos, no tanto como quieres hacer ver al mundo. Tienes éxito en tu profesión, pero también estás pendiente del teléfono todo el rato y no tienes tiempo para disfrutar de ese éxito. Al final de la jornada, estás sola. ¿Con quién compartes ese éxito?

Eso dolía. No había nadie, era verdad. Ahora menos que nunca.

—Perdona, no quería hacerte daño —apuntó él al ver su gesto de dolor—. ¿No puedes pedirte una excedencia? En vez de tomar una decisión definitiva, puedes probar otra cosa.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas. Se frotó la sien porque estaba empezando a dolerle la cabeza. No creía que Peter la hubiera calado tan bien en tan poco tiempo. El problema

era que no se veía capaz de enfrentarse a esa decisión. Últimamente, su objetivo era sobrevivir al día siguiente. Hacía tanto tiempo que no se permitía tener planes ni sueños… Patético.

—Poder, puedo —contestó—, aunque sería un poco suicidio profesional.

—Preveo un «pero».

Ella sonrió.

—También soy un desastre en la cocina.

—A cambio de una habitación, puedo ayudarte en eso hasta que consigas a alguien estable.

—Pero tú tienes tu librería.

—Oliver la lleva genial. No me necesita para mucho y podría centrarme en la valoración de libros antiguos e incunables, que me motiva mucho más.

Habló con tal seriedad y determinación que Kate lo valoró en serio. Pensó en las horas extras, en las peticiones de última hora, en las urgencias, en su vida no-vida… ¿Valía la pena el sacrificio? Era consciente de que muchas de las elecciones que había hecho no eran por ella, sino por su madre, y también era consciente de las decepciones que las siguieron. Como decía Peter, no era feliz. Su cerebro lidiaba con escenarios de todo o nada, pero nunca se le había ocurrido que podría existir un término medio.

—¿Te comprometerías conmigo en este proyecto de esa manera? No me conoces lo suficiente.

Él posó la mano sobre la suya.

—Te conozco lo suficiente como para arriesgarme.

—No quiero que te sientas obligado a ayudarme.

—No lo hago por obligación. —Un destello de dolor cruzó por sus ojos azules—. Necesito dar un giro a mi vida. Y creo que es algo que nos haría felices a los dos.

—¿Tú crees? —preguntó, entre la esperanza y la incredulidad.

Pensar en volver a abrir Harrington Hall daba alas a su corazón. Reflexionó sobre los problemas en apariencia insalvables que deberían abordarse para hacer lo que él proponía. Se sintió confusa y desorientada como pocas veces en su vida.

—No tienes que tomar una decisión ahora. Piénsalo. Aprovecha estos días para ordenar tus prioridades. Volverás a tener sueños si permites que tu día a día no acabe con ellos.

Se pusieron en marcha, en silencio, hacia el hotel con la nieve helada crujiendo bajo sus pies y el aire frío rozándoles las mejillas. En un punto del camino, Peter se detuvo frente a una verja de hierro forjado detrás de la cual se extendía un jardín y una casa de piedra roja, con el tejado negro a dos aguas y parte de la fachada cubierta por un rosal espinoso. Él descorrió el pasador de la verja y la abrió.

—Es muy bonito —dijo Kate.

En una película romántica, aquel habría sido el momento del beso con la cámara acercándose a los rostros de los protagonistas para ofrecer un plano de sus labios juntándose frente a la puerta de aquel hostal idílico y luego, un fundido en negro. O si la película era de las más explícitas, una escena de sexo elegante con claros y oscuros y música envolvente. Kate sintió una oleada de deseo que la sobrepasó. Pero aquello era la vida real, así que Peter, ajeno por completo a lo que pensaba ella, llamó a la puerta del hostal, le dio la llave de su habitación y un abrazo y le deseó buenas noches.

Ya en la cama, paralizada por la sensación de que se le escapaba el control de su vida, Kate se preguntó si estaba dispuesta a cambiar. Peter le había dicho que podía transformar las cosas organizándose, ordenando sus prioridades, pero tenía la impresión de que era incapaz de hacerlo bien. ¿Cómo le había ocurrido aquello? Ella siempre había sido de ponerse metas y conseguirlas.

Pero ahora se sentía perdida y admitir que le daba pánico salir de la zona de confort no era solución. Quizás prefería quedarse siempre como estaba, con el corazón en hibernación, como el paisaje de Silver Hill. Era mejor no involucrarse en locos proyectos con alguien que podría hacerla sufrir mucho.

Will

—Es ella —dictaminó María, viendo salir a Jenni.

—Es ella —confirmó Will.

Tom les trajo la comida y Will pegó un mordisco, agradecido por la interrupción.

—No te entiendo, Will, de verdad —siguió María con una patata en la mano—. Sé que estás estresado hasta el límite, pero no veo por qué no puedes explicárselo e intentar ir poco a poco.

—Ya me siento bastante mal, ¿de acuerdo? Esto no es una de esas comedias navideñas en las que el hombre persigue a la mujer y le enseña que la Navidad es maravillosa y todas esas cosas que te encantan. Esto es la vida real. Tengo una carga de trabajo abrumadora de aquí a junio al menos. —Se detuvo un segundo valorando si en junio habría conseguido el doctorado tal y como iban sus notas—. Y está mi «pequeña» adicción al alcohol. No quiero decírselo.

Su alcoholismo asustaría a Jenni antes incluso de que el resto de los problemas tuvieran la oportunidad de hacerlo. ¿Cómo podría alguien tan perfecto como ella empatizar con alguien que había cometido tantos errores?

—Pero…

—Tampoco me apetece hablar del tema —cortó Will, dándole un nuevo mordisco a su hamburguesa.

María hizo una mueca.

—¿Qué? —preguntó Will con la boca llena.

—Solo estaba siendo sincera.

—Fue un error dejarme llevar. Un error besarla. No debí hacerlo.

—Otros alcohólicos consiguen recuperar sus vidas y llevar una vida de pareja normal, ¿sabes? Creo que debes darle una oportunidad a esta relación. Mi opinión es que te va a venir bien. Y ella parece maja.

Will sacudió la cabeza.

—No importa. Como si fuera la mismísima Miss Universo. No tengo espacio para ella en mi vida. Demasiadas cosas, demasiada carga emocional, demasiadas complicaciones. —Las últimas palabras habían sido difíciles de decir—. No puedo convertirme en mi padre de nuevo —susurró.

Y a su mente acudió un recuerdo de ellos dos después de que muriera su madre, unas Navidades sin árbol, sin cena, en la que su padre había destrozado los regalos que Will había preparado.

María se inclinó hacia delante y volvió a apretarle la mano.

—Nunca lo harás. No eres tu padre, eres más inteligente que él; dijiste «hasta aquí» y sigues luchando por ser fuerte y construirte una vida, pero no puedes cerrarte al amor porque tuviste malas experiencias en casa. No todo en la vida son sumas y restas. Puedes sumar a tu corazón sin restar tu tiempo: se llama multiplicar.

—Creo que me he perdido en la lección de matemáticas —contestó Will con una sonrisa—. Aunque siempre he sido malo con ellas.

María le dio un manotazo.

—Sabes a lo que me refiero. Con la persona idónea, la vida se vuelve más fácil.

—¿Quién te dice que Jenni es esa persona?

—Tus ojos.

Permanecieron en silencio unos segundos. Luego, María cogió la hamburguesa y le dio un mordisco.

—Puedes pagarme en dulces cuando tengas tu primer hijo —dijo con la boca llena—. Creo que sus tartas son espectaculares.

—No creo que ella quiera.

María torció el gesto con desaprobación.

—Puede que si hablas con ella, lo entienda. Desde luego, ahora no entiende nada.

—Lo pensaré.

—Hazlo.

Will dio otra vuelta en la cama. No podía dormir. La conversación con María había hecho que volviera a ansiar una copa. El recuerdo del suave ardor del *whisky* en la boca y del placer que le seguía se apoderó de él y estuvo a punto de levantarlo de la cama. Una copa. Solo una. Una sola no podía hacer daño.

De alguna manera, en los últimos meses, había sido capaz de relegar la adicción a un segundo plano, pero, ahora, que se debatía entre si contárselo a Jenni o no, su relación con el alcohol parecía haber regresado con fuerza. Jenni tenía derecho a alguien decente a su lado, alguien que no tuviera problemas con la bebida y Will no quería ser un lastre que arrastrara a cualquiera que se acercara demasiado.

Al final se levantó y fue a la cocina. Se hizo una tila esperando que la infusión caliente lo reconfortara y lo ayudara a relajarse. El recuerdo de las palabras de su abuelo a su padre cuando se hizo cargo de él en aquella misma cocina lo detuvo en el umbral: «No eres más que un borracho inútil», le había dicho Edmund a su padre.

Él no era su padre. No sabía por qué le había hablado de él a María, nunca hablaba de él. Se le había escapado, como si no pudiera continuar guardándose dentro el dolor de convertirse en alguien parecido. Pero se arrepintió cuando vio la mirada de compasión de María. No quería que su amiga pensara que estaba intentando excusarse. Intentó bromear con el tema, pero no le había salido demasiado bien.

Presionándose la cabeza dolorida con los dedos, se dijo que tenía que acordarse de las resacas y de lo confuso que se encontraba al día siguiente de una borrachera, más que de la euforia del alcohol. Con la boca seca, se obligó a sorber la infusión mientras escuchaba las voces de las botellas que estaban en la tienda, que como sirenas tendían sus bracitos hacia él. «Estamos aquí mismo», decían.

Jenni

Durante cuatro días seguidos, había cocinado de manera compulsiva para evitar pensar en Will. *Macarons* de café con crema de avellana. Hojaldres de arándanos con *curry*. Caramelos de chocolate y nata. *Petits choux* con semillas de amapola y granada. Los dulces más complejos posibles para evitar pensar y que su diálogo interno se callara.

El beso que se habían dado no podía llegar a nada más allá. Se sentía demasiado frágil como para soportar los altibajos de una relación. Quizás en un par de años, cuando la pastelería fuera mejor y hubiera recuperado su fuerza emocional y su economía, podría plantearse tener una relación con alguien, pero no ahora. Su autoestima había quedado destrozada después de la relación con Paul y tenía mucho trabajo por delante para apuntalarla. Enredarse con Will podría destruirla. Y no era que se opusiera al romance, no era eso, pero cuando una tartaleta se ha quemado, es complejo quitar el chamuscado de los bordes. Se dio una bofetada mental. Los días de sentir pena por sí misma y lamentarse ya habían terminado, ahora era el momento de ser fuerte, de sacar adelante su negocio y de dejar de pensar en pajaritos.

Guardó los últimos caramelos en unas bolsitas de celofán y las cerró con un lazo de color plata. Metió las bolsitas en una bolsa de tela grande para llevarlas a Saint Rose. En unos días sería Navidad y Jenni quería dejar una bolsa de caramelos caseros bajo el árbol para cada uno de los residentes.

La puerta principal de la pastelería se abrió, arrastrando el frío del exterior y a Oliver, que estiró los brazos y, haciendo una mueca, abrió su abrigo para enseñarle el atuendo que llevaba debajo: un fino chaleco de color verde con botones dorados sobre una camisa con chorreras y unos pantalones verdes ajustados: el traje de narrador del invierno.

—Me faltan las botas. Son un horror. Rojas con dos bolas de Navidad en la puntera. Voy a que la costurera me las ajuste, pero no quería dejarte sin el placer de contemplarme vestido de esta guisa.

Jenni ahogó una risita. Se veía ridículo.

—Eres un narrador del invierno muy élfico —bromeó.

—No sé si eso puede considerarse un halago o un insulto.

—Imagino, si estás vestido así, que Will ha rechazado la petición de Lucilla de ser el narrador del invierno de este año.

Oliver soltó un resoplido.

—Me temo que sí. Está insoportable estos días, más de lo normal. ¿Tienes algo que ver con eso?

Jenni se sonrojó y volvió a la tarea de empaquetar caramelos. Frunció el ceño. No quería verse atrapada por la marea de emociones que la pregunta de su amigo había desatado, pero era algo incontrolable.

—No sé a qué te refieres —protestó.

Oliver hizo una pausa al ver su expresión.

—Lo siento, no quería molestarte.

—No me has molestado —replicó ella—. Estoy molesta conmigo misma, Oli, porque todo

esto se me ha ido de las manos.

Su amigo cabeceó como si no estuviera seguro de cómo continuar.

—Tal vez deberías hablar con Will.

Ella soltó una risita.

—¿De qué?

Él hizo un gesto señalando la cantidad de bandejas que estaban expuestas en la nevera del mostrador.

—De lo que te hace cocinar tanto; te conozco, Jenni.

Ella ahogó una risa.

—Tengo miedo de que me vuelvan a hacer daño.

—Eso no hace falta que me lo digas, me he dado cuenta solito. Dale tiempo. No está acostumbrado a sentirse así.

—Así, ¿cómo?

—Pillado.

—¿Pillado? ¿Por mí?

—Eres especial, Jenni. Espero que lo sepas.

—Sí, especialmente tonta.

Oliver esbozó una pequeña sonrisa y abrió la boca para contestar, pero el timbre del teléfono se llevó lo que quisiera que fuera a decir.

—Sí, ajá —Jenni asintió con el teléfono en la oreja—. Claro, sí, voy para allá.

—¿Qué pasa?

—Era Lucilla. Tiene una emergencia, me ha dicho que necesita ayuda. ¿Vamos?

—¿Vienes conmigo?

—Sí, aquí ya estaba cerrando.

—Estupendo.

—¿Ves el problema? —La voz aguda de Lucilla los recibió cuando llegaron a la base del árbol de Navidad de la residencia Saint Rose. El abeto, que presidía el patio, estaba decorado con luces y bolas de Navidad hechas por los niños del colegio cercano.

—¿Qué problema, Lucilla?

Jenni estaba tan confundida como se le veía a Oliver. Lucilla soltó un pequeño gruñido de frustración y señaló un hueco entre las ramas del abeto.

—¿No los ves? —dijo, exasperada—. Nos han invadido.

—¿Han hecho demasiadas bolas los chicos? —preguntó Oliver algo perdido.

—¡No! —Lucilla agitó la mano hacia el interior del abeto—. Son esas urracas. ¡Se han metido en el árbol y no hacen otra cosa que hacer caca!

—¡Lucilla! —gimió Jenni—. Me dijiste que era una emergencia. He cerrado antes por eso.

—Y lo es. Si siguen cagando así, no podremos hacer la exhibición debajo de las ramas del abeto. Y sin nuestro narrador del invierno, no se transmite el mensaje de paz en el mundo.

—Bueno, seguro que el mensaje se transmite de todas maneras.

—Hemos probado asustarlas con las escobas —prosiguió Lucilla sin hacer ni caso a Jenni —. Pero no hay manera.

—¿Y si llamas a John, el de control de plagas? —apuntó Oliver.

—Está ocupado con unos alces. No quiero ser devorada por alces —dijo Lucilla con la voz aún más aguda.

—Sería una historia interesante: la primera mujer devorada por un herbívoro.
—Seguro que vendrían periodistas de todo el mundo.
Lucilla los miró con gesto de disgusto.
—Algo hay que hacer con estos pájaros —resolló.
—Seguro que John puede hacer algo cuando termine con los alces.

Hojaldres de arándanos con *curry*



Ingredientes:

- una lámina de hojaldre
- 100 gr de piñones
- 100 gr de arándanos
- *curry*
- guindilla molida
- 1 yema de huevo
- azúcar glas

Extendemos una lámina de hojaldre con el rodillo y cortamos tiras de unos 2,5 cm de ancho. Las ponemos separadas sobre la bandeja, que habremos cubierto con papel de horno, y las pincelamos con una yema de huevo batida con una cucharada de agua. Repartimos sobre eso los piñones y los arándanos y los espolvoreamos con una mezcla hecha con dos cucharadas de *curry* y una pizca de guindilla molida. Lo llevamos al horno precalentado a 200 ºC durante 15 minutos. Retiramos y espolvoreamos aún calientes con azúcar glas.

Cuando estén fríos, se cortan en cuadraditos.

Kate

Kate no pensó en que elegir un árbol de Navidad con Peter fuera algo divertido. Cuando él se lo sugirió, ella no quiso desilusionarlo, pero la idea de adornar Harrington Hall sin Violet se le hacía muy cuesta arriba.

Se dio cuenta, cuando ya habían salido, de que se había dejado el teléfono en casa. Pensó en volver a buscarlo, pero luego recordó la conversación con Peter en la cena del día anterior y decidió no hacerlo. No iba a pasar nada por no tener encima el móvil. Sobre todo, ahora que Violet no estaba.

Su ánimo se oscureció al pensar en su madre. Todavía no había procesado el que ya no estaba viva. Lo había apartado de su cabeza como si fuera una pesadilla, asustada por lo rápido que podía cambiar la vida, por la sensación de bofetada de realidad que la aquejaba cada vez que se daba cuenta de que no estaba ahí. El concentrarse en el trabajo la ayudaba a no pensar en ello. Kate se apresuró a subir al coche como si huyera de aquel mundo nuevo tan frío, solitario y aterrador sin su madre.

Mientras paseaban por el mercadillo de Silver Hill, en dirección al puesto donde vendían los abetos, su cabeza volaba a su teléfono y se preguntaba cuántos mensajes y correos electrónicos se estarían acumulando. La distrajo el olor a castañas asadas. Peter le guiñó un ojo al pedir un cucurucho y pasárselo.

—Esta es la mejor manera de calentarse las manos —aseguró.

—Eso es lo que siempre dicen en las películas románticas de Navidad.

Casi después de decirlo se sonrojó, porque Peter podría entender que juzgaba la situación romántica. Él contestó:

—No pensé que te gustaran ese estilo de películas.

—Alguna he visto —respondió Kate, evasiva.

—Si esto fuera una película de esas, después de comprar el árbol y llevarlo entre los dos al coche, iríamos a casa a adornarlo y hornear galletas. —Los ojos de Peter encontraron los suyos y vio brillar la risa en ellos—. No es mal plan.

—Preferiría hornear un pastel de carne —se rio Kate.

—No me digas que tienes hambre.

—Pero tengo castañas para paliarlo.

Vio diversión en el rostro de Peter mientras sacaba una de las castañas del cucurucho, la pelaba y se la metía en la boca.

—Eres como una tenia. No sé cómo consigues estar tan delgada.

—Eso no es muy halagador. —Intentó fulminarlo con la mirada, pero era difícil mantener la seriedad—. Lo pondré como epitafio en mi tumba: «Kate Harrington, era una tenia».

—Mira, pequeña tenia, la señora Jones tiene un puesto de pasteles de carne. Si quieres uno, todavía estás a tiempo.

—Pero entonces no será esto como una película. Porque no los habremos hecho mientras suena la música.

Él se rio entre dientes. Le gustaba aquel tira y afloja, se dijo Kate. Y tenerlo a su lado.

Amigos, se recordó con firmeza mientras se acercaban al puesto de la señora Jones y compraban dos pasteles de carne deliciosos y fragantes.

Se los comieron escuchando un concierto de villancicos que daba un coro de estudiantes en la plaza. Kate mordió el pastel, disfrutando de la música y de la familiaridad de los villancicos. Cerró los ojos y se recordó compartiendo risas en aquel mismo mercado, saboreando chocolate caliente con especias, con la vida como una red de infinitas posibilidades ante sus pies. Violet la había llevado a escuchar el concierto de Navidad de la iglesia de Silver Hill desde que era pequeña y se dio cuenta de que hacía años que no iba. Siempre demasiado trabajo. El pensar en el trabajo hizo que volviera a echar en falta el teléfono y se mordió el labio con ansiedad.

Para calmarla, se acercó a un puesto de adornos navideños y compró un par, solo para arrepentirse a los veinte minutos. Después de todo, se suponía que tenía que vaciar Harrington Hall, no llevar más cosas a la casa. Peter se acercó y la tomó de la mano para llevarla al puesto de árboles de Navidad, donde eligieron un abeto pequeño.

Al llegar a casa, Kate corrió a su habitación a mirar el teléfono y dejó que Peter entrara el árbol en la casa. Doce llamadas perdidas. Una llamarada de ansiedad recorrió su piel mientras las revisaba. Tres eran de Grace, que, extrañada porque no contestara, le había dejado un par de audios con problemas de varios pacientes. Unos cuantos correos electrónicos. Nada urgente. Entró en la cocina con el teléfono en la mano y lo señaló a modo de disculpa. Peter asintió, como si no lo sorprendiera que ella hubiera ido a coger el teléfono lo primero y, casi con resignación, le tendió una infusión caliente.

Kate tomó un sorbo mientras leía los últimos mensajes y luego abrió el Calendar para programar aquellos temas que quedaban pendientes. Con horror, se dio cuenta de que todos los bloques de tiempo —incluidos aquellos reservados a comer— de la semana siguiente ya estaban ocupados con tareas. Peter tenía razón y aquello se le había ido de las manos, debería poner algunos límites, límites para que su vida profesional no se comiera su vida personal dejándola en la miseria. Se sentó con un suspiro en una de las mesas de la cocina y volvió a sorber la infusión caliente, como si con ello pudiera calentarse el ánimo.

—Espero que no haya ningún problema.

—No, no son problemas. Me dejé el teléfono en casa y tenía mil llamadas y mensajes.

—Vaya, ¿algo urgente o importante?

Kate caviló un segundo.

—No —contestó, sorprendida. No estaba dispuesta a decirlo en voz alta, pero se daba cuenta de que la mañana había sido maravillosa y que si hubiera tenido encima el teléfono, habría pasado mucho tiempo de aquella mañana contestando llamadas y mensajes, sin disfrutar con Peter. Se aseguró de que su tono fuera lo más neutral posible cuando dijo:

—La verdad es que me alegro de no haberlo tenido encima. Me lo he pasado muy bien sin pensar de forma constante en el trabajo.

—Yo también me alegro —sonrió él—. Ahora tenemos que rematar la faena. ¿Lo decoramos?

Kate suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Peter.

—No sé qué estoy haciendo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que se supone que tendría que estar vaciando Harrington Hall, no decorando contigo un árbol de Navidad en su vestíbulo.

—Ah, veo que ya has decidido el sitio —repuso, socarrón—. ¿Por qué te preocupa eso? Es

Navidad; si sigues adelante con vaciar la casa, será tu última Navidad aquí. Celébralo por todo lo alto. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—Siento que todo en mi vida, todo lo que era importante, ha quedado atrás y que estoy caminando por páginas en blanco, sin idea alguna de cuál es su trama. —Por un instante, se preguntó por qué le contaba todo aquello a Peter. Su voz se redujo a un susurro—. No sé qué es lo que quiero hacer, me siento muy perdida y me aterra resolver esto por mi cuenta. Supongo que siempre, desde pequeña, he tenido miedo a equivocarme. A no ser perfecta.

—¿Sabes? Detrás del perfeccionismo se esconden siempre los miedos. A nadie le gusta decirlo, porque es mucho mejor ser hiperperfeccionista que reconocer que te mueres de miedo. Pero no somos perfectos, ninguno, y equivocarse o tener miedo tampoco es tan terrible; la vida es pura incertidumbre.

—Tienes razón. No sé lo que hago, pero tampoco me importa. Vamos a decorar ese árbol y a la mierda el resto.

—Esa es mi chica.

Will

La pastelería al otro lado de la calle estaba a oscuras, excepto por el resplandor de las luces navideñas que parpadeaban en una secuencia de colores brillantes. Un escalofrío recorrió la espalda de Will, recordándole que estaba de pie en la nieve, con los dedos empezando a congelársele. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y levantó la cabeza a la luz de la parte superior del edificio. Jenni estaba en casa. Desde donde se encontraba, podía ver parte de la pared pintada de rojo y un trocito de un cuadro en tonos grises. Vio pasar la sombra de la chica con el teléfono en el oído y el cabello recogido en una coleta alta, y el corazón le martilleó en el pecho. El deseo lo atravesó como una puñalada en el abdomen.

Estaba allí porque la conversación con Oliver había hecho que la echara muchísimo de menos. Oliver le había contado cómo habían lidiado contra las urracas de la residencia, cómo los pajarracos los habían arañado y picoteado, resistiéndose a que los desalojaran de aquel árbol tan brillante. Y Will no dejó de reír mientras los imaginaba enredados en un torbellino de nieve en polvo, maldiciones y burlas de los curiosos que, a pesar de ser capaces de ayudar, habían preferido reírse del espectáculo. Le recordó aquella noche en la que Jenni había entrado por una ventana en la pastelería, como si fuera una ladrona. La vida a su lado no era aburrida, eso estaba claro.

Seguía sin estar listo para hablar con ella o para diseccionar qué significaba estar ahí, con el frío glacial que envolvía Silver Hill, de pie frente su ventana. No estaba preparado para aceptar que caminaba por una línea peligrosa. Pero su cuerpo, igual que cuando tenía el mono de alcohol, gritaba por ella.

El recuerdo de todas las veces que había preocupado a su abuelo con el mono le provocó un aguijonazo en el corazón y sintió la necesidad perentoria de pedirle perdón a Edmund allá donde estuviera. Alzó la mirada al cielo y, al hacerlo, captó su propio reflejo en el cristal de la pastelería. Parecía un asesino profesional con aquel gorro —desde luego, su comportamiento pecaba bastante de acoso— y los hombros tensos. «Tal vez —pensó—, si metiera la cabeza en la nieve, conseguiría relajarme».

Todavía estaba pensando en si tocar al timbre o no cuando una voz a su espalda lo sobresaltó.

—¿Will?

Jenni lo observaba desconcertada. Llevaba un chándal gris y una bolsa de basura en la mano, que dejó en el cubo frente a la pastelería.

—Hola, lo siento, no quería asustarte. Vi la luz en la ventana y estaba decidiendo si sería muy tarde para hablar contigo.

—¿Hablar?

—Sí, no fui demasiado amable contigo la última vez.

Jenni cruzó los brazos por debajo del pecho y tragó saliva.

—Es una forma de decirlo.

—Tengo que darte una explicación, pero no es fácil para mí.

—No tienes por qué darme ninguna. Ya dejaste claro que no quieres que haya una relación

entre nosotros.

Will tuvo la sensación de que a ella le costaba mirarlo a la cara. Titubeó antes de decir:

—No es que no quiera. Es que te falta una variable importante. Puede que si te la cuento, seas tú la que no quiera nada conmigo.

—Puedes contármelo. Lo que quieras. —Lo miró con expresión solemne y, como él no dijo nada, añadió—: Pero será mejor que entremos, me estoy helando. Solo salía a tirar la basura y no me he abrigado lo suficiente.

—Claro, entremos.

Rodeó la pastelería para subir por unas escaleras que estaban en un lateral del edificio y Will la siguió. Jenni se giró antes de abrir la puerta, le dirigió una larga mirada —esos ojos marrones siempre transmitían más que las palabras— y lo invitó a pasar.

El techo de la estancia era de madera blanca y se inclinaba sobre la pared roja del fondo que había vislumbrado por la ventana. El piso no era grande pero sí alegre, decorado con colores cálidos y muebles prácticos y cómodos, y estaba en perfecto orden. En comparación con aquello, la casa de su abuelo parecía austera y un poco oscura. Le habría gustado estar más tranquilo para mirar todo despacio, empaparse de los detalles, poder recordarlo más tarde, cuando ella ya no quisiera saber nada de él.

—Siéntate —lo invitó Jenni, y él obedeció, sentándose con la espalda muy recta en un extremo del sofá, como si se le hubiera olvidado cómo se sentaba uno. Jenni se frotó las manos, agradeciendo estar dentro de casa, al resguardo del frío, y se sentó delante en un puf de colores —. ¿Quieres tomar algo?

Will se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—No.

Se produjo un silencio incómodo.

—Soy alcohólico —murmuró Will al fin, como quien lo vomita—. Llevo un tiempo sobrio, desde que murió mi abuelo, pero sigo luchando contra una adicción y no quiero complicarle la vida a nadie.

—Will… —empezó a decir Jenni, pero él levantó la mano para hacerla callar.

—Déjame que termine o seré incapaz de contártelo. Sin beber, la vida debería haber sido más fácil, pero no ha sido así. Durante los primeros treinta días, me limité a respirar y a no beber. En el resto, fui un fracaso absoluto. Tuve taquicardia, fiebre, sudores, alucinaciones, temblaba todo el tiempo… El síndrome de abstinencia es una verdadera putada. Fue Oliver quien se encargó de los trámites del entierro de Edmund, yo me limité a estar. Luego, empecé a construir una vida, me dediqué a rehabilitar la casa de mi abuelo, retomé mis estudios y empecé a trabajar con Peter. Pero, cuando alguien me invita a algún evento o a tomar algo, la lucha en mi interior drena toda mi energía. Como si alguien me llenase el cerebro de cemento.

Jenni lo miraba con sus grandes ojos abiertos. Will los encontró dulces y bondadosos, pero también tristes. Ella le apretó con la mano la suya, como animándolo a seguir.

—Una noche, sentí que las manos me estaban temblando demasiado. Así que paré en una licorería, compré una botella de vino de las de tapón de rosca para poder abrirla enseguida. El dependiente me la metió en una bolsa y salí abriéndola en la puerta, sabiendo que iba a beber a propósito. Que iba a volver a caer. El pensamiento me escoció.

»Me acordé de que Oliver siempre me decía que fuera a buscar ayuda a Alcohólicos Anónimos, que no podía hacerlo solo. Volví a enroscar el tapón de la botella y la tiré en la basura. La botella se rompió en el cubo con un estruendo sordo y algunas personas se pararon a mirarme. Fue como si se me hubiera roto el cerebro, como si no me quedaran huesos en el

cuerpo. Como si me hubiera acercado al borde de un precipicio y de milagro no me hubiera despeñado. Al día siguiente, fui a buscar ayuda a Alcohólicos Anónimos y allí reencontré a María.

—¿La chica del bar de Tom?

—La chica del bar de Tom.

—Entiendo que tenéis mucho en común. Habéis pasado cosas juntos.

Will sonrió al percibir sus celos.

—No es lo que piensas, no hay nada entre María y yo. Ella también es alcohólica. Es mi madrina y mi amiga. Lleva cinco años sin beber. Ella fue la que me explicó que, cuando un alcohólico bebe, la sangre se llena de una cantidad exagerada de dopamina, la hormona del placer, alrededor de diez veces más de lo normal. El cerebro sabe que puede obtener ese placer y lo pide. Literalmente, se te va la cabeza.

—Pero ya no bebes…

—La adicción es más fuerte que el amor. Por todas partes hay bebida, planes para beber, referencias al alcohol, anuncios… Beber es algo aceptado en sociedad y abstenerse es complicado para alguien que lucha contra una adicción. Cuando otras personas beben, es como si el infierno se abriera bajo mis pies. Echo de menos beber cada día.

—Pero estás luchando contra eso —susurró Jenni.

—Por eso, porque no quiero involucrar a nadie en esto, es por lo que evito que lo nuestro vaya a más, pero a veces —esbozó una sonrisa— me pareces más adictiva aún que la ginebra.

Jenni

—¿Has cenado? —preguntó.

Will la miró confundido. «No me extraña que me mire como si me hubieran salido antenas», se dijo Jenni. El pobre muchacho acababa de abrir su alma en canal y ella le preguntaba por comida. Pero, en su defensa, cocinar siempre la había ayudado a reordenar la cabeza y ahora mismo se sentía como en *shock*.

—No —contestó él.

—Ven, voy a preparar la cena. Y hablamos con más calma con algo en el estómago.

Sus preciosos ojos marrones estaban fijos en los suyos, como si con ello pudiera averiguar qué pasaba por la mente de la chica. Menos mal que no podía verlo, porque el cerebro de Jenni ahora mismo era un verdadero torbellino. Era una locura sentirse atraída, más aún cuando sabía el infierno por el que el muchacho estaba pasando. Solo por eso debería haberle dicho «Vale, gracias por las explicaciones» y acompañarlo a la puerta. Pero no lo hizo.

Le habló de sus comidas favoritas mientras le ponía delante un zumo de tomate con pimienta y tabasco.

—¿Qué es lo más raro que has comido? —preguntó él, mirando curioso las fotos que Jenni tenía en la nevera, la mayoría de viajes y comidas.

—Caracoles en escabeche —contestó ella mientras daba un toque de especias y de limón al pollo que salteaba en la sartén—. No está tan malo como suena.

—Seguro que está mucho peor que esto —dijo él cuando ella le puso el plato de pollo delante.

—Eso no ha sonado muy halagüeño.

Él sonrió ampliamente y pinchó un pedazo de carne para degustarlo. Luego, se llevó la mano al puente de la nariz.

—Bueeeno…

—¿Qué pasa? ¿No está bueno? —Jenni se apresuró a probar el pollo, sorprendida. Puede que se hubiera pasado de sal.

Will le disparó una sonrisa maliciosa.

—Era para asustarte. Si no fuera porque no quiero que cargues conmigo, te propondría matrimonio solo por este pollo. Está increíble.

Jenni hizo un gesto burlón.

—Pues espera a que pruebes el postre. Creo que me queda un pedazo de tarta al caramelo con ciruelas pasas y crema.

Luego volvió a meterse un trozo de pollo en la boca y se recostó en su asiento.

—Lo siento, era una broma —se disculpó Will—. Lo único es que… cuando estoy contigo… Entre nosotros hay una química que es difícil de obviar. ¿Sabes una cosa? No me hagas caso. Estoy hablando demasiado, para variar. Dios —se pasó la mano por la cara—, tengo que dejar de hablar tanto.

Jenni apoyó su mano en la de él y le acarició con el pulgar los nudillos. Will tenía la piel áspera y encallecida por el trabajo manual de poner a punto la casa de su abuelo. Al notar la

caricia, él levantó la cabeza con una expresión de fragilidad. En el vientre de Jenni alzaron el vuelo una docena de colibríes. Se inclinó hacia él y de pronto sus rostros estuvieron a centímetros de distancia el uno del otro. Will tomó aire.

—Coincido en lo de la química —susurró Jenni.

Él se humedeció los labios, nervioso.

—Voy a besarte —dijo ella.

—¿Segura?

Ella le tomó la cara con las manos y le acarició con suavidad la mandíbula. Luego, subió los dedos hasta hundirlos en su pelo moreno y suave y lo besó lento en los labios y, al hacerlo, sintió que el deseo se apoderaba de ella. Un deseo tan intenso que hizo que gimiera. Fue un beso eléctrico, suave, y, sin embargo, urgente.

Se separó de Will. Los dos compartieron el aire un segundo en el que todo se detuvo, maravillados. Jenni sonrió. No era la única que se había quedado sin respiración. La mirada cálida de él la envolvió como si fuera chocolate fundido. Después, con impaciencia, Will le sujetó la cara con las manos y volvió a besarla. Cuando Jenni le acarició la lengua con la suya, él dio un gruñido y el sonido encendió algo en el interior de Jenni, algo que llevaba mucho tiempo muerto. Gimió cuando el beso de Will ganó en ardor, retándola en un duelo de lenguas.

Aún abrazados, él se separó de nuevo. Se quedaron así, ambos sin aliento, los labios separados por milímetros.

—Jenni —murmuró él—. ¿No necesitas pensarlo? No quiero hacerte desgraciada.

Ella le metió las manos bajo el jersey y se rio al ver cómo él inhalaba con brusquedad una bocanada de aire. Siempre tenía las manos frías.

—No soy de las que maceran las cosas más de lo necesario.

—Me alegra escucharlo. Considéralo una de tus mejores cualidades, incluso más que tus ojos. O que tu trasero.

Ella se echó a reír, pero la carcajada se diluyó cuando notó las manos ásperas bajo la ropa y cómo los dedos progresaban por su espalda en una caricia tierna. Sintió un estremecimiento de placer.

—Will —suspiró.

—¿Sí?

Pero él no se apresuró a levantar la cabeza, sus dedos buscaron uno de sus pechos y acariciaron el pezón, arrancándole un nuevo gemido. Will le levantó la camiseta por la cabeza, la arrojó al suelo y sus manos volvieron a recorrer la piel de Jenni. La chica sintió su aliento cálido sobre el pezón.

—No puedo mantenerme en pie… —dijo con un jadeo.

Él se rio y la cogió en brazos para besarla antes de caer sobre el sillón de la sala. La miró desde arriba mientras se quitaba los pantalones y dejaba ver una erección tras el calzoncillo.

—Eres preciosa.

Y Jenni se sintió así, desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla. Extendió hacia él los brazos y Will se unió a ella.

Tarta al caramelo con ciruelas pasas



Ingredientes:

- Para la masa:
  - 100 gr de mantequilla
  - 125 gr de azúcar
  - 1 sobre de azúcar avainillado
  - 2 huevos
  - 150 gr de harina de repostería
  - 50 gr de harina de maíz
  - levadura en polvo
- Para el relleno:
  - 500 gr de ciruelas pasas
  - 4 huevos
  - 150 gr de azúcar
  - 150 gr de mantequilla
  - 2 cucharadas de caramelo líquido
  - 750 gr de requesón
  - 100 gr de harina de maíz

Batimos la mantequilla reblandecida con el azúcar y el azúcar avainillado. Le añadimos los huevos y volvemos a batir. Con una cuchara de madera, agregamos las harinas y una cucharadita de levadura en polvo. Lo mezclamos bien y lo disponemos en un molde engrasado con mantequilla. Horneamos 20 minutos a 180º en horno precalentado.

Por otro lado, montamos las claras a punto de nieve con un pellizco de sal. Batimos aparte el azúcar, la mantequilla reblandecida, el caramelo líquido y las yemas. Mezclamos el requesón con la mezcla anterior y, al final, agregamos las claras a punto de nieve, la harina de maíz y las ciruelas pasas.

Vertemos esta mezcla sobre la base y llevamos de nuevo al horno otros 50 minutos. Lo dejamos reposar 10 minutos en el horno apagado. Se puede tomar frío o caliente con unas natillas o una crema inglesa.

Kate

Cuando Kate entró en la cocina temprano, se sorprendió al ver a Peter ya levantado acunando entre sus manos un café. Él alzó la cabeza al verla y le lanzó una sonrisa traviesa, cómplice, que hizo que el estómago se le tensara y la lujuria se mezclara con mortificación. Ella no era de esas mujeres que ligaban con cualquiera que se pusiera a tiro, pensó Kate. Y él no le había demostrado estar interesado en absoluto. No iba a liarse con un hombre que estaba pasando por un divorcio. Hablaría de trabajo, decidió. Eso era un tema neutral.

—Hola, sí que has madrugado —dijo—. ¿Vas a ir a la librería?

Encontró unos cereales, les agregó yogur y se sentó a comerlos frente a él. Peter levantó la cafetera.

—¿Quieres?

—Por favor.

Le pasó una taza. Le sonrió de nuevo y Kate parpadeó. Una vez más, el deseo recorrió sus arterias como una descarga.

—No, no voy a ir —contestó él, ajeno a la tormenta que desencadenaba con cada movimiento—. Pensaba meterme a clasificar los libros de la biblioteca que me has ido apartando para que Oliver pueda llevarlos mañana a la tienda.

Kate sorbió un poco de café, intentando no temblar.

—¿Y tú?

—Yo voy a dar un paseo para no pensar en lo que tendría que estar haciendo.

—¿No estás de vacaciones?

—No sé estar de vacaciones. —Dio un sorbo al café y dijo—: Ven conmigo.

Había formulado la petición antes de darse cuenta de que las palabras se formaban en su boca.

—¿A dar un paseo? —Él levantó la mirada, sorprendido.

—Lo siento —se excusó Kate a toda prisa—. No es la mejor idea, ya me has dicho que querías trabajar.

Lo vio inclinarse hacia delante.

—En realidad —murmuró en un tono más bajo—, dar un paseo contigo es lo que más me gustaría hacer ahora mismo.

Apuró el café y se metió el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuándo te vas?

—¿En serio vienes conmigo?

Era demasiado tarde para fingir que no la alegraba que la acompañara.

—¿Era una broma? ¿No quieres que vaya?

—No, no, me encantaría que vinieras, claro que sí.

Otra vez aquella sonrisa. «Oh, por favor —dijeron sus ovarios—, imagínate lo que podríamos hacer con ese material genético».

—Estupendo, pues espera, que me abrigo un poco y vamos.

Kate pensó que ella no necesitaba abrigo. Un calor intenso la devoraba a pesar de que desde

la ventana veía cómo la nieve se acumulaba fuera, mucho más copiosa que el día anterior.

Momentos después, salieron a la claridad de la mañana. En el exterior, la blancura alcanzaba los cielos grises y el viento soplaba tenue desde el lago próximo, haciendo que la temperatura bajara cada vez más. Él la contemplaba con aquellos ojos azules en los que tan difícil se le hacía vislumbrar nada.

—Kate…

—¿Sí?

—Vas poco abrigada —le dijo, abrazándola y arrancándole un chillido de sorpresa.

Kate se sintió un poco idiota. Llevaba viviendo en Silver Hill toda su vida, sabía cómo abrigarse para dar un paseo matutino en diciembre sin riesgo de congelarse, pero Peter parecía haber dinamitado sus pensamientos racionales con solo tocarla.

—No tienes que hacer esto, volveré para atrás y cogeré más abrigo.

Él se rio y deslizó un brazo por sus hombros estrechándola contra su pecho. Ella sintió como el calor cubría sus mejillas.

—No hace falta, te abrigo yo.

—Bueno, gracias.

Bajaron con precaución el camino hacia el pueblo; él, con el brazo sobre sus hombros, ella, tensa. Pero no siguieron por la carretera, torcieron por un camino vecinal y luego, tierra adentro, entre unos robles a los que movía el viento y que formaban un pasillo dentro del bosque. Kate ya no tenía frío, sino un calor interno de lo más agradable, mitad a causa de la caminata, mitad por la presencia amable de su acompañante. Estar con Peter era casi tan agradable como estar sola. Pensando en eso, comentó:

—Me lo pasé muy bien ayer. Reconozco que fue bueno que me olvidara el teléfono en casa, porque sé que, si lo hubiera llevado, habría estado todo el rato consultándolo.

Peter hizo una mueca.

—Tienes un problema con eso.

Ella se apartó de él, molesta, sintiendo la puñalada de la verdad y no queriendo reconocerla.

—No creo que puedas entender la responsabilidad que tengo sobre mis hombros —dijo con el corazón acelerado—. Si no hago las cosas bien, lo que falla no son cuentas, sino vidas humanas. Tú puedes delegar porque tienes gente apoyándote y das por sentado que es así en todos los sitios, pero no.

—Explícame por qué no. Por qué tienes que ser tú la que mueva todos los hilos, por qué no puedes delegar en otro profesional.

Había una serenidad aplastante en la voz de Peter.

—Porque… —los ojos de Kate brillaban de ira—, porque no sería responsable por mi parte.

—¿Responsable? ¿No es responsable trabajar en equipo? ¿Sabes lo que es trabajar en equipo? Creo que no y por eso no sabes delegar. Tal vez esa obsesión por el trabajo te ha llevado a olvidar que tienes una vida.

Se miraban el uno al otro como dos contrincantes en un *ring*. Peter la estudiaba con la mandíbula contraída, como si no acabase de creerse del todo lo que había dicho. Kate empezó a temblar mientras luchaba para controlar las lágrimas. Odiaba que sus palabras tuvieran tanto trasfondo de verdad. Podría haber gritado y haberse rasgado las vestiduras, pero susurró:

—¿Cómo puede alguien que no tiene vida decirme que yo me he olvidado de tenerla?

Él se acercó para abrazarla, pero ella se dio la vuelta y corrió hacia la casa, ignorándolo cuando Peter la llamó para que se detuviera.

Will

La luz del sol se filtró por las cortinas de la habitación y Will parpadeó, aturdido. Despertar fue para él como ascender desde las profundidades del océano. Negro, luego, un verde oscuro y, al fin, la luz cegadora de la mañana. No recordaba desde cuándo no dormía tanto y tan profundo. Ni sueños ni pesadillas que lo hacían despertar con la sed anudada en la garganta. Se giró y una sonrisa se dibujó en sus labios. Jenni dormía a su lado, la observó en la semipenumbra: el rostro sereno, el cabello esparcido por la almohada. No pudo evitarlo, levantó una mano y le acarició la mejilla. Ella se estiró, pero no hizo ademán de abrir los ojos.

Con cuidado para no despertarla, se incorporó en la cama y se deslizó fuera de las sábanas. Buscó la ropa por el suelo, donde la había tirado con prisas la noche anterior. Se vistió y le escribió un mensaje en su móvil: «Tengo que irme a trabajar, pero gracias por ser tan especial. Te llamo más tarde».

Al salir de la habitación, con los zapatos en la mano, volvió la vista atrás con un anhelo hasta ese momento desconocido, intentando capturar en la memoria la imagen adorable de la chica dormida con el pelo revuelto. Cruzó la casa, se puso los zapatos y salió a la calle.

La mañana lo recibió con una brisa helada que despertaba poco a poco a la ciudad. El cielo se teñía de colores claros y, más allá de los árboles que bordeaban las aceras, una nube alargada y oscura, como dibujada al carboncillo, ocultaba el sol. Olía a tierra húmeda. Will se detuvo un instante para llenar los pulmones. Necesitaba pensar. Sobre lo sucedido y sobre lo que iba a pasar a partir de ahora. Debería haber tenido las manos quietas, pero en lo que a Jenni se refería le costaba mucho hacer lo correcto. Esperaba no defraudarla. Se sintió tan agradecido porque ella quisiera estar a su lado que casi tembló al pensarlo.

—Qué sonrisa me traes hoy —le dijo Oliver en cuanto Will entró en la librería con dos cafés en la mano.

Él se sentía radiante, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima y todos pudieran ver su brillo.

—Oliver, amigo mío, el mundo es hoy maravilloso.

Oliver levantó una ceja.

—¿Quién eres y dónde está mi amigo?

Will volvió a sonreír, pero no contestó. Sintió de pronto una oleada de calor que lo reconfortó interiormente, rodeándole el corazón.

—Si esto tiene algo que ver con Jenni —prosiguió Oliver—, que sepas que me alegra mucho. Por los dos.

—Gracias, Oli. Pero puedes alegrarte por mí. Jenni no se lleva un caramelito.

Oliver hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Eres un buen tipo, Will. ¿De verdad vas a permitir que tu adicción te defina para siempre? ¿Que no te permita ser feliz?

Will permaneció callado unos segundos antes de responder:

—No. Tienes razón.

Oliver le puso una mano en el hombro.

—No tienes idea de lo orgulloso que me siento por todo lo que has conseguido. Aunque suene condescendiente.

Will, desprevenido, reflexionó. El entierro de su abuelo. Los papeles de la herencia. Sus recuerdos de los primeros días eran vagos, envueltos en una nube de sudor frío y de ansias por beber. El trabajo en la librería. Las reuniones de Alcohólicos Anónimos. El proyecto de la residencia de ancianos para su proyecto de fin de carrera. Oliver había estado como un pilar en cada uno de los pasos que había dado en el último año. En esa triste encrucijada de su vida, su amigo había sido una roca.

—Tenía miedo cuando regresé —confesó—. Miedo de contarte lo que me pasaba. Me sentía tan perdido…

—Lo sé.

—Pero gracias a ti puedo pensar por primera vez en que el pasado no definirá mi presente. Gracias, Oliver, de verdad.

Su amigo le dio un abrazo fuerte.

—Creo entonces que me debes una, Will.

—Te debo mil.

—La una que me debes se llama narrador del invierno.

Will gimió y Oliver soltó una carcajada. El sonido de una llave en la cerradura de la librería los distrajo. Peter entró por la puerta. Se quitó el gorro con un gesto sombrío. Will pensó que nunca lo había visto tan enfadado.

—Huele a café —dijo el librero.

—Puedes tomarte el mío —le tendió Will—. Yo iré a por otro.

—No, no te vayas. Me hago uno en la trastienda. —Se dirigió hacia allí y su voz se superpuso al traqueteo de la cafetera al ponerse en marcha—. ¿Hemos recibido el pedido de la residencia?

Oliver contestó:

—Ya hemos desembalado y marcado casi todos los libros. Solo queda una cajita de marcapáginas, pero no nos llevará demasiado tiempo.

—Vaya, qué rápido —contestó Peter, asomando la cabeza, algo asombrado.

—Somos un gran equipo. —Oliver le guiñó un ojo a Will.

—Lo somos. —Will se dirigió entonces a su jefe—. ¿Qué tal la biblioteca de Harrington Hall? ¿Cuándo quieres que vayamos a por las cajas?

Enseguida se dio cuenta de que no debería haber hecho esa pregunta. La cara de Peter se ensombreció.

—Tengo que buscar otro sitio donde quedarme y trabajar en ese tema cuando Kate termine sus vacaciones.

Oliver enarcó las cejas.

—¿Y eso?

Peter suspiró.

—Digamos que las cosas entre nosotros se han vuelto un tanto tensas.

Jenni

Jenni dejó la caja en el suelo para dar con los nudillos en la puerta de la antigua casita de Edmund. No había estado allí desde hacía siglos y se notaban las pequeñas mejoras que Will iba haciendo en la vivienda. El camino de la entrada estaba ahora pavimentado con lascas de piedra natural y bordeado de arbustos, el porche lucía orgulloso una nueva capa de barniz y los tablones de la puerta, un color gris perla muy bonito. Volvió a tocar.

Will le abrió y, al verla, su mirada se volvió más suave. Se hizo a un lado, ella levantó la caja del suelo y entró, quitándose la bufanda con un ademán aliviado por la temperatura del interior. La vieja casa le ofreció una bienvenida tan cálida como su dueño actual.

No había vestíbulo, sino que la puerta se abría al salón, pero Will había puesto un banco al lado de la entrada —donde Jenni dejó la caja— y un perchero del que ya pendían varios abrigos. Colgó allí su bufanda y su abrigo.

La sala estaba llena de una combinación ecléctica de muebles antiguos en diferentes procesos de restauración. Respiró profundo para calmar su corazón y el olor de la casa le inundó las fosas nasales. «Cada casa tiene un olor especial», pensó. La casita de Will olía a una mezcla particular entre pan, aire salado, pintura y leña. Al fondo de la sala, la chimenea ardía alegre.

—Esto es increíble —dijo, haciendo un gesto con la mano que englobaba toda la habitación —. Siento que estoy presenciando algo maravilloso. Ya sabes, algo así como una crisálida, excepto que esto es una casa entera que está renaciendo.

Will se sonrojó.

—Gracias. Voy más lento de lo que me gustaría. Antes no era mi casa, era la de mi abuelo, pero poco a poco voy transformándola en algo mío.

—Ya lo es —respondió Jenni, y asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. ¡Vaya!

La habitación era amplia y sencilla, con muebles de madera pintada de blanco y una encimera oscura. En el horno, se calentaba una empanada de carne.

—¿La has hecho tú?

Él le guiñó un ojo.

—El secreto más importante es saber dónde encargarla. La he comprado de regreso de la librería. ¿Te apetece quedarte a cenar?

—Me apetece —contestó ella, contenta—, pero en realidad he venido a ofrecerte apoyo moral.

—¿Apoyo moral?

—Pensé que podrías necesitar un hombro sobre el que llorar cuando veas lo que te envía Oliver. —Señaló la caja que había dejado en el banco de la entrada—. Pero el espectáculo debe continuar. Además, siempre me han gustado los elfos.

—Oh, no —gimió Will—. Pensé que se habría olvidado.

Fue hacia la caja y la abrió. El espantoso traje verde del narrador del invierno se burlaba de él desde el interior.

—Es supersexi, ¿eh? —se burló Jenni.

—Da un poco de miedo ponérselo —contestó él.

Jenni entrecerró los ojos, como si estuviera imaginándoselo. Había una parte de ella, la más impulsiva, que quería acercarse y darle un beso al ver la cara de frustración de Will.

—No puedes vivir en Silver Hill y escapar a la influencia de Lucilla.

Will se rio, se acercó a ella y la atrajo hacia él rozándole con los labios la mejilla. Por un segundo, un remolino de sorpresa le anudó el estómago a la chica. Aquello era real, tanto como el suelo que pisaba, supo que no iba a desaparecer, sino que lo que sentía por él iba a hacerse más profundo y fuerte a medida que pasara el tiempo. Y saberlo era un alivio dulce después de lo que había pasado con Paul. Enroscó los brazos alrededor de la cintura de Will, apoyó su frente en la de él y rozó su nariz con la punta de la suya. Entonces él se apoderó de su boca y los sentimientos abandonaron su cuerpo. Un momento antes había pensado en que era real como el suelo que pisaba y, ahora, estaba flotando.

Enterró las yemas de sus dedos en el cabello de Will y él jadeó. Jenni sonrió contra su boca cuando la presión en sus caderas aumentó, no había espacio entre ellos, pero no estaba segura de sentirse lo suficientemente cerca. Su boca descendió hacia el cuello de Will y el tiempo empezó a girar, lento, rápido, mientras sus manos iban memorizando diferentes partes del cuerpo del otro.

—Me gustas —le dijo él, atrapando su rostro entre las manos—. Mucho. Me inspiras, me haces reír.

—¿Pero?

Will negó con la cabeza, su voz era apenas un susurro. Levantó la mirada para enfrentar la de Jenni.

—Tengo la sensación de estar robando esto. De que no lo merezco. Me gustas, Jenni, no puedo fingir que me has despertado después de mucho tiempo insensible.

—Entonces, no temas nada —dijo Jenni, besándolo dulce en los labios—. Tú también me gustas, Will, tanto que me asusta.

Jenni se obligó a sonreír. Quería eso, pero estaba aterrorizada. El amor puede terminar en dolor, había sido la lección angustiosa aprendida con Paul. Pero todo le decía que aquella vez el riesgo merecía la pena. Las emociones brotaban de su interior como si fueran una cacerola de agua hirviendo y no tenía ninguna intención de contenerlas.

—Arriesguémonos —susurró antes de inclinar la cabeza y acariciar con sus labios los de él. Tragó saliva—. Tal vez necesite una sesión de sexo salvaje para convencerte.

Will la volvió a apretar contra él y Jenni pudo notar como le retumbaba el pecho al reír.

—Creo que has venido al lugar apropiado para eso.

La besó con pasión y Jenni sintió que todo su cuerpo estallaba en llamas.

Empanadas de carne



Ingredientes:

- 2 láminas de hojaldre precocinadas (puedes hacer la masa, pero para ahorrar tiempo, lo haremos como Will)
- 150 gr de carne de cerdo picada
- 2 lonchas de beicon picadas
- 2 dientes de ajo
- 2 tomates
- 1 cebolla
- cilantro
- vino blanco
- 1 huevo duro y 1 crudo
- una lata de ensalada de pimientos
- pimienta blanca
- nuez moscada
- canela
- azúcar
- 1 lata de maíz dulce

Añadimos a la carne picada las lonchas de beicon en pedacitos muy pequeños o directamente picadas en la picadora. En una sartén honda, hacemos un sofrito con el ajo, los tomates pelados y una cebolla, todo picadito. Le añadimos la carne, un chorro de vino blanco, cilantro fresco picado y dejamos que se haga a fuego lento 5 minutos, removiendo para que no se pegue. Retiramos del fuego y añadimos a la mezcla el huevo duro picado, un par de pimientos de lata picados, una pizca de pimienta blanca, nuez moscada, una chispa de canela y una puntita de azúcar. Cuando esté frío, añadimos una lata de maíz dulce escurrida.

Extendemos una lámina de hojaldre sobre un molde engrasado, la pinchamos varias veces con un tenedor para que no se infle en el horno y la metemos en el horno precalentado a 180 ºC durante 20 minutos. La rellenamos con la mezcla de carne anterior y la cubrimos con la otra lámina de hojaldre. Podemos hacer dibujos o un enrejado con los restos del hojaldre sobre la lámina. Pincelamos la superficie con un huevo batido y volvemos al horno a 180 ºC durante 30 minutos más.

Kate

Kate estaba en el dormitorio de su madre, clasificando, furiosa, montones de pertenencias e ignorando adrede los mensajes que iban entrando en el móvil. ¿Quién se creía Peter para juzgarla de aquella manera? El librero había desaparecido después de su pelea y no lo había visto desde entonces, se negaba a preocuparse por si iría a dormir o no. Después de todo, no era nada suyo. La interrumpió alguien llamando con fuerza a la puerta trasera.

—¿Quién demonios será a estas horas? —se preguntó, bajando las escaleras.

En la puerta, había dos hombres de mediana edad que le sonreían alegres. Detrás de ellos, dos *trolleys*.

—Perdone que la molestemos. Nos quedamos hace unos años aquí y estamos de paso por negocios. El tiempo nos ha hecho retrasarnos y nos preguntábamos si les quedaría alguna habitación libre. Hemos llamado, pero no nos habéis cogido el teléfono. Y es que no localizamos ningún sitio donde quedarnos por la zona, está todo a tope en estos tiempos navideños.

Por un momento, Kate estuvo a punto de explicarles a aquellos dos hombres que Harrington Hall estaba cerrado de manera definitiva y que ya no admitían huéspedes, pero luego decidió no hacerlo.

—Sí, lo siento, estamos cerrados porque Violet Harrington, la propietaria, ha fallecido, pero si me dan unos minutos, les preparo unas habitaciones. No voy a dejarlos en la calle.

—¿Está segura? Se lo agradecemos mucho y siento mucho lo de Violet. Era una persona encantadora. Nos encantaba visitar Harrington Hall cuando nuestro trabajo nos obligaba a pasar por aquí.

Kate se apartó para dejarlos entrar y los hizo pasar a la sala. El árbol de Navidad que habían decorado parecía triste sin las luces, así que lo encendió, alegrando enseguida la habitación. Luego, colocó unos cuantos troncos en la chimenea, añadió una pastilla de encendido, encontró las cerillas y encendió el fuego. Acomodó a sus dos inesperados clientes en sendos butacones frente a la chimenea con dos copas de *whisky* y se fue a arreglar dos habitaciones donde poder alojarlos.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que, mientras encendía las calefacciones de las habitaciones y hacía las camas, pensando en qué podría darles de cenar, estaba empezando a divertirse.

Cuando la puerta volvió a sonar, Kate ya había preparado las camas y ubicado a cada uno de los dos empresarios en su habitación con la promesa de una cena en media hora. Peter estaba en el umbral y Kate sintió que su ansiedad ascendía como la espuma mientras veía su rostro confuso.

—¿Por qué no has entrado con tu llave?

—No sabía si ibas a dejarme entrar de nuevo —contestó él mientras ella lo miraba todavía sosteniendo la puerta—. Lo siento, Kate. No tenía derecho a meterme en tu vida de esa forma.

—No había necesidad de atacarme —respondió ella, dolida—. Entra, estás dejando salir todo el calor.

La puerta se cerró tras él. Kate inspiró profundo y luego expulsó el aire retenido. Estaba

decidida a no mostrarse débil, a no temblar ni llorar ante Peter. Este continuó, atribulado:

—No quería hacerlo, créeme. Siento mucho haberme metido en algo que no es mi problema, nunca debí decirte esas cosas sobre tu trabajo, puedo ver lo duro que debe ser y que te has ganado cada uno de tus logros. Puedes hacer lo que quieras con tu vida, es solo que…

—¿Qué? —Kate se horrorizó al sentir en la garganta un nudo que ahogaba su pregunta—. ¿Es solo que soy una asquerosa adicta al trabajo?

Peter se acercó a ella y le cogió las manos.

—No, haces lo que puedes y estoy seguro de que tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Pero… ¿a qué precio? Eso es lo que piensas.

Peter se encogió de hombros.

—Solo tengo que hacer un pequeño esfuerzo más para recoger Harrington Hall y cerrarlo —prosiguió ella—. Has dicho todo lo que pensabas, déjame hacerlo y no me obligues a tomar decisiones que no quiero. Igual que yo no te obligo a ti.

«Por ejemplo, aquí tienes una oportunidad de empezar de nuevo. Conmigo. Y ahí estás, sin moverte», pensó. Pero se contuvo de ir tan lejos, aquellas palabras no hubiera podido borrarlas.

—No es tan sencillo.

Peter esbozó una sonrisa triste que desapareció enseguida.

—¿Qué quieres decir?

—Me resulta complicado mantenerme al margen, ser tu amigo solo cuando quiero ser más, confiar en ti y que tú confíes en mí, que me dejes mostrarte lo que veo. Pero es posible que sea el único que se siente así.

Hubo un segundo de silencio antes de que ella contestara:

—No eres el único.

Kate vio la expresión de placer en el rostro de Peter antes de continuar diciendo:

—Pero no puedes cambiar mi vida a tu gusto. Y estás en un momento complejo, quizás, si nos hubiéramos conocido en otro momento, de otra forma…

Él se separó, metió las manos en los bolsillos del pantalón y a Kate, por un instante, le pareció que lo hacía para alejarse. En ese instante, se oyeron los pasos de uno de los dos inesperados huéspedes en la planta superior. Los ojos de Peter se abrieron con alarma.

—¿Hay alguien en la casa?

Kate le contó lo que había pasado, le habló de que eran dos antiguos huéspedes y que no había tenido valor para echarlos. Las mejillas le ardieron al ver la sonrisa en la boca de Peter.

—Vamos a hacer la cena —dijo cuando ella terminó con las explicaciones.

Kate no sabía si sentirse aliviada o furiosa.

—¿No me crees capaz de hacerla?

—Te creo muy capaz, pero seguro que te encantaría tener algo de ayuda. Trabajar en equipo.

Kate lo miró largamente, esperando a ver si él decía algo más, pero vio en sus ojos divertidos la resolución de que su pequeña escaramuza quedara atrás.

—Vale, no te niego que un poco de ayuda no me vendría mal —contestó, ignorando el aleteo de su corazón cuando él la cogió de la mano para entrar en la cocina.

—¿Qué habías pensado servir de cena? —preguntó él con una sonrisa descarada.

—Pasta con verduras. Es lo único que podría presentar decente.

—Estupendo. Vamos con ello.

Peter preparó una estupenda lasaña y, mientras él picaba la verdura, Kate se dedicó a preparar una ensalada con la que acompañarla. Le sirvió a Peter una copa de vino blanco frío y

sus ojos se encontraron, los de Peter brillaron con diversión. El pulso se le disparó a Kate de forma frenética. Le gustaba tenerlo allí, como si compartieran su vida. No estaba acostumbrada a sentirse así. Le encantaba verlo cocinar, las risas compartidas. ¿Cómo habían llegado a eso en menos de diez días?

—Huele genial —dijo, mirando el horno donde él acababa de colocar la fuente de lasaña.

—Tú también hueles genial —respondió él, y se inclinó para besarla en los labios. Fue un beso breve pero cálido, que se abrió paso en el interior de Kate como si la abrasara. Se quedó mirándolo aturdida, deseando volver a besarlo. Volvieron a escuchar a los huéspedes moverse en las habitaciones superiores. Kate se mordió el labio inferior. Una parte de ella quería olvidarse de que había dos hombres esperando una cena, pero otra seguía reteniéndola. Volvió a besarlo y se separó señalando al techo con una sonrisa.

—Creo que será mejor que ponga la mesa.

Will

—No lo dices solo para hacerme feliz, ¿verdad? —Oliver chasqueó la lengua—, porque no es justo hacerme ilusiones y luego, aplastar mi pobre corazón con la cruda realidad.

Will abrió la puerta de la residencia Saint Rose con la caja de libros para el amigo invisible en los brazos y suspiró.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un intenso? Te lo prometo —dijo—. No te dejaré en la estacada con lo del narrador del invierno. Te debo muchas, así te devuelvo algo.

—Genial. —Oliver hizo una pausa larga antes de apostillar—. No es tan malo como lo pintan, ya verás.

Will no pudo reprimir un bufido. Los dos entraron en la sala donde se estaba preparando el evento de Navidad. La habitación olía a ramas de abeto y a limones, como si el piso de madera envejecido estuviera parcheado de canela y cítricos. Will colocó las cajas en una esquina de la sala. Había sido sencillo para él, más sencillo de lo que esperaba, preparar las peticiones de libros del amigo invisible, ni siquiera había tenido que molestar a Nancy Harris con dudas porque conocía las preferencias de casi todos los residentes. Era extraño cómo en tan poco tiempo había llegado a sentirse como en casa entre toda esa gente.

—Hola, chicos —saludó la misma Nancy, asomando la cabeza desde detrás de un enorme tablero pintado con purpurina—. Si quieres ayudarme con esto, Will, te lo agradecería en el alma.

—Se ha empeñado en poner en ese tablero los menús y organizar las mesas —resopló Rodney—. Ni que la fiesta de Navidad fuera una boda.

—Así todo el mundo sabrá dónde tiene que sentarse —repuso la abuela de Jenni, como si se lo explicara a alguien lento de entendimiento. Rodney le sacó la lengua y Oliver se rio.

—Por cierto, chico, me temo que Jenni no está aquí hoy —apuntó el anciano, dirigiéndose a Will. Este se sonrojó, pero no dijo nada.

—¿Qué más dará eso, Rodney? —bufó la mujer.

El hombre se encogió de hombros.

—Él siempre la busca cuando llega.

Nancy puso los ojos en blanco, pero había una pequeña sonrisa en sus labios cuando se dirigió a los muchachos.

—¿Habéis empaquetado los libros?

—Por supuesto —respondió Oliver—. ¿Por quién nos tomas, Nancy?

—Por dos pipiolos —se rio la mujer.

La puerta se abrió y el corazón de Will dio un salto. Los ojos de Jenni se iluminaron al verlo dentro de la sala y él se apresuró a ayudarla con las cajas que llevaba en los brazos.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo. Y lo besó en los labios.

Will pudo escuchar los aplausos de los ancianos que los miraban.

—Hemos venido a traer los libros del amigo invisible.

—Pues yo vengo con regalos —replicó ella. Colocó una caja con bebidas sobre una mesa y empezó a repartirlas—. Descafeinado para ti, Nana, con una pizca de chocolate.

Su abuela le dio un beso mientras tomaba la bebida.

—Chocolate para Rodney, con malvaviscos y una pajita de caramelo.

—El doctor Michaels le va a cantar las cuarenta si se entera —la reconvino su abuela.

—Pero no tiene por qué enterarse. —Jenni le guiñó un ojo a Rodney.

—Eres una joya, Jenni —sonrió el anciano—. Muchacho, eres muy afortunado.

—Es cierto —contestó Will con una sonrisa.

—No sabía que estabais aquí —prosiguió Jenni, algo ruborizada—, pero tengo chocolate en un termo en la furgoneta si os apetece.

—¿Quieres, Will? —preguntó Oliver—. Dame las llaves, Jenni, yo voy a por él.

Ella se las lanzó y el muchacho salió de la sala.

—Por cierto, Will, Lucilla quiere que recites un poema.

—Déjame adivinar; cuando le dijiste que por encima de mi cadáver, le dio lo mismo.

Jenni soltó una carcajada.

—Algo parecido.

—En resumen, espera que dé un discurso de Navidad y lea un poema usando ese espantoso disfraz de elfo.

Rodney le dio una palmada en el hombro.

—No te afijas, hombre, seguro que te sienta fenomenal.

—Tómatelo como si fuera un *cosplay*.

—O… —intervino Oliver, entrando con el chocolate— podrías decirle a Lucilla que no quieres.

Nancy, Rodney, Jenni y Will se lo quedaron mirando como si le hubieran salido tentáculos en la cabeza.

—¿Estás loco? —preguntó Rodney—. Nadie le dice que no a Lucilla.

—Tú no se lo has dicho nunca —espetó Will.

—No me importa hacer de narrador del invierno —contestó Oliver, encogiéndose de hombros—. Pero me encanta que otro lo haga por mí.

—Porque te debo muchas, porque sabes que estaré teniendo pesadillas hasta ese día con el hecho de que usaré mallas verdes.

—Estaremos todos mirando tu mitad inferior —comentó Oliver.

—Gracias por estresarme todavía más.

Jenni se rio. La forma en que arqueaba la cabeza cuando se divertía era adictiva, pensó Will. Todo en ella lo era: la chispa de sus ojos, sus curvas suaves, la ternura que ponía en todo. Estaba completa y perdidamente enamorado. Pero la culpa seguía ahí. Un pensamiento amargo que rondaba su cabeza como si fuera un gusano. Esperaba no cagarla.

Jenni

Jenni entrelazó los dedos con los de Will mientras él la acompañaba a su furgoneta.

—Jenni —susurró él, tirando de la mano para acercarla a su pecho—. Necesito preguntarte algo.

Ella lo miró con un surco entre las cejas, nerviosa. Quería pedirle a Will que volviera con ella a casa, pero no sabía cómo hacerlo. Sintió un nudo en la garganta y supo que le llevaría un tiempo acostumbrarse a la nueva situación. Sobre todo, porque, ante la sugerencia de «tenemos que hablar», había entrado en modo pánico.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría… —Will hizo una pausa, porque era difícil expresar lo que sentía con palabras—. Me gustaría que vinieras conmigo a casa esta noche, pero no quiero invadir tu vida, me he equivocado tantas veces que ya no confío en nada de lo que hago.

El corazón de Jenni se le hinchó de alegría y se rio al darse cuenta de que los dos tenían la misma idea en la cabeza.

—¿Quieres que vaya a tu casa? ¿Seguro?

—Segurísimo.

—No puedo impedir que cometas errores, Will, pero me encanta que invadas mi vida así. —Le pasó la mano por la mejilla—. Escúchame, mejor ven tú a la mía, tengo que dejar preparadas cosas en la pastelería para mañana. Así me ayudas.

Will tragó saliva y sonrió, contento, y Jenni sintió que sus temores y reservas caían en el olvido. ¿Podía el amor ser tan sencillo? Él atrapó su cara entre las manos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tan… tan… tan todo.

Jenni lo besó. De alguna manera, Will parecía ser la pieza que le faltaba a su puzle personal, sus labios eran cálidos y suaves y entre sus brazos se sentía protegida.

¿Cómo explicarle esa sensación a su amiga Caroline? Ese sentimiento al mismo tiempo aterrador y excitante que la volvía del revés.

—¿Te has liado con Will Taylor? —preguntó Caroline con un tono que no podría calificarse más que de disgusto mientras revolvía su té—. Lucilla me ha dicho que ayer erais la comidilla de la residencia Saint Rose.

Una vez más, sus pensamientos volvieron a Will y a la noche que habían pasado juntos, impregnada de una complicidad mágica.

Caroline chasqueó los dedos para llamar su atención.

—Jenni, ¿me estás escuchando?

Ella soltó un pequeño gemido. Aunque lo intentara, no podía dejar de sonreír. Se sentía desbordada por la sensación de amor y las nuevas emociones la hacían flotar de felicidad. Cuando se levantó y vio a Will dormido a su lado, guapísimo, con las pestañas largas sobre sus

mejillas, había pensado en lo feliz que sería si eso se repitiera cada mañana. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la amargura de Paul.

—Te estoy escuchando, Caroline.

Su amiga la estudió con una expresión algo sombría en el rostro y le apretó la mano.

—Jenni —dijo con tanta suavidad que a ella se le formó un nudo en la garganta—, no quiero que nadie vuelva a hacerte daño. Hace mucho tiempo que no dejas que el corazón dicte tus actos.

—Dos años —susurró Jenni.

—Te conozco y cuando te lanzas de cabeza, te implicas al máximo. No quiero que lo hagas con alguien que no es estable.

Jenni soltó un resoplido. Había llegado el momento de la verdad, lo quisiera ella o no.

—Sí, me he «liado», como tú dices, con Will Taylor. Y creo que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, Caroline. No todas las personas vuelven a caer en los mismos errores. ¿No crees que ya soy mayorcita para darme cuenta de dónde me meto?

Caroline la miró aturdida.

—Perdona, no quería atacarte. Es solo que me preocupa.

Las dos se miraron sin decir nada y, finalmente, Caroline esbozó una sonrisa.

—Vaya —murmuró—. Así que es él. El definitivo.

Jenni gimió, atormentada.

—No lo sé, pero no puedo luchar contra esto.

—Bueno, al menos es guapo, eso no se lo voy a negar.

—¿Sabes lo peor de eso? Que lo importante no es lo guapo que sea, que lo es, sino cómo es por dentro. Es lo de dentro lo que me gusta.

—No esperaba menos de ti —repuso Caroline con los ojos brillantes de risa. Partió un poco del pastel de zanahoria que había pedido con la cuchara, se lo metió en la boca y reflexionó—: En fin, supongo que es mejor que te rompan el corazón y haber amado que no probar el amor verdadero. Hay momentos en los que es preciso arriesgarse.

—Eso es.

—Una amiga me dijo hace tiempo que la única razón para seguir con una persona es que no pudieras imaginarte la vida sin ella. Así que supongo que…

Caroline tenía una expresión desolada y Jenni supo que ya no estaban hablando de ella y de Will. Por primera vez desde que la conocía, Jenni vio grietas en la firme armadura de su amiga. Apretó su mano, como ella había hecho antes, y dijo con más confianza de la que tenía:

—Todo irá bien.

Toc, toc, toc. Alguien dio unos golpecitos en el cristal de la cafetería justo al lado de sus cabezas. Los ojazos marrones de Will Taylor se clavaron en los suyos, la nieve arremolinándose alrededor de su cabello rizado. Era guapo de forma devastadora, pensó Jenni. Le hizo una seña para que entrara en la cafetería.

—Te presento a mi mejor amiga, Caroline.

Will la miró pensativo, parpadeando con sus largas pestañas. Caroline le sostuvo la mirada.

—Creo que ya nos conocíamos —titubeó él.

—Hemos coincidido en alguna fiesta en Nueva York.

—Ay. Entonces, no te recordaría aunque quisiera. No sé si te lo ha contado Jenni, pero en Nueva York yo no era persona la mayoría del tiempo.

Caroline parecía no creerse lo que estaba oyendo.

—Jenni no me ha dicho nada malo de ti.

Will miró a su novia con adoración. Su expresión era muy dulce y en ese corto instante fue como si conectaran a la perfección.

—Le estoy muy agradecido por ser tan positiva.

—¿Te apetece una tarta? —le preguntó Caroline, haciéndole un sitio en la mesa.

—Claro.

Tarta de zanahoria (*carrot cake*)



Ingredientes:

- 300 gr de harina de repostería
- levadura en polvo
- bicarbonato
- sal
- canela
- 4 zanahorias
- 4 huevos
- 100 gr de aceite de maíz
- 100 gr de mantequilla
- 100 gr de miel
- 200 gr de almendras molidas
- 100 gr de pasas de Corinto

Batimos los huevos con el aceite, la mantequilla reblandecida y la miel. Le añadimos con una cuchara de madera o un batidor de mano la harina, una cucharada de levadura en polvo y las almendras. Mezclamos las pasas con una cucharada de harina, para que no se vayan al fondo, y las agregamos también. Y, por último, las zanahorias picadas muy finas. Lo llevamos todo a un molde engrasado con mantequilla al horno precalentado, a 180 ºC durante 40 minutos.

Una vez frío, desmoldamos y cubrimos con azúcar glas.

Kate

Cuando Kate revisó su teléfono al día siguiente, se sorprendió al ver que tenía notificaciones desde Instagram. No tenía cuenta personal, había ayudado a su madre a montar una cuenta para Harrington Hall en el intento vano de atraer más clientes al *bed & breakfast*, pero hacía siglos que no la actualizaba. Peter estaba retirando los restos del desayuno. Los clientes improvisados hacía un par de horas que se habían ido y ellos se habían convertido en expertos en danzar uno alrededor del otro sin llegar a tocar el «tema». «Ser tu amigo cuando quiero ser algo más». Las palabras retumbaban en la mente de Kate sin descanso. Hizo clic en la aplicación.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida.

Peter se colocó a su lado y miró por encima de su hombro. Kate sintió un escalofrío. Le gustaba tenerlo allí, con la cabeza cerca de la suya, el aliento rozándole la nuca. Levantó el teléfono para que él viera lo que le sorprendía.

—Mira. Nuestros clientes de anoche han compartido fotos de Harrington Hall recomendándonos. Tenemos un aluvión de seguidores nuevos en Instagram.

Kate hizo clic en el perfil del cliente y se dio cuenta de que el que ella había tomado por un empresario era, en realidad, el dueño de una importante cuenta de viajes por el país. Había compartido su visita e incluso una foto que ella no había notado mientras estaban hablando después de cenar, frente al fuego de la sala, comentando que, aunque Harrington Hall era solo un *bed & breakfast*, muchos hoteles deberían aprender de su excelencia. Y que Kate Harrington había recogido el testigo de la desgraciadamente fallecida Violet Harrington con la cabeza bien alta.

Antiguos clientes de Harrington Hall comentaban debajo poniendo la estancia en Harrington Hall por las nubes. Había frases conmovedoras recordando a su madre.

—No esperaba esto —susurró Kate, aturdida—. Pensaba desactivar este perfil en breve.

Peter se apoyó en el fregadero con los brazos cruzados en el pecho y la miró con cautela.

—¿Y si no lo hago? —murmuró Kate.

—¿Si no haces el qué?

—Si no desactivo la cuenta e intento que este interés que ha empezado a nacer, crezca y atraiga visitantes. —La voz le salió en un murmullo aterrado cuando preguntó—: ¿Y si lo intento?

Kate se alegró de haberlo dicho cuando distinguió el destello de entusiasmo que sus palabras trajeron al rostro de Peter. El tono de Peter era tranquilo cuando contestó:

—Si lo intentas, cuenta con mi hacha.

Su mirada estaba sosteniendo la de ella en un reconocimiento tácito. Le encantaba ese hombre, las risas que compartían, las comidas que preparaba, cómo él había interiorizado enseguida cómo le gustaba a ella el café y ya se lo servía sin preguntar… Habían llegado a un grado de intimidad agradable de manera muy fácil.

—Pero no quiero presionarte más de lo que ya he hecho —continuó diciendo Peter—. Es tu decisión, tu vida.

—Me aterra dejar la medicina.

—Lo sé.

—Pero también soy consciente de que hace mucho tiempo que no soy feliz en mi trabajo.

—También lo sé.

Sintió una opresión en el pecho, recordando a Violet, a las Navidades cuando Harrington Hall estaba en pleno apogeo, con la casa oliendo a pavo asado relleno de manzanas. A abeto. A las ramitas de romero que su madre metía en la leña de la chimenea de la sala.

—Imagina —reflexionó, soñadora— lo bonita que quedaría una foto de nuestro árbol de Navidad iluminado con toda esa nieve que se ve desde la ventana.

—Una imagen publicitaria maravillosa —respondió él, alegre.

—Me preocupa que cuando lleguen las doce, este sueño se transforme en calabaza.

—Siempre tendrás tu carrera como plan B, pequeña Cenicienta.

La voz de Peter era muy suave, como una caricia en su piel.

—Eso es cierto.

—Aunque creo… —susurró, aproximándose— que te pega más el papel de hada madrina.

Deslizó sus brazos alrededor del cuerpo de Kate acercando sus cuerpos. Ella sintió un nudo en la garganta al sentir la diversión en su voz. Descubrió que una sonrisa le bailaba en la comisura de los labios.

—No me veo con dos alas y una varita.

—Pero haces magia.

Kate sintió que su corazón se aceleraba.

—Tú sí que haces magia cocinando como cocinas.

—Si me das un masaje al final de la jornada, ya tienes cocinero para Harrington Hall.

—Compraré aceite de almendras.

Él ahogó una carcajada.

—Hecho, entonces —dijo. Y sus ojos se posaron en los labios de ella—. Tenemos un trato.

Y la besó. La boca de Peter era cálida, perfecta. Kate no lo detuvo, al contrario, le devolvió el beso con inmensa dulzura, como si él fuera a romperse en mil pedazos. Peter suspiró contra sus labios, extasiado.

—Kate.

Pero ella no le dio tiempo de decir nada más, se limitó a volver a besarlo. Sabía a vainilla y encajaba con ella como si fueran las dos piezas que faltaban en un puzle incompleto. El beso se hizo más profundo, más fuerte. Peter la cogió en brazos y la subió a la encimera de la cocina. Kate deslizó las manos por su pelo tupido y abrió los labios. Las lenguas se enredaron en un baile infinito. Besar a Peter era como si el verano acabara de colarse en Harrington Hall. Deslizó las manos por debajo de la camisa de él, sintiendo los músculos que había bajo la ropa, y se la sacó por la cabeza.

—¿Estás segura? —le preguntó Peter con voz ronca.

—Sí —contestó ella. Nunca había estado tan segura de algo en su vida.

—Entonces, no hablemos más.

Peter la besó con más ardor y más pasión, llenando huecos con el calor de su piel que Kate no era consciente de tener. Como si ya supiera todo lo que tenía que saber sobre ella, todos sus secretos. Olía a jabón y a libros. Un paisaje que merecía la pena explorar milímetro a milímetro. Su sexo se estremeció cuando él le desabrochó el sujetador y su lengua recorrió el camino que antes habían surcado los dedos lentos y seguros. Gimió.

Cuando la alzó en brazos para posarla en el sofá de la sala y colocarse sobre ella, sonriéndole, Kate sintió que el corazón le estallaba de dicha y que el concepto de tiempo

desaparecía en la sabiduría implacable de la boca de Peter.

Will

Parecía que el teléfono se burlaba de Will. Había presentado la semana anterior su trabajo al profesor Broly y esperado desde entonces algún tipo de comentario por su parte, pero el profesor no había chistado. Will actualizaba constantemente la aplicación en la que la rectificación de la nota sería publicada, pero ahí seguía apareciendo la terrible C que le había puesto.

—Bueno, sea lo que sea —se dijo—, estoy respirando de nuevo. Necesitaba a Jenni.

Volvió a actualizar y, entonces, una brillante A reemplazó la C anterior. Llamó a Oliver.

—¿Y bien? —preguntó este, consciente de lo que él estaba esperando.

—Una A. Tengo una A en la asignatura de Broly.

—Estaba convencido de que lo conseguirías. Nunca he perdido la fe en ti.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué. Nos vemos mañana en la fiesta.

—Claro.

—No me perdería por nada del mundo verte vestido de narrador del invierno.

—Oh, vete a la mierda.

Colgó con las carcajadas de Oliver y estuvo unos segundos en silencio intentando tranquilizarse. La asignatura de Broly ponía fin a la parte teórica de su carrera, ahora solo le quedaban la nota de las prácticas en la residencia y presentar su trabajo final. Lo más duro había quedado atrás. Toda su alegría se reducía en una sola cosa: la única persona con la que quería celebrarlo era Jenni. Cogió las llaves del coche, el abrigo y salió de casa.

Como si lo hubiera planeado, Jenni apagaba las luces de la pastelería y cerraba las persianas de las ventanas cuando Will aparcó. Se sobresaltó cuando él repiqueteó en el cristal, pero su sonrisa iluminó el espacio como si las luces volvieran a estar encendidas.

—Hola —dijo, poniéndose de puntillas para besarlo—. Estaba a punto de salir a acechar a un estudiante de Psicología bastante guapo que vive en la antigua casa de Edmund Taylor. ¿Quieres venir?

Luego lo miró como si lo estudiara.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Estás sonriendo raro.

—Siempre sonrío así.

—No. —Jenni le tocó con los dedos la comisura de la boca—. Esta es la sonrisa de quien tiene un secreto.

Cada palabra de ella golpeó el pecho de Will. ¿Cómo en tan poco tiempo lo conocía tan bien? La parte más increíble de aquello era que a él le pasaba lo mismo. Cuando ella estaba preocupada, suspiraba de vez en cuando, como si suspirar la ayudara no solo a despejar el pulmón, sino también la cabeza. O cuando estaba nerviosa, apretaba los puños como si contuviera una explosión por debajo de su piel. Cuando lo miraba con una media sonrisa, Will sabía que intentaba decidir si decir o no lo que pensaba, pero cuando reía…, era el mejor sonido del mundo.

—Entonces —continuó ella, entrelazando los dedos con los suyos—, ¿qué es lo que pasa?

—Puede que te gustara más acechar a un estudiante de Psicología que acabara de sacar una

A en su última asignatura del grado.

Ella dejó escapar un pequeño grito y envolvió con sus brazos el cuello de Will.

—¡Oh, qué bueno, Will! ¡Cómo me alegro!

Cuando se separaron, el rostro de Jenni estaba inundado por una emoción genuina. Will se preguntó, no por primera vez, qué había hecho bien para merecer a aquella mujer. Se rascó la nuca algo avergonzado al continuar:

—Esto me alivia algo económicamente. Por lo menos, me mantienen la beca de estudios.

—Tu abuelo estaría muy orgulloso.

Will sintió que un nudo se le asentaba en el estómago. Su abuelo. Edmund al final había pensado que Will era igual que su padre. Sintió desmoronarse su alegría y Jenni se dio cuenta.

—Oye —dijo, apretándole un brazo—, no puedo psicoanalizarte, que yo de psicología no entiendo, para eso estás tú, pero vales mucho la pena, no vas a repetir los errores de tu padre. Eso sí puedo decírtelo.

Will la abrazó y aspiró el perfume de su pelo.

—Tú no eres él, Will —murmuró.

Con esto, se separó y le tendió una mano para llevarlo a la trastienda.

—¿Te apetece un chocolate? Esto hay que celebrarlo.

Will tomó su mano. Jenni tenía razón. Él no era su padre ni tenía su falta de criterio y de coraje.

—Espera.

Jenni se detuvo y lo miró interrogante. Will la atrajo de nuevo hacia él y la besó de nuevo con mayor intensidad. No trató de ser delicado, sino que el beso fue feroz, primario, lleno de emoción. Will quería hundirse en esa mujer maravillosa, conocer cada parte de ella, así que intentó poner en ese beso toda su vulnerabilidad. Fue un beso lleno de promesas y de confianza.

Jenni

Fue un beso que la tomó por sorpresa y la hizo estremecer. La envolvió el olor a Will. A jabón y a lluvia, cálido y fuerte. La mejor sensación del mundo entero. Abrió la boca y le devolvió el beso con la misma intensidad que recibía.

—Te quiero —murmuró él.

Dos palabras tan difíciles de decir que hicieron que el corazón de Jenni se detuviera un instante y luego se le inundara de amor hasta desbordarse. Sonrió de oreja a oreja. Iba a ser feliz con él, ya lo era. El universo le había regalado un hombre maravilloso. Había vivido aterrorizada con la idea de entregar de nuevo su corazón, pero acababa de darlo de nuevo.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Qué clase de respuesta es esa? —le contestó Will, dedicándole una sonrisa torcida.

—Yo también te quiero —respondió ella, porque era verdad. Se le llenaron de lágrimas los ojos.

Will volvió a besarla. Sus dedos se enredaron en el cabello de Jenni y después apoyó la frente contra la suya.

—Esa respuesta ya me gusta más —susurró.

Los primeros clientes empezaron a llegar para los desayunos y Will se fue a trabajar a la librería. Jenni puso en marcha la cafetera y se sirvió un café con leche largo y con mucha espuma, sobre la que espolvoreó un poco de canela. Eligió una de las *cupcakes* que habían quedado sin vender el día anterior y le dio un mordisco, sintiéndose feliz. Le quedaba muchísimo trabajo por delante dada la época en la que estaban y con la fiesta de Navidad de la residencia en puertas, pero se sentía completa y feliz. Pero el universo es especialista en romper burbujas de felicidad. La puerta de la pastelería se abrió.

—Hola, nena.

Jenni sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Paul llevaba una camisa de vestir con un par de botones desabrochados, americana y pantalones vaqueros. Durante las semanas que hacía que no lo había visto, el cabello le había crecido algo y lo llevaba peinado hacia atrás de forma severa. Tenía, como siempre, un aspecto estupendo. De repente, la *cupcake* se le hizo arena en la boca. Tragó con dificultad, esforzándose por controlar su ira y respondió:

—No soy tu nena, Paul. Para ti soy Jenni. O mejor dicho, para ti no soy nadie, no me gusta tenerte aquí.

La respuesta pareció irritar algo a su exnovio, pero enseguida se rehizo y compuso una sonrisa forzada.

—Con lo que hemos sido… ¿cómo me dices eso? ¿Estás con la regla, Jenni?

El furor que Jenni había estado acumulando durante dos años estalló entonces, incontenible. Golpeó la barra con las manos, haciendo que varios clientes levantaran la cabeza, alarmados. Normalmente, evitaba el enfrentamiento, pero estar con Will le había dado la confianza para

creer en sus opiniones y defenderse.

—¿Sabes una cosa, Paul? Hace dos años que lo dejamos. Dos puñeteros años. Y llevas desde entonces pasándote por aquí para arrojarme migajitas y conseguir que siga enganchada a ti porque te encanta manipular a la gente. Pues se acabó. Esta es mi pastelería, aquí soy la única que permite dejar migaja; tengo derecho de admisión. No quiero volver a verte jamás en ella. ¿Está claro?

—¿Hay algún problema, Jenni?

La voz estridente de Lucilla interrumpió lo que Paul iba a contestar. Detrás de ella, su hija Emily observaba la escena con los ojos como platos.

—Ninguno, Lucilla. Jenni y yo somos viejos amigos.

—¿Viejos amigos? —La indignación hizo que la voz de Jenni sonara ronca—. No somos viejos amigos, Paul. Éramos pareja y tú me dejaste por otra de la noche a la mañana.

—No fue mi intención herirte.

—No, solo te convenía librarte de mí.

—Estás comportándote como una loca.

—Déjala en paz, Paul.

Se produjo un silencio embarazoso en el que todos los ojos estaban puestos sobre ellos. Paul lanzó a Lucilla una de esas miradas incómodas, de las que hacen que se te revuelvan las tripas, pero Lucilla era una mujer que se conmovía poco en general. Paul se volvió hacia Jenni.

—Está bien, me voy —escupió, como si con eso concediera una gracia.

—Alabado sea el cielo —apuntó Lucilla.

Paul caminó hacia la puerta, pero volvió la cabeza para decir la última palabra mordaz.

—Nunca has merecido la pena.

Sabía bien cómo repartir veneno. La puerta se cerró tras él y las lágrimas empezaron a caer por las mejillas de Jenni como un torrente. Ella se las limpió con la manga y la dejó llena de rímel. Se obligó a calmarse.

Cualquier otra persona la habría abrazado para tranquilizarla, pero Lucilla Pilcher no era una persona normal. La miró con sus ojos saltones muy abiertos y lo único que hizo fue darle unos golpecitos con la mano en la cabeza a Jenni, como si la pastelera fuera un perrillo al que tranquilizar.

—Espero que no lo creas —dijo después.

—¿Cómo?

—Eso de que no mereces la pena. Eres una de las mejores personas que conozco, Jenni Harris. Y él es un gilipollas.

—¡Mamá! —se escandalizó Emily.

—Lo siento, cariño, ya sé que siempre te digo que no hay que decir palabrotas, pero es que el resto de las palabras se queda demasiado corto para definir a ese tipejo que es tu exnovio, Jenni.

Jenni ahogó una carcajada. Se estaba riendo. De pronto, la invadió una sensación de alivio como hacía tiempo que no sentía. Se había enfrentado a Paul. Se sentía como si hubiera derrotado ella sola a un dragón. Libre. Al fin.

Cupcakes de miel con especias



Ingredientes:

- 350 gr de miel
- 100 gr de azúcar
- 100 gr de mantequilla
- 1 limón
- 1 huevo
- 2 cucharadas de cacao amargo en polvo
- canela
- clavo
- nuez moscada
- jengibre en polvo
- bicarbonato
- levadura en polvo
- 500 gr de harina de repostería

Calentamos en un cazo la miel con el azúcar y la mantequilla a fuego medio sin parar de remover hasta que el azúcar se haya disuelto. Dejamos enfriar. Cuando la mezcla esté templada, le añadimos el huevo, la ralladura de un limón, el cacao en polvo y media cucharadita de cada una de las especias. Mezclamos. Agregamos ahora media cucharadita de bicarbonato y una cucharadita de levadura en polvo más la harina y mezclamos con una cuchara de madera hasta obtener una bola que se desprenda de las paredes del recipiente. La envolvemos en papel film y la dejamos a temperatura ambiente 12 horas. Dividimos la mezcla en moldes de magdalena y los ponemos en una bandeja de horno precalentado, 20 minutos a 180º.

Una vez frías, espolvoreamos con azúcar glas.

Kate

Kate abrió los ojos y su cabeza se inundó con escenas de la noche anterior. No podía parar de recrear mentalmente el cuerpo de Peter. Un hermoso cuerpo masculino con los músculos trabajados, el pecho ancho y cubierto de vello suave. Rememorar los dedos de él en cada parte de su anatomía.

Contempló el techo de la habitación que conocía como la palma de su mano y que ahora era como un abrazo protector de cemento y ladrillo. Un abrazo en el que había pequeñas grietas. Se imaginó a sí misma subida a una escalera, reparando con pasta las grietas que se veían en la desconchada superficie y esbozó una sonrisa inquieta. Por primera vez, dependía solo de sí misma y eso la intimidaba mucho, porque el fantasma del fracaso parecía mayor que nunca.

Exasperada con sus pensamientos, se levantó y escuchó como Peter se movía abajo en la cocina.

—Buenos días —la saludó en cuanto asomó la cabeza por la puerta.

Había algo en la voz de Peter que iba directo a sus ovarios. Notó que le ardían las mejillas. Pensó que la verdadera felicidad era aquello: momentos que embotellarías para rememorarlos cuando vinieran tiempos difíciles.

—Hola —respondió, tímida.

Él ya se había vestido con unos vaqueros desteñidos y una camisa de cuadros sobre una camiseta blanca. Estaba para comérselo. Otra vez. Tuvo la necesidad de frotarse contra él como si fuera un gato.

—Te has levantado muy pronto —dijo Kate tras aclararse la garganta.

Él le pasó una taza de café y le sonrió arrugando las esquinas de los ojos.

—No soy demasiado dormilón.

Peter se giró para sacar una tortilla del fuego y Kate, por costumbre más que por otra cosa, revisó su teléfono. Echó un vistazo superficial a los correos electrónicos y vio que tenía más notificaciones de redes.

—Todavía estoy recibiendo un montón de notificaciones de las fotos.

—Estupendo.

Peter le puso delante una tortilla en un plato y la acompañó con rodajas de tomate cortadas.

—Vaya, menudo desayuno. Mil gracias.

—Te hará falta coger fuerzas.

Ella se ruborizó de nuevo. La idea de volver a acostarse con él hizo que se le aflojaran las rodillas y el corazón se le acelerara.

—¿Otra vez?

Peter soltó una carcajada.

—Me refería a si piensas ponerte a hacer un listado de las cosas que harían falta para convertir Harrington Hall en lo que quieres. —Se sentó junto a ella con su plato y le dio un beso muy suave en la mejilla. Su expresión se suavizó—. Aunque ya hablaremos de otra vez más tarde.

Kate se sintió muy bien, femenina, adorada.

—Podríamos hacer unas cuantas fotos de la casa ahora con el árbol de Navidad y la nieve —murmuró con un remolino de vértigo en el estómago—. No puedo creer que me esté planteando esto en serio. Creo que me has corrompido.

—Eso espero.

Los ojos de Peter la recorrieron cargados de risa y de deseo y Kate sintió que su pulso se aceleraba de nuevo. Empezó a comer pensativa. Podría llegar a enamorarse de él con muchísima facilidad. El hilo que los unía se iba enrollando cada vez más y, si montaba aquel proyecto, tal vez no fuera una idea demasiado brillante ser pareja. Tomó un largo trago de café y masticó metódica una rodaja de tomate sin malgastar un solo movimiento. Jamás había visto a nadie… Nunca había sentido… En todo el mundo, ahí estaba el único hombre que… Sus pensamientos eran un batiburrillo, como sus sentimientos, lo único que tenía claro era que Harrington Hall volvía a ser su casa. Harrington Hall revivía y Peter formaba parte de esa sensación de renacimiento le diera miedo o no.

—Voy a darme una ducha y nos ponemos a trabajar —dijo.

Cuando bajó veinte minutos más tarde, oliendo a champú y con una libreta en la que apuntar su lista de tareas pendientes y un par de bolígrafos, en la encimera de la cocina había una bandeja de galletas de chocolate por hornear. En un lateral, una pequeña libreta de cocina con las tapas gastadas.

—He encontrado esto aquí debajo mientras buscaba un batidor de mano —dijo Peter mientras la levantaba.

La libreta de recetas de su madre. Kate sintió el rasguño amenazante de las lágrimas en la garganta. La tomó y pasó algunas páginas escritas con la descuidada caligrafía de Violet Harrington. Se sintió transportada a su infancia, a los sonidos, a los olores. Pudo contemplarse a través del filtro de la memoria: una niña para la que su madre era un lugar seguro, siempre lleno de sueños y cuentos. Se vio corriendo en el lago cercano, tumbada en la hierba del jardín, haciendo volar cometas de fabricación casera, llena de palabras que su timidez le impedía echar a volar junto con la cometa. Escuchó el sonido de la risa de su madre y ya no pudo contener el torrente de lágrimas, aunque hizo un intento para controlarse respirando hondo. Una marea de emociones la inundó.

—Son las recetas de mi madre.

Peter la rodeó con los brazos y Kate cerró los ojos y se recostó contra él para llenarse de su olor, que la confortaba. Y, por primera vez desde que Violet murió, lloró de verdad, con un dolor que le salía de lo más hondo del corazón y que convertía cada respiración en un sollozo brutal. No supo cuánto tiempo estuvo abrazada a Peter así.

—Perdona, ha sido como morder la magdalena de Proust —dijo al fin—. Mi madre era una cocinera fabulosa, pensaba que sus recetas se habrían perdido porque nunca se las pedí. Me alegra ver que no es así.

—Creo que es una señal haberlas encontrado ahora.

Kate tragó saliva.

—¿Por qué lo dices?

—Ella sigue siendo parte de tu vida aunque ya no esté, está aquí en cada detalle de esta casa. Cuando venía a The Golden Books, Violet siempre hablaba de su maravillosa hija, de lo orgullosa que estaba de ella. Elegía los libros para comentarlos después contigo.

—¿Hacía eso?

Kate se secó las lágrimas. Tenía la impresión de que le había fallado a su madre de alguna manera, pero, sobre todo, que se había fallado a sí misma. Cuando vives tu vida para complacer a

los que quieres, hay un coste oculto que duele más que cualquier otra cosa. La idea le resultó amarga. Quizás el secreto de ser feliz consistiera en aprender a sortear la infelicidad. Peter la miró con una expresión que ella no supo descifrar.

—Para tu madre, tú lo eras todo, Kate.

—Siempre que me ajustara a sus expectativas.

Él parpadeó con la respuesta.

—A pesar de lo que piensas —repuso—, no creo que le disgustase tu idea de continuar con Harrington Hall. Creo que para ella lo importante no era que fueras médico, como tú piensas, sino que fueras feliz.

Will

Abrió el sobre que le tendía Virginia Miller con manos temblorosas. En frases breves y tan concisas como la propia directora de la residencia Saint Rose, esta declaraba que «en el tiempo en el que había trabajado con Will Taylor, este había demostrado ser un hombre capaz, inteligente y empático y que, por ello y otras buenas cualidades, sin duda sería un buen estudiante en cualquier programa de doctorado». Will sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y experimentó un alivio tremendo. Una carta de recomendación así sería un impulso increíble en la solicitud de doctorado y le proporcionaría el respaldo que tanto necesitaba.

Levantó la cabeza.

—Muchas gracias, Virginia.

—Gracias a ti, Will. Sin tu apoyo, esto —hizo un gesto abarcando el salón montado para la fiesta de Navidad que tendría lugar al día siguiente— no habría sido posible.

El centro del salón había sido transformado en una pista de baile y los músicos estaban afinando los instrumentos. Jenni, ayudada por su abuela y por Rodney, se encargaba de adornar las mesas en un comedor contiguo y Oliver, Peter y Kate estaban organizando la entrega del «libro invisible», que se haría después de su discurso como narrador del invierno.

Will reprimió un escalofrío de felicidad, esa felicidad que te hace caminar por el mundo sin poder reprimir la sonrisa. No podía recordar la última vez que se había sentido así, tan lleno de calor y de luz. Jenni caminaba hacia él con la mano extendida y la sensación se intensificó.

—¿Puedo robártelo un segundo, Virginia?

—Claro. —La sonrisa de la directora cuando los dejó solos era algo pícara.

—Virginia piensa que soy una mala influencia para ti —dijo Jenni, siguiéndola con la mirada.

—Bueno, me has enseñado a entrar forzando las ventanas en una pastelería, por tu culpa he terminado leyendo a Jane Austen y mañana me voy a poner mallas verdes y orejas de elfo gracias a ti y a Oliver. Creo que Virginia tiene toda la razón al pensarlo.

La risa burbujeó en su garganta cuando vio cómo lo miraba Jenni.

—¿Qué opinas de *Las cartas de Papá Noel*, de Tolkien? —preguntó ella.

Will parpadeó, confundido por el giro brusco de la conversación.

—No sé demasiado sobre ese libro, para ser honesto, pero el título suena muy navideño.

—Tolkien escribió cada Navidad cartas a sus hijos haciéndose pasar por Papá Noel. Esas cartas las publicó su hijo Christopher cuando él murió. Es un libro pequeño y encantador. Yo tenía una copia, pero no sé dónde la he metido. —Jenni hizo una pausa, nostálgica—. Creo que mi carta preferida es la de cuando el oso polar del norte encendió dos años de auroras boreales.

—Suena fantástico —dijo Will, confundido. ¿A qué venía aquello?

—Vale, veo que no entiendes de qué va el rollo. Nana ha tenido una idea estupenda: cada uno de los ancianos de la residencia, los que puedan hacerlo, podría escribir una carta de Papá Noel a los niños de Silver Hill contándoles algo sobre las tradiciones del Polo Norte al estilo de las cartas de Tolkien y se las daríamos en la fiesta.

—¿Crees que dará tiempo?

—Creo que sí. Nana ha empezado a organizarlos y están ilusionadísimos con la idea.

—¡Esto se ve increíble! —La aguda voz de Emily interrumpió lo que Will iba a decir. La niña, acompañada por su insufrible madre, acababa de entrar en la sala. Llevaba en las manos un enorme cesto lleno de paquetitos—. Hemos hecho bufandas de lana para cada residente y las hemos empaquetado —anunció con orgullo.

—Me duelen los dedos de tricotar —dijo Lucilla—, pero hemos conseguido que cada uno tuviera la suya.

—¿Cómo está tu espalda, Lucilla? —preguntó Jenni.

Lucilla sonrió con timidez y, por un momento, su rostro ancho se vio casi bonito. Will no tenía ni idea de que a Lucilla le doliera la espalda, pero así era Jenni, una persona que empatizaba con los demás. Le gustaba la dulzura que se reflejaba en su rostro, le gustaba mirarla. Qué demonios. Estaba coladísimo por ella.

—Bien, gracias. Estuve un poco rígida un par de días, pero hoy estoy mucho mejor. Mil gracias por la pomada que me diste, me ayudó mucho.

—Así te agradezco las manos extra que me has echado este mes. No podría haber hecho ni la mitad sin vosotras. Son las mejores amigas que una pastelera estresada pueda tener.

Las mejillas de Lucilla se sonrojaron.

—No tiene importancia, Jenni, lo sabes. Por ti, cualquier cosa. —Dirigió una mirada de soslayo a Will y remachó—: Eres una gran persona y una gran cocinera.

Muy emocionada, Jenni le dio un abrazo a Lucilla. La mujer sonrió incómoda porque con la cesta de bufandas no podía abrazarla de vuelta, pero se dejó hacer.

—¿Habrá pasteles de hada en la fiesta de mañana, Jenni? —preguntó Emily con los ojos brillantes.

—Por supuesto.

—Hamish decía que no porque los pasteles de hada no son para los viejos.

—Creo que hemos ya hablado de que Hamish no tiene ni idea de nada.

Emily ahogó una carcajada tras la mano.

—Pregúntale a Nana si le gustan los pasteles de hada para que veas qué te dice.

—Hamish es tonto.

—Pero también es tu amigo. A los amigos a veces hay que perdonarles algún pecadillo.

—¿Como tú a Will?

Este puso los ojos como platos.

—¿Perdona?

Jenni soltó una carcajada.

—Exacto, como yo a Will.

—Emily —terció Lucilla—, venga, déjate de cháchara y llevemos las bufandas al final de la sala.

Jenni

Al día siguiente, el salón se llenó con rapidez. La nieve seguía cayendo pesadamente, pero eso, salvo dificultar que repartieran los regalos bajo el árbol del patio, ya sin urracas, no impidió que las familias de Silver Hill acudieran en masa a la gran fiesta en la residencia Saint Rose. Algunos de los familiares, incluso, se habían ofrecido voluntarios para despejar la nieve y repartir más sal en el camino.

Con la ayuda de Lucilla, Jenni había terminado de montar el puesto de dulces en el que los pasteles de hada, los budines de Navidad y un montón de galletas de jengibre llenaban de aromas el salón.

Oliver y Will habían organizado un bingo con premios para todos, consiguiendo casi veinte donaciones de los comercios locales, que se esforzaban por colocar bajo un árbol de Navidad más pequeño que el del exterior. Desde un bono para gastar en libros en The Golden Books hasta tratamientos de belleza.

—Tom ha donado una caja de cerveza artesanal —dijo Will, colocándola en el montón.

—Espero que no le toque a Rodney o tendremos que escuchar las quejas del doctor Michaels —bromeó ella.

Will dejó la caja en el montón y le dio un beso en la cabeza al pasar. Fue un beso fugaz, pero pareció abrirse paso en las entrañas de ella. Jenni cerró los ojos. Nunca Paul le había producido la sensación que tenía con Will, esa intimidad preciosa que la hacía sentirse fuerte en todos los sentidos.

—La buena noticia es que ha dejado de nevar —siguió diciendo él, ajeno a la tormenta que su beso había desencadenado—. ¿Puedo robar una galleta?

Ignorando su torbellino interior, Jenni le acercó una. Luego, le llevó otra a su abuela. Nana estaba atareada en una de las mesas organizando las cartas de Papá Noel que se entregarían al final de la noche junto con los regalos, así que la dejó allí para ir a traer cajas de bebidas.

Caminó por el largo corredor y se detuvo al ver que su amiga Caroline estaba en uno de los salones, mirando por una ventana cómo los rayos tímidos del sol arrancaban brillos a la nieve con el teléfono en la mano. Sintió una punzada de culpabilidad por no haberle hecho demasiado caso a Caroline desde que había llegado. Will había invadido sus horas libres.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

Caroline se sobresaltó y la miró, algo confundida, como si estuviera a un millar de años luz de Saint Rose.

—Estás muy seria —repuso Jenni—. ¿Ha pasado algo? —Se acercó a su amiga y le puso una mano en el hombro—. Sabes que puedes decirme lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Caroline respiró hondo. Parecía tensa, vigilante. El silencio se prolongó durante unos segundos antes de que respondiera:

—No, solo que creo que necesito un cambio radical.

Caroline habló con una voz tan suave que sus palabras fueron apenas audibles.

—¿Qué?

—Un cambio.

Su amiga se pasó la mano por el pelo y solo entonces se dio cuenta Jenni de lo cansada que parecía.

—Me he encontrado con Kate Harrington en la entrada y me ha comentado que está pensando en pedirse una excedencia de su trabajo para poner en marcha de nuevo Harrington Hall.

Jenni puso cara de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Cómo me alegro! Me daba mucha pena que Harrington Hall fuera a cambiar de manos.

—Hablar con ella me ha hecho pensar en si estoy haciendo lo que quiero. Me parece muy valiente lo que Kate va a hacer: renunciar a un empleo seguro después de invertir un montón de tiempo y dinero en prepararse para ello. No sé si yo sería capaz.

—Puede que sí.

—Pero no me atrevo. Soy una cobarde.

—Tal vez estás siendo demasiado dura contigo, ¿no crees?

Caroline respiró con fuerza.

—Hace tiempo que no me siento feliz en Nueva York. Sin que me diera cuenta, muy poco a poco, mi pasión por mi trabajo ha ido desapareciendo. Me decía que estaba cansada, estresada, que lo de Edward me había afectado, pero me he estado mintiendo.

Jenni asintió, animándola a continuar.

—Al hablar con Kate, me he dado cuenta de que mis prioridades han cambiado y mi madre está mayor, le vendría bien tenerme más cerca. Pero me aterra que todo salga mal.

—En la vida no hay certezas, Caroline —respondió Jenni con firmeza, como si así las convenciera a ambas—. Pero una cosa sí que sé: la vida es un cambio constante. Debes elegir aquello que te haga más feliz, sin pensar en si es lo más adecuado.

—Me estás diciendo que sea egoísta.

—Yo lo llamo «autocuidado».

Caroline se echó a reír y la abrazó.

—¡Qué madura y racional eres!

—Ojalá. Digamos que hace poco que se me alinearon los esquemas y me di cuenta de esto. Si decides volver a Silver Hill, que sepas que estaré contentísima de tenerte aquí.

—No tengo ni idea de qué haría si dejara mi trabajo y, en cierto modo, eso es lo que más miedo me da de todo. Soy demasiado quisquillosa para trabajar con la gente del pueblo. Nadie me contrataría.

—Puedes trabajar para ti misma.

Caroline enderezó los hombros, cavilando. Parecía incómoda y fuera de lugar. Al ver que no contestaba, Jenni volvió a probar:

—A ver, ser tu propia jefa no es el paraíso. Pero puedes subirte el sueldo cuando quieras y tomarte un descanso cuando te apetezca.

—No se me había ocurrido esa posibilidad —musitó su amiga—. ¿No crees que estoy loca?

—Eres una persona maravillosa. Estoy segura de que harás bien las cosas y triunfarás en lo que te propongas. Loco es el que no cambia cuando ya no es feliz donde está. Ojalá lo hubiera aprendido antes.

—¿Piensas eso de verdad?

—Claro que sí. Tómate un tiempo para pensar qué quieres hacer, date espacio.

—Supongo que podría. Tengo algo de dinero ahorrado.

—Yo también. Hagas lo que hagas en el futuro, ahí me tendrás para apoyarte.

—Nunca tocaría tu dinero.

—Pero lo tienes si lo quieres.

Caroline guardó silencio un instante.

—Puedo cuidar de mí misma, pero me alegra contar con tu apoyo. Gracias. Will tiene mucha suerte.

Jenni notó que se ponía tensa.

—Perdona por haberte llenado de dudas cuando no era mi problema —prosiguió Catherine —. Es increíble que no estés enfadada conmigo. Me alegra mucho verte tan feliz.

—La única persona con la que podría enfadarme es conmigo misma por resistirme al amor.

—Las relaciones son complicadas. Y si encima las amigas las complican más…

—Te quiero, Caroline, nuestro tira y afloja no ha sido culpa tuya.

La abrazó de nuevo.

—Para —resopló su amiga—. Soy la persona menos sentimental del mundo y me vas a hacer llorar.

—Quien sí nos hará llorar es Lucilla si no probamos su vino de Navidad. ¿Vamos?

—Vamos —contestó Caroline con una sonrisa.

Budín de Navidad



Ingredientes:

- 150 gr de azúcar
- 150 gr de mantequilla
- 2 cucharadas de aceite de maíz
- 2 huevos
- 1 limón
- 500 gr de harina
- levadura en polvo
- 150 ml de leche
- 250 gr de fruta escarchada

En un cazo grande, batimos el azúcar con la mantequilla, el aceite, los huevos y la ralladura de limón. Agregamos, con un batidor de mano, la harina, una cucharada de levadura en polvo y una pizca de sal. Añadimos, poco a poco, la leche hasta conseguir una masa lisa. A esa masa le unimos la fruta escarchada, que habremos picado y unido previamente a una cucharada de harina.

Si no lo van a comer niños, también se puede dejar la fruta escarchada en remojo durante una hora en *brandy*. Escurrimos, añadimos la cucharada de harina y agregamos.

Vertemos la mezcla en un molde engrasado con mantequilla y lo llevamos al horno precalentado a 170º durante 70 minutos.

Se puede servir frío o caliente.

Kate

Kate se quitó el abrigo y, con la bufanda y los guantes en la mano, se detuvo a contemplar el salón donde se celebraría la fiesta posterior a la cena de Navidad. A Violet le habría gustado. Agradeció a su entrenamiento como médico el poder mantener una expresión neutra en aquel momento en el que echaba de menos a su madre como nunca.

Apretó los puños y sintió que la mano de Peter le acariciaba, consoladora, la espalda. Se volvió hacia él, hacia esos ojos azules suavizados con una nueva ternura y esa mente inteligente y aguda que parecía capaz de leer siempre la de ella. El corazón le dio un vuelco y sintió calor por primera vez desde que habían entrado en Saint Rose.

—Tienes los ojos más azules del mundo.

Y luego se dio cuenta, cuando esos ojos se iluminaron, de que lo había dicho en voz alta.

—Deja de intentar distraerme.

El alivio inundó a Kate al comprender que Peter se sentía lo suficientemente cómodo con lo que tenían como para bromear con ella. Él bajó la cabeza, le dio un beso en la sien y ella tuvo la sensación de tener a un ejército de mariposas en su interior.

Él le ofreció un brazo y Kate metió la mano en el hueco de su codo para deslizarse entre la gente. La mayoría de ellos había desafiado el frío para apoyar la iniciativa de unir generaciones de Saint Rose. Reconoció a muchas personas, algunas se detuvieron a darle el pésame, pero solo una o dos intentaron entablar conversación con ellos.

Peter fue educado y paciente, pero ella fue consciente de que los ojos curiosos se dirigían a sus brazos unidos, tratando de medir si aquello era amistad o era algo más.

Will, vestido con aquel disfraz infame de Lucilla, llamó la atención de los presentes y presentó al coro del colegio. Los niños habían preparado un villancico de aperitivo y Kate sintió una oleada de nostalgia cuando la voz de barítono de Peter se unió justo a su lado en el estribillo con el coro de voces de la habitación. Su mano encontró la del librero y deslizó los dedos entre los de él como si lo hubiera hecho siempre. Un gesto sencillo que ella sintió como un lazo infinito.

No consiguió soltarse hasta que Will invitó a todos los presentes a pasar al comedor contiguo. Ante su sorpresa, tras dejarla en su asiento, Peter se encaminó al centro de la sala.

—Voy a leerles un cuento de Navidad. Es uno de mis relatos preferidos. Violet Harris, a la que todos echamos de menos, solía leerlo todos los años, sé que se lo leía a su hija Kate cada Navidad y no quiero que ella se quede sin ese recuerdo. Por eso se nos ocurrió —hizo un gesto a sus dos empleados, que le lanzaron una sonrisa— que esta lectura podría ser un buen acompañamiento para la cena. Este es nuestro pequeño homenaje a esa gran mujer esta noche.

Con el corazón anudado a la garganta, Kate tuvo un instante para presentir que su madre, fuera donde estuviera Violet, estaba presente, antes de que la voz de Peter empezara a leer. Su voz era una de las cosas que más le gustaban de él y la lectura de aquel cuento, tan conocido, era relajante y melódica.

—Empecemos por decir que Marley había muerto. De ello no cabía la menor duda. Firmaron la partida de su enterramiento el clérigo, el comisario de entierros y el presidente del

duelo. También la firmó Scrooge.

La voz la llevó a aquellos días, de niña, en los que su madre le leía *Un cuento de Navidad* y encontró la experiencia muy conmovedora. Peter leyó el primer capítulo y luego fueron sucediéndose las voces lectoras —Will, Oliver, incluso Nancy Harris— mientras la gente cenaba.

Peter se sentó a su lado.

—Gracias —susurró Kate.

—Cuenta conmigo para leerlo a partir de ahora.

La mano de Peter cubrió la suya, acariciándole los nudillos. Kate tragó saliva.

—De acuerdo —respondió, ignorando al instinto que le pedía que lo besara—. No puedo pensar si me tocas así.

—¿Por qué crees que lo he hecho?

Ella soltó una risa estrangulada. Se preguntó si era normal sentirse como se sentía, triste por echar a su madre de menos, feliz por tenerlo a él al lado. Decidió disfrutar de la sensación de tener a Peter a su lado, de la sólida calidez de su cuerpo junto al suyo.

—Muchas gracias por traerla esta noche de vuelta —dijo—. Le encantaba ese cuento. Y a mí me encanta escucharlo con tu voz.

«Cielos, eso también lo he dicho en voz alta».

—Gracias.

—No puedo evitar encontrarte atractivo si me dices las cosas con esa voz.

—Bueno, es casi seguro mi mejor atributo. Además de los ojos más azules del mundo —bromeó él.

Ella se rio hasta que vio la intensidad de la expresión de Peter. Él inclinó la cabeza y selló sus labios con un ligero beso en la boca que arrancó silbidos de las personas sentadas más cerca.

—¡Qué vergüenza! —murmuró Kate contra sus labios, y él se rio.

Nunca en mil años hubiera pensado Kate, cuando lo conoció en aquel *pub* de la carretera, que aquello fuera posible.

—No puedo envolverlo, pero esto —dijo él, señalando el árbol de Navidad, las copas de champán centelleante, la gente que comía y el narrador que leía a Dickens— es lo que me gusta de la Navidad. Y me alegra poder compartirlo contigo.

Kate apoyó la cabeza en su hombro, consciente de que aquello, fuera lo que fuera lo que tenían, era un gran regalo. Y escuchó la voz de Lucilla contando cómo el segundo de los espíritus despertaba a Scrooge.

Will

La fiesta estaba en todo su apogeo. La cena había sido deliciosa y acompañaron el menú que Jenni había diseñado con un vino estupendo. Will había lanzado su discurso del narrador del invierno, hablando del amor y de la persistencia, de la fe y del perdón. Y pensaba que le había salido bastante bien a pesar de lo ridículo del disfraz de elfo y, a pesar de que una de las residentes, sorda como una tapia, interrumpiera cada dos frases para preguntar qué era lo que había dicho. Aquella noche, la felicidad se derramaba en la sala y el mundo parecía haberse colocado en su sitio de una vez.

Jenni se acercó con varias bandejas que iba a llevar a la cocina y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —le susurró él contra su pelo.

—¿Por qué?

—Por pensar que merezco la pena.

—Es que mereces la pena. Eres un buen hombre, un buen hombre que cometió errores, sí, pero que lucha por solucionarlos.

La besó profundo y necesitado.

—Y tú eres la persona más maravillosa del mundo.

Jenni se ruborizó. Se separaron al ver que Lucilla se les acercaba con expresión de cansancio y con Emily trotando tras ella.

—Will, ¿sabes qué? —anunció la niña, contenta—. Oliver me va a regalar una gatita que han recogido en el refugio de animales. Mamá ha dicho que sí. La voy a llamar Star, ¿a que es un nombre precioso?

—Jenni y Will tienen cosas que hacer, cariño. No les des la lata —la acalló Lucilla—. ¿Vas a buscar los libros y empezamos con el amigo invisible, Will?

—Claro. —El muchacho le guiñó un ojo a Emily—. Luego hablamos y me lo cuentas todo.

Will entreabrió la puerta de la salita auxiliar de la residencia donde estaban los paquetes del amigo invisible y se detuvo bruscamente. Dos figuras estaban en medio de la estancia bajo un arco, en el que alguien había colgado un muérdago. «Madre mía, ¿es ese Rodney? ¿Y… Nancy Harris?». Los dos ancianos estaban unidos en un beso que poco tenía de fraternal. Rodney, apoyado en el bastón, abrazaba con el otro brazo a Nancy, que elevaba los suyos desde la silla de ruedas. O bien no le habían oído entrar o estaban tan a lo suyo que no se habían dado cuenta. Era una situación tan íntima que resultaba incomodísima. Tosió y los dos ancianos se separaron algo turbados. Casi se echó a reír al ver la expresión cariacontecida y compungida de ambos.

—Siento la interrupción —dijo—, creo que no soy el único que hoy ve la vida más bonita.

Rodney se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, Will, ¿qué haces aquí?

Will señaló las cajas de libros.

—He venido a buscar los paquetes de libros para empezar con el amigo invisible. De hecho, vosotros dos deberíais estar en la sala para participar.

—Es cierto, Rod —apuntó Nancy.

—Ya lo sé, pero es que… —El anciano titubeó, azorado, pero enseguida se recompuso. Se volvió a Will, se encogió de hombros y dijo—: Todavía no he terminado lo que habíamos venido a hacer aquí.

—Pero espera que me vaya —se apuró Will, cogiendo una de las cajas de libros.

A su espalda, Rodney, con algo de esfuerzo, se arrodilló frente a la silla de Nancy Harris y sacó del bolsillo superior de su chaqueta una cajita. La mujer lo miró, cautelosa. En la habitación se hizo un silencio embarazoso. Will caminó rápido hacia la puerta.

—No nos queda demasiado de vida, Nancy, pero sé… estoy seguro de que tú me haces mejor. Más feliz. Tú llenas de luz mi vida y yo sería un idiota si no te pidiera que compartieras lo que nos queda conmigo. No dejes que sea un idiota. Por favor. Te quiero.

Nancy jadeó y se cubrió la cara con las manos antes de arrojarlas otra vez alrededor del cuello del anciano.

—Pues es una suerte —rio—, porque el sentimiento es mutuo. No dejaré que seas un idiota.

Y lo besó. Will, con una sonrisa, se escabulló corriendo con la caja de libros entre los brazos.

Jenni

Tanto los niños como los ancianos estaban encantados con los calcetines llenos de golosinas que el narrador del invierno había repartido. Jenni había encontrado en el suyo un libro titulado *Unas galletas de muerte*, con un marcapáginas en forma de árbol de Navidad de madera. Will y Oliver repartían los libros del amigo invisible a los residentes y las exclamaciones de sorpresa y alegría llenaban la sala.

—Ay, cómo me gusta ese libro. Te va a encantar.

—¿Cómo sabías que quería leerlo?

Echó un vistazo alrededor y, al ver tantos rostros conocidos, tantos rostros alegres, supo que los libreros lo habían conseguido. Supo que habían hecho lo correcto al unir generaciones de aquella forma. La Navidad descorría la cortina a un nuevo año, que parecía lleno de cosas buenas, de un nuevo comienzo para todos. Su estómago se agitó.

Tom, que se encargaba de poner la música, compensaba la falta de habilidad con entusiasmo y alguno de los presentes empezaba tímidamente a bailar. Entre las conversaciones cruzadas, Will alzó la vista y le sonrió. No fue una sonrisa sin más, fue la sonrisa plena de alguien que se siente feliz y esa sonrisa voló hacia Jenni como si tuviera alas. La chica dio un paso al frente, se detuvo delante de Will y apoyó las manos en su pecho. Los dedos de él le acariciaron la nuca.

—Te quiero —se le escapó.

Will no replicó, pero inclinó la cabeza y le dio un beso delicado en los labios.

—Gracias por el libro —continuó ella.

—Espero que te guste.

—Yo no te he comprado ningún regalo —se lamentó Jenni—, el trabajazo del *catering* de la cena me ha tenido tan ocupada que no he tenido tiempo ni para pensarlo siquiera.

Will le tomó la cara entre las manos.

—Tú eres mi regalo.

—No me considero un regalo. Soy de un gruñón que flipas si me haces madrugar demasiado.

—Ya lidiaré con ese problema cuando me lo encuentre —bromeó él—. ¿Te cuento un secreto de lo más oscuro?

—¿Es apropiado para los oídos de una dama?

—Creo que tu abuela ha ligado esta noche.

Jenni se separó de él, sorprendida, y soltó un exabrupto. A su alrededor, los niños rieron y se alborotaron al escucharlo.

—¿Por qué lo dices?

Will no tuvo que explicarse. Rodney y Nancy entraron juntos en la sala de la fiesta con los sobres de las cartas de Papá Noel en el regazo de ella. Sus caras de felicidad hablaban por sí solas. El anciano tenía una mano sobre el hombro de Nancy, que ella aferraba con las suyas, en una de las cuales brillaba un anillo con un pequeño diamante.

—¿Nana? —inquirió Jenni, acercándose.

Los ojos de la anciana brillaron alegres. La atrajo hacia ella y las dos permanecieron abrazadas un rato.

—Luego te cuento —le susurró—. Vamos a repartir las cartas.

Emily fue la última en recoger su carta de Papá Noel y se refugió junto a su madre sin abrirla aún, aferrando el sobre verde como si fuera un tesoro.

—Antes de que demos paso al baile —dijo Nana en voz alta—, quiero que demos un aplauso a varias de las personas sin las cuales esta fiesta y todo lo que hemos organizado en este mes de diciembre no hubiera sido posible. Quiero dar las gracias a Will, a Oliver, a Lucilla y a Jenni por el esfuerzo.

—Y también a Peter —apuntó Rodney a su espalda—, por ayudarnos con todo el tema de los libros.

—¡Hurra! —gritó Emily, arrancando una risa a los presentes.

En el alboroto resultante, de aplausos y carcajadas, Jenni se acercó a su abuela.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Hablaremos —asintió ella—. Pero antes tienes que hacerme un último favor.

—¿Cuál?

La anciana le tendió un sobre verde que no había entregado.

—Deja esta carta con disimulo en el bolso de Kate Harrington.

Jenni estuvo a punto de protestar, pero algo en los ojos de la anciana, una firmeza que no admitía réplica, la hizo desistir de hacerlo.

—Está bien.

Se acercó a donde Peter y Kate hablaban con Emily y Lucilla.

—Me ha encantado *Cuento de Navidad* —decía la niña—. A partir de ahora, lo leeremos cada Navidad, ¿verdad, mamá?

Lucilla suavizó su expresión y asintió.

—Aunque —prosiguió la chiquilla—, creo que me gusta más cuando mamá se inventa sus propias historias.

Peter miró a Lucilla interesado y la mujer se ruborizó.

—¡Emily! No creo que mis pequeñas historias sean del interés de Peter y Kate.

—Pero si son geniales… —insistió la niña—. Siempre dice que tiene que llamar a las musas. Son casi tan buenas como los dulces de Jenni.

Esta intervino en ese momento.

—Todo el mundo tiene su vena creativa. —Jenni le guiñó un ojo a Lucilla, a la que veía cada vez más azorada—. Yo también tengo que llamar a las musas de vez en cuando.

—Picasso decía que las musas te tenían que encontrar trabajando —bromeó Kate.

—A mí seguro que me encuentran siempre en faena.

—Hay una maravillosa —siguió la niña— de un niño, Joe, que roba dinero para que sus amigos del colegio no se den cuenta de lo pobres que son sus padres. Y Papá Noel lo visita y lo invita a su casa en el Polo Norte, porque la fábrica de juguetes siempre necesita nuevos ayudantes y entonces…

—Emily, ya.

Peter levantó una mano para posarla delicada en el brazo de Lucilla.

—Queremos saber cómo termina la historia, déjala.

Emily levantó la mirada a su madre y tragó saliva, buscando la aceptación de la mujer, que hizo un gesto con la mano como rindiéndose.

—Joe —siguió la niña con rostro de satisfacción— nunca había visto tantos juguetes juntos.

Había torres de Lego, cajas de lápices de colores, peluches, cochecitos, muñecas, miles de libros… Los elfos le enseñaron a empaquetarlos y el niño trabajó duro. Cuando terminaron, Papá Noel le dio una galleta de calabaza y un saquito de monedas. Y le dijo: «Ahora sabes lo que cuesta ganar el dinero que has robado». Joe se avergonzó mucho porque pensaba que Papá Noel no lo sabía y bajó la cabeza.

Emily bajó la cabeza viviendo la historia y los adultos se miraron con ojos brillantes de la risa.

—«Creo que voy a devolverlo con lo que he ganado». Papá Noel sonrió porque eso era lo que quería que Joe dijera y le dio una palmadita en la espalda. Cuando volvió a su casa, Joe apreció mucho más lo que tenía.

—Ojalá Papá Noel me hubiera llevado alguna vez en su trineo al Polo Norte a ver la fábrica de juguetes —dijo Kate con una mirada divertida.

Emily se encogió de hombros.

—Puede que no seas aún demasiado vieja.

—Vaya, gracias.

—Todo el mundo necesita segundas oportunidades —murmuró Lucilla.

—¿Qué hay de ti, Peter? ¿Has visto alguna vez a Papá Noel? —preguntó la niña.

—Emily, creo que ya es hora de irnos a casa. —Lucilla le tendió el abrigo a la niña.

De mala gana, Emily se puso la bufanda y soltó un suspiro exasperado.

—Pero, mamá…

—Emily —reconvino Lucilla con voz de advertencia.

—Sí —dijo Kate para consolarla—, nosotros también nos vamos ya.

Jenni se dio cuenta de que la doctora se había ruborizado al decir ese «nosotros». Por un instante, hubo un silencio en el que casi se podía escuchar los pequeños copos de nieve que habían empezado a caer en el exterior. Peter no pareció afectado, todo lo contrario.

La pastelera abrazó a Lucilla y a Emily y aprovechó que Kate se había despistado para ponerse el abrigo para dejar el sobre verde de Nana en su bolso.

Galletas de calabaza



Ingredientes:

- 4 cucharadas de mantequilla
- 10 cucharadas de azúcar
- 3 huevos
- 10 cucharadas de harina de repostería
- 150 gr de calabaza
- 100 gr de pasas

Batimos la mantequilla a punto de pomada con el azúcar y los huevos. Agregamos la harina de repostería y la calabaza cocida hecha puré y prensada para eliminar el exceso de agua. Añadimos una cucharada de harina a las pasas y también las agregamos a la mezcla.

Hacemos montoncitos de pasta sobre una bandeja cubierta con papel vegetal y lo llevamos al horno precalentado 10 minutos a 180 ºC.

Epílogo: Kate

Kate se sentía aún un poco nostálgica cuando bajó las escaleras a la mañana siguiente. La fiesta de la noche anterior había sido un éxito, sin duda, y Will Taylor había bordado su papel de narrador del invierno, para regocijo de Lucilla, que lo miraba como una madre a su cachorro.

El vestíbulo olía a asado porque, para mantener la tradición de Harrington Hall el día de Navidad, Peter había dejado asándose en el horno a baja temperatura toda la noche un pavo relleno de uvas y orejones elaborado con la receta de su madre. El librero se afanaba en la cocina preparando el desayuno.

—Feliz Navidad.

Se acercó para deslizar sus brazos alrededor de él y miró con agrado la sartén que sostenía.

—Hummm, ¿tortitas?

Peter se volvió para besarla.

—Sí, recordé que dijiste que tu madre las hacía la mañana de Navidad.

—¿Con frutos rojos y azúcar?

Peter sonrió.

—Con frutos rojos y azúcar.

—Oh, te quiero.

Peter bajó su boca suave pero decidida hacia ella y ambos se acoplaron en un beso, cálidos y firmes. Kate sintió el roce de su barba incipiente en contraste con la suavidad de los labios. La mano de él la acarició y un olor a tostado llegó a las fosas nasales de Kate.

—Creo que se te van a quemar las tortitas —susurró ella contra la boca de Peter.

—Perfecto, justo a tiempo. Menos mal que no he dejado que me siguieras distrayendo —bromeó él.

—Ah, resulta que es culpa mía —se mofó ella.

—Besos distractores, tu especialidad. Y esta es la mía.

Peter sirvió las tortitas en una fuente y le tendió a Kate una taza de café. Ella aceptó el café y algo insegura repuso:

—Ya está hecho.

—¿El qué?

—He hablado con mi jefa. Después de Navidades, pediré la excedencia. Le he dicho que busque a alguien para cubrir mi puesto.

—Desde que has empezado a colgar fotos de Harrington Hall, la gente me está preguntando si se hacen reservas. ¿Cuándo quieres que empecemos?

—¿En febrero? Así tendríamos enero para poner la casa al día y hacer una planificación.

—Podemos lanzar una oferta para el fin de semana de San Valentín.

—Es buena idea.

Kate sintió un ramalazo de vértigo. Para disimularlo, buscó en su bolso de la noche anterior el teléfono y, al sacarlo, un sobre de color verde cayó sobre su regazo.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Lo hizo.

«Querida Kate». La carta tenía una letra temblorosa y estaba firmada por Papá Noel. Kate levantó la mirada, confundida.

—Es una de las cartas de Papá Noel de anoche.

—Léela —la animó Peter.

—Querida Kate —empezó ella con los ojos brillantes—, espero que me disculpes por tardar tantos años en responder tus cartas. Creo que has tenido uno de los años más duros de tu vida y por eso te mereces un regalo especial este año. Una Navidad luminosa. No dejes que la tristeza sea tu manto, tu madre estaría orgullosa de ti y de tus planes. Comparte todo lo que aprendiste a su lado con los demás y, sobre todo, sé feliz. Siento no poder invitarte a la fábrica de juguetes este año, los elfos de la nieve se lo tomarían bastante mal. No les gustan los adultos. Pero estoy seguro de que el regalo que he dejado para ti debajo del árbol será un consuelo. Un abrazo muy fuerte, Papá Noel.

Las lágrimas le quemaron a Kate en los ojos, pero no podía ponerse a llorar allí. Peter apenas pestañeó al decir:

—Creo que tienes que mirar debajo de nuestro árbol.

—¿Quién…?

—Tú mira y no hagas preguntas.

Kate se levantó y regresó a la cocina con un pequeño paquete.

—¿Había algo debajo del árbol? —preguntó Peter.

—Esto.

Con los dedos temblorosos, Kate lo desenvolvió. Dentro de una cajita de madera, había una bola de cristal de esas que contienen nieve con una reproducción de Harrington Hall dentro.

—Tu madre me pidió que la encargara mucho antes de morir y mucho antes de que yo te conociera —explicó Peter—. Quería que tuvieras siempre un recuerdo de Harrington Hall en navidades. Pensé que era la mejor manera de que estuviera contigo hoy. Nancy Harris me ayudó con la carta.

Kate sonrió. De repente, la nostalgia y la tristeza se esfumaron. Una oleada de amor, mucho más intensa que nada que hubiera sentido antes, la inundó. Iba a ser feliz con Peter. De hecho, ya lo era. Las lágrimas empezaron a desbordar y a correr por sus mejillas, pero eran lágrimas de felicidad.

Agradecimientos

Hace ya tiempo que me apetecía escribir una novela navideña. Si en esa novela podía meter una pastelería, una librería, recetas de cocina y unos cuantos corazones con necesidad de remiendos, mejor que mejor. Todas las recetas de este libro han sido probadas por mí sin más efectos secundarios que engrosar mi michelín. Te animo a hacerlas, a disfrutarlas y a subir la foto a redes etiquetándome.

Si has llegado hasta aquí, lector, lectora, mi mayor agradecimiento es para ti, por dedicarme lo más valioso que tenemos: tu tiempo. Espero que te hayas enamorado de Silver Hill porque esta es, con algo de suerte, la primera novela de una serie de historias ambientadas en ese entorno. También hacía tiempo que me apetecía probar lo de escribir una serie. Así que te agradezco que seas mi conejillo de indias en este sentido. Y espero que te quedes conmigo para averiguar qué pasa en Silver Hill en las próximas entregas. Siempre puedes ayudarme con ideas escribiéndome un correo o enviándome un mensaje en redes. Tienes todos los enlaces en mi página web.

Como siempre, la novela no llegaría a tus manos si no fuera por la ayuda de muchas personas. Y es de bien nacidos ser agradecidos.

Las primeras, mis lectoras cero: Isabel Duque, Helen Rytkönen, Beatriz Blumen y Bea Peidró. Muchas gracias, chicas, por los comentarios y, sobre todo, por daros cuenta de la cantidad de veces que mis personajes «enarcan las cejas» o las cosas de comer son «fragantes». También mil gracias por el *brainstorming* con el título.

El segundo, para mi correctora: Paola C. Álvarez, que saca su látigo contra mis adverbios terminados en mente y mis fallos eternos en los *dicendi*. Gracias también por su arte para redondear el diseño de portada y la maquetación.

Y el tercero, para mi hija, Eva de José, que sigue prestando su magia a las portadas de mis libros, acertando siempre de pleno con lo que tengo en mente y llevando mis ideas —que son bastante simples— a un nivel superior.

Nos vemos muy pronto en Silver Hill.

Tenerife, 1 de octubre de 2023
Ana

Índice de contenido

Kate
Will
Jenni
    Galletas maravillosas de chocolate y vainilla
Kate
Will
Jenni
    Bombones de café y avellana
Kate
Will
Jenni
    Tarta casera de melocotón con canela
Kate
Will
Jenni
    Licor de café
Kate
Will
Jenni
    Rollitos de primavera dulces
Kate
Will
Jenni
    Petits choux de algodón de azúcar
Kate
Will
Jenni
    Brownies
Kate
Will
Jenni
    Tarta de queso con frutos rojos
Kate
Will
Jenni
    Pan de nueces
Kate
Will
Jenni
    Pastel francés de manzana
Kate
Will

Jenni
Hojaldres de arándanos con curry
Kate
Will
Jenni
Tarta al caramelo con ciruelas pasas
Kate
Will
Jenni
Empanadas de carne
Kate
Will
Jenni
Tarta de zanahoria (carrot cake)
Kate
Will
Jenni
Cupcakes de miel con especias
Kate
Will
Jenni
Budín de Navidad
Kate
Will
Jenni
Galletas de calabaza
Epílogo: Kate
Agradecimientos